



Corriente Comunista Internacional

Revista Internacional

174

Noviembre 2025

**La farsa de la «paz»
y la verdadera proliferación de guerras**

¿Nos dirigimos hacia una tercera guerra mundial?

**26º Congreso de la CCI
Resolución sobre la situación internacional
Informe sobre la lucha de clases
Informe sobre la crisis económica**

Balance de siete meses de la presidencia de Trump

¿Cómo explicar el caos de la política burguesa?

**Antisemitismo, sionismo, antisionismo, todos
enemigos del proletariado (parte 2)**

**La trampa de la lucha por la democracia burguesa
contra el populismo**

**Contribución a una historia del movimiento
obrero en Egipto**

3 euros – \$ 15 pesos mex. – 800 Bs – 4 pesos arg. – 3 soles,
Depósito legal V-1976-2000

Sumario

- 1 **La farsa de la “paz” y la verdadera proliferación de guerras**
La realidad es que la guerra y los preparativos de guerra se extienden por todo el planeta, que los conflictos militares existentes se han vuelto cada vez más caóticos, irracionales y difíciles de resolver, y que el capitalismo en descomposición está atrapado en una espiral de destrucción...
- 3 **¿Nos dirigimos hacia una tercera guerra mundial?**
En este artículo nos centraremos en los argumentos de la Tendencia Comunista Internacionalista (TCI) sobre la perspectiva de una tercera guerra mundial.
- 7 **Presentación del 26º Congreso del CCI**
9. **Resolución sobre la situación internacional**
- 15 **Informe sobre la lucha de clases**
20. **Informe sobre la crisis económica**
27. **Balance de siete meses de la presidencia de Trump**
La contribución particular de Trump ha sido destruir irrevocablemente la fachada de la democracia liberal estadounidense en todas las áreas, debilitando así aún más el liderazgo imperialista estadounidense en el escenario mundial y estimulando masivamente el caos capitalista, tanto interna como externamente.
- 31 **¿Cómo explicar el caos de la política burguesa?**
Estamos asistiendo a una aceleración de la historia. No pasa un solo día sin que se produzca un acontecimiento nuevo, a menudo sin precedentes y en gran medida impredecible, en la escena internacional. ¿Quién podría haber predicho la reelección de Trump tras su intento de golpe de Estado en enero de 2021?
- 39 **Antisemitismo, sionismo, antisionismo... Todos son enemigos del proletariado (parte 2)**
Así como el sionismo se reveló claramente como un velo que disimula los deseos imperialistas, la respuesta nacionalista árabe al sionismo, sea laica o religiosa, no está menos atrapada en la trampa mortal de la competencia interimperialista.
- 47 **La trampa de la lucha por la democracia burguesa contra el populismo**
Las movilizaciones democráticas no pueden transformarse en movimientos proletarios. Esta, entre otras graves y peligrosas confusiones que afectan al medio político proletario, son confrontadas en este artículo polémico.
- 51 **Contribución a una historia del movimiento obrero en Egipto**
La realidad viva de la historia del movimiento obrero africano a través de sus combates contra la burguesía.

La farsa de la «paz» y la verdadera proliferación de guerras

Si creyéramos los discursos pronunciados cuando Trump hizo acto de presencia en la Knesset (parlamento) israelí justo después de que se firmara el último «alto al fuego» en Oriente Medio, estaríamos siendo testigos de uno de los mayores acuerdos de paz de la historia, que abre una nueva era de paz y prosperidad en esa región hasta ahora devastada por la guerra. Los elogios a los logros de Trump no tuvieron límites: incluso se le comparó con el monarca persa Ciro el Grande en la antigüedad, quien liberó a los judíos del cautiverio babilónico y permitió la construcción del Segundo Templo en Jerusalén. Antes de Trump, Ciro era el único no judío que se había ganado el título de Mesías.

Los comentaristas burgueses informados se mostraron más cautelosos. Aunque acogieron con satisfacción el alto al fuego y la perspectiva de reanudar la ayuda humanitaria a la devastada y hambrienta Gaza, señalaron que el plan de veinte puntos de Trump ofrecía muy pocos pasos concretos hacia el desarme de Hamás y la reconstrucción de Gaza bajo una nueva administración «tecnocrática»; que ofrece una vaga perspectiva de la creación de un Estado palestino, pero no menciona la ocupación y la anexión virtual de Cisjordania por parte de Israel, ni la obstinada oposición del Gobierno israelí a la idea misma de un Estado palestino independiente. Y, de hecho, la violencia apenas ha disminuido desde que se firmó el acuerdo. Hamás ha ejecutado públicamente a opositores a su régimen en la ciudad de Gaza, Israel ha reanudado los ataques aéreos —con la justificación de «proteger» el alto al fuego contra las violaciones de Hamás— y está bloqueando el paso fronterizo de Rafah, que permitiría el paso de convoyes de ayuda a Gaza. También ha llevado a cabo incursiones en el Líbano, con más de un centenar de víctimas mortales. En otras palabras, incluso la continuidad a corto plazo del alto al fuego y el suministro de alimentos, medicinas y otros productos de primera necesidad están en duda, por no hablar de un horizonte más lejano de «paz» en Oriente Medio.

Los otros acuerdos de alto al fuego de Trump, que según él justifican el título de «presidente de la Paz», son igualmente vacíos.

Poco después de la firma del alto al fuego en Gaza, se canceló la reunión prevista en Hungría entre Trump y Putin. Esta guerra, que Trump presumió alguna vez poder resolver en 24 horas una vez fuera presidente, se prolonga, con armas cada vez más destructivas acumuladas y desplegadas por ambas partes: la posibilidad de un final viable para la guerra en Ucrania también sigue siendo remota. El alto al fuego en el Congo se incumple continuamente y las tensiones entre Pakistán e India, ambos países con armas nucleares, siguen aumentando a pesar del acuerdo de alto al fuego. Pakistán acogió con satisfacción la intervención de Trump en este conflicto y lo nominó para el premio Nobel de la Paz, pero India restó importancia al papel de Trump, insistiendo en que el acuerdo fue esencialmente obra de los ejércitos de los dos Estados. Mientras tanto, se está produciendo una nueva ronda de masacres en Sudán, y un grupo islamista cercano a Al Qaeda está a punto de tomar el control de la capital de Mali.

Pero la retórica de paz de Estados Unidos también queda en evidencia como un fraude por las posturas militares y políticas reales que está adoptando el régimen de Trump, especialmente en su patio trasero: inmediatamente después de regresar a la Casa Blanca en enero de este año, Trump comenzó a hacer declaraciones amenazantes sobre tomar el control de Groenlandia, Canadá y el canal de Panamá, y en abril Estados Unidos llegó a un acuerdo con Panamá que permite

el despliegue de tropas estadounidenses a lo largo del canal. Hoy en día, Estados Unidos está llevando a cabo ataques aéreos mortíferos contra barcos presuntamente involucrados en el tráfico de drogas en el Caribe y está intensificando sus amenazas contra Colombia y Venezuela en particular, a las que denuncia como «narcoestados» o como aliados de Rusia y China en América Latina. Al mismo tiempo, Washington rescató al régimen de Milei en Argentina, afín a Trump, con un paquete de veinte mil millones de dólares, destinado a contrarrestar la influencia de China en Argentina. Esta inyección financiera vino acompañada del mensaje de que se abandonaría cualquier ayuda económica adicional si Milei perdía las próximas elecciones legislativas: todo ello contribuyó sin duda a la amplia victoria de Milei.

Y, por supuesto, Estados Unidos nunca ha dejado de suministrar a Israel las armas que ha utilizado para destruir Gaza y lanzar repetidas incursiones contra el Líbano, Siria e Irán, participando directamente en el ataque contra las capacidades nucleares de Irán. Pero no estamos hablando solo de Estados Unidos. Todos los Estados, y en particular las «democracias» de Europa occidental, han comenzado a invertir enormes cantidades de dinero y recursos en el desarrollo de sus industrias armamentísticas, acompañadas de una propaganda incesante sobre la necesidad de que «Occidente» esté preparado para defenderse de la agresión rusa o china.

La realidad es que la guerra y los preparativos para la guerra se están extendiendo por todo el planeta, que los conflictos militares existentes se han vuelto cada vez más caóticos, irracionales y difíciles de resolver, y que el capitalismo en descomposición está atrapado en una espiral de destrucción, más espectacular en Gaza, pero no menos devastadora en Ucrania y otras regiones del mundo, que tiende a escapar al control de la clase dominante. El

capitalismo en decadencia terminal es una guerra sin fin. Como escribimos en nuestro primer texto de orientación sobre el militarismo y la descomposición en 1991:

«En realidad si el imperialismo, el militarismo y la guerra se identifican tanto con el período de decadencia, es porque éste es el período en que las relaciones de producción capitalistas se han vuelto una traba al desarrollo de las fuerzas productivas: el carácter perfectamente irracional, en el plano económico global, de los gastos militares y de la guerra es expresión de la aberración que es el mantenimiento de esas relaciones de producción. La autodestrucción permanente y creciente de capital, resultante de ese modo de vida, es un símbolo de la agonía del sistema, pone claramente de relieve que está condenado por la historia.»⁽¹⁾

La espiral de destrucción y la necesidad del internacionalismo

Otro término que hemos utilizado para referirnos a esta espiral mortal es el «efecto torbellino», en el que cada una de las crisis del capitalismo —económicas, ecológicas, militares, políticas, etc.— tiende a reforzarse mutuamente y a empujarse unas a otras hacia un nuevo nivel. Así, la creciente irresponsabilidad política de la «clase política» del capitalismo, expresada en su forma más pura en las diversas facciones populistas y, sobre todo, por Trump, quien declaró en la ONU que el calentamiento global era el mayor engaño de la historia, solo puede socavar aún más los mínimos esfuerzos de la burguesía por mitigar la crisis ecológica. Al mismo tiempo, el cambio hacia una economía de guerra fomentará el crecimiento de los sectores industriales más contaminantes y con mayor emisión de carbono. Y las guerras en sí mismas son desastres ecológicos: debido a la devastación y el envenenamiento de las tierras agrícolas, Gaza no podrá cultivar sus propios alimentos durante muchos años, y la reconstrucción desde cero de sus hogares, escuelas y

hospitales en ruinas emitirá enormes cantidades de carbono.

En medio de este torbellino, el impulso hacia la guerra es el factor más poderoso, el ojo de la tormenta. Y para impulsar la guerra, se pedirá a la clase que produce la mayor parte de la riqueza mundial, la clase trabajadora, que haga los sacrificios necesarios: sus salarios, condiciones laborales, acceso a la salud, pensiones, educación y, en última instancia, sus vidas. Pero es aquí donde se encuentra el verdadero obstáculo para la guerra. No en los acuerdos y pactos entre los criminales capitalistas, sino en las luchas defensivas de la clase trabajadora frente a una sociedad que no puede ofrecerles más que pobreza y destrucción. Y estas luchas no son una piadosa esperanza, porque desde 2022 hemos visto una clara tendencia de los trabajadores de numerosos países a afirmar sus intereses de clase frente a las exigencias de los capitalistas de apretarse el cinturón y soportar los interminables ataques a su nivel de vida. Por sí solas, las luchas defensivas de los trabajadores solo pueden obstaculizar temporalmente la campaña bélica. Para ponerle fin por completo se necesitará una profunda politización de la lucha, el reconocimiento de que el sistema capitalista global debe ser derrocado y sustituido por una forma nueva y superior de vida social.

La necesidad de que la lucha madure políticamente apunta al papel indispensable de las organizaciones políticas que la clase obrera ha creado en su lucha histórica contra este sistema. No nos referimos aquí a los partidos de la izquierda oficial, que a menudo son los ejecutores de la austeridad contra la clase obrera, ni a sus apéndices de «izquierda radical», sino a las organizaciones auténticamente comunistas que defienden la lucha independiente de la clase obrera contra todas las facciones de la clase dominante y, sobre todo, que defienden el principio del internacionalismo, oponiéndose a todas las bandas y Estados involucrados en las guerras del capitalismo: en resumen, las organizaciones de la izquierda comunista internacional. Dado que estas organizacio-

nes siguen siendo una pequeña minoría, nadando contra la marea de las mistificaciones belicistas, nacionalistas y pacifistas, la CCI siempre ha abogado por el máximo debate y cooperación posibles entre estos grupos.

Pero también es necesario que el debate entre estas organizaciones aclare sus diferencias más importantes. Si bien los grupos de la izquierda comunista tienden a coincidir en que la guerra se ha convertido en el modo de vida del capitalismo y en la necesidad de que los trabajadores y los revolucionarios se opongan a todas las partes, existen diferencias considerables en el análisis del proceso a través del cual se está produciendo esta «autodestrucción permanente y creciente del capital». Para la mayoría de los grupos, en particular la Tendencia Comunista Internacionalista y los diversos «partidos» bordiguistas, la profundización de la crisis económica y la proliferación de los conflictos militares son la prueba de que nos dirigimos una vez más hacia la reconstitución de los bloques imperialistas y una marcha disciplinada hacia una Tercera Guerra Mundial. Para la CCI, esto no está en la agenda en un futuro previsible, y quienes están convencidos de la perspectiva de una nueva guerra generalizada corren el riesgo, bajo el impacto de los recientes tratados de «paz», de relajar su vigilancia e ignorar el peligro mucho más apremiante al que se enfrenta la clase obrera: que el torbellino de destrucción la abrume antes de que sea capaz de elevar sus luchas al nivel histórico necesario para derrocar el modo de producción capitalista. Tenemos el objetivo de desarrollar este argumento en otro artículo de este número de la Revista: «¿Nos dirigimos hacia una Tercera Guerra Mundial?».

CCI, noviembre 2025

(1) *Militarismo y descomposición*, Revista Internacional 64

¿Nos dirigimos hacia una tercera guerra mundial?

En este artículo nos centraremos en los argumentos de la Tendencia Comunista Internacionalista (TCI) sobre la perspectiva de una tercera guerra mundial. Entre los grupos de la izquierda comunista fuera de la CCI, la TCI tiende a defender las posiciones internacionalistas más claras contra la guerra imperialista, y por eso siempre ha sido destinataria de nuestros llamamientos a los grupos de la izquierda comunista para la elaboración de declaraciones comunes contra las guerras en Ucrania y Medio Oriente. Una de las razones por las que la TCI siempre ha rechazado estos llamamientos es que tenemos perspectivas diferentes sobre la evolución de la situación mundial, en particular sobre la cuestión de una marcha hacia la guerra mundial. En nuestra opinión, tales divergencias no deberían ser un obstáculo para acciones comunes como la publicación de declaraciones conjuntas contra la guerra, ya que compartimos los mismos principios internacionalistas fundamentales.

De hecho, tales acciones son importantes por las siguientes razones:

- Es absolutamente esencial que los revolucionarios tengan una comprensión clara de las principales tendencias de la situación mundial y de lo que implican para el futuro. Evidentemente, las perspectivas trazadas por los revolucionarios deben someterse a la «prueba» del laboratorio vivo de la historia; por otra parte, trabajar sobre una base puramente cotidiana e inmediata es peligroso para su práctica, su interpretación de los acontecimientos actuales e incluso su capacidad para atenerse a principios fundamentales.

- En este contexto, es esencial no subestimar el principal peligro al que se enfrenta la clase obrera, a saber, la deriva acelerada del capitalismo hacia conflictos militares caóticos e incontrolados, en el marco de una espiral creciente de autodestrucción que implica el colapso ecológico, la crisis económica, etc.

- También es esencial comprender que el proletariado de los países capitalistas centrales no se enfrentará, en un futuro previsible, a una movilización en una guerra mundial, y que el desarrollo de la lucha defensiva en torno a cuestiones principalmente económicas es la condición previa esencial para llevar a cabo una lucha ofensiva contra el sistema en su conjunto. Esto forma parte del antídoto contra la tentación de las estrategias «antiguerra» inmediatistas que pue-

den conducir fácilmente a un debilitamiento del internacionalismo.

La posición de la TCI sobre la alineación de las fuerzas imperialistas y los preparativos para la guerra

En particular para la TCI, la crisis económica mundial resultante de la caída de la tasa de ganancia ha alcanzado tal punto que solo el nivel de destrucción que resultaría de una tercera guerra mundial sería suficiente para permitir el nacimiento de un «nuevo ciclo de acumulación». No entraremos aquí en este debate concreto, ya que es evidente que tal nivel de destrucción es mucho más susceptible de provocar la extinción de la humanidad que un nuevo período de prosperidad capitalista. En su lugar, examinaremos el proceso que conduce a un desenlace tan catastrófico, con el fin de poner de relieve las amenazas más urgentes para el futuro del planeta y sus habitantes. Y aquí, la CCI es una de las pocas organizaciones revolucionarias que se opone a la idea de que la tendencia dominante que observamos hoy en día sea la formación de nuevos bloques imperialistas y, por lo tanto, una marcha coordinada hacia la guerra mundial. Estos dos fenómenos son inseparables, como escribimos en mayo de 2022 en nuestro texto de orientación actualizado sobre el militarismo y la descomposición:

«una guerra mundial es la fase última de la constitución de los bloques imperialistas. Más concretamente, es

debido a la existencia de bloques imperialistas constituidos que una guerra que, en un principio, solo afecta a un número limitado de países, degenera, por el juego de las alianzas, en una conflagración generalizada»⁽¹⁾.

Nuestro texto de 1991 sobre «el militarismo y la descomposición» fue redactado tras el colapso del bloque imperialista del este dominado por la URSS, acontecimiento que marcó el inicio definitivo de la fase final del capitalismo decadente, la fase de descomposición. Reconocía que la historia había demostrado que, en la época de la decadencia capitalista, existía una tendencia permanente a la formación de bloques imperialistas y que, la desaparición de un bloque imperialista, hasta entonces, daba lugar a la formación de un nuevo bloque. Pero tras considerar la posibilidad de que surgiera un nuevo bloque en torno a los países más poderosos económicamente de la época —Alemania y Japón—, llegaba a la conclusión de que ninguna de estas dos potencias estaba en condiciones de desempeñar ese papel (y mucho menos el antiguo líder del bloque, la URSS, que se encontraba en fase de desintegración). A continuación, identificaba los elementos fundamentales que justificaban esta conclusión:

«... al iniciarse el período de decadencia, y hasta los primeros años de la Segunda Guerra Mundial, podía existir cierta “paridad” entre los diferentes socios de una coalición imperialista, aunque la necesidad de un jefe se ha notado siempre. Por ejemplo, en la 1ª Guerra Mundial, no existía, en términos de potencia militar operativa, gran disparidad entre los tres “vencedores”: Gran Bretaña, Francia y E.E. U.U. Esta situación ya evolucionó de modo muy importante en la 2ª Guerra mundial, durante la cual los “vencedores” se pusieron bajo la estrecha dependencia de unos E.E. U.U. que poseían una superioridad considerable sobre sus “aliados”. Y ésta se iba a acentuar durante todo el período de “guerra fría” que

⁽¹⁾ *Militarismo y descomposición* (mayo de 2022); *Revista Internacional* 168.

acaba de terminar, en el que cada jefe de bloque, E.E. U.U. y la URSS, sobre todo en control del armamento nuclear más destructor, han dispuesto una superioridad aplastante sobre el resto de los países del bloque.

Esa tendencia se explica porque, con el hundimiento del capitalismo en su decadencia:

- lo que se juega en los conflictos y su escala entre los bloques tiene carácter más mundial y general, o sea, cuanto más gánsteres haya que controlar; tanto más poderoso debe ser el "capo";

- las armas exigen inversiones cada vez más elevadas. Sólo los países muy grandes podrán sacar los recursos necesarios para la formación de un arsenal nuclear completo y consagrar suficientes medios para la investigación sobre las armas más sofisticadas;

- y sobre todo, las tendencias centrífugas entre todos los Estados, resultantes de la agudización de los antagonismos nacionales, no harán sino acentuarse.

Este último factor es como con el capitalismo de Estado: cuanto más se desgarran entre sí las diferentes fracciones de una burguesía nacional con la agravación de la crisis que agudiza su mutua competencia, tanto más tiene que reforzarse el Estado para poder ejercer sobre ellas su autoridad. De igual modo, cuantos más estragos produce la crisis histórica y sus formas abiertas, más fuerte debe ser la cabeza de bloque para contener y controlar las tendencias a la dislocación entre las diferentes fracciones nacionales que lo componen. Y está claro que, en la última fase de la decadencia, la de la descomposición, un fenómeno así se agravará todavía más

Por todas estas razones, y en especial la última, la formación de un nuevo par de bloques imperialistas no se ve en un horizonte razonable, puede incluso que ni ocurra nunca, que la revolución o la destrucción de la humanidad hayan ocurrido antes.»⁽²⁾.

En nuestra opinión, este marco sigue siendo válido hoy en día, aunque la actualización que hicimos en 2022 sobre la cuestión del militarismo y la descomposición reconoce que en 1991 no previmos el auge de China,

que fue posible gracias al colapso del antiguo sistema de bloques y al desarrollo de la «globalización», que se tradujo, en particular, en inversiones masivas de capital en China, especialmente por parte de Estados Unidos, lo que provocó el crecimiento desenfrenado de China como nuevo «taller del mundo». Sin embargo, para la TCI y otros, China estaría hoy en día más o menos en condiciones de formar un nuevo bloque capaz de librarse una guerra mundial contra «Occidente». Como argumentó su filial británica, la Communist Workers Organisation (CWO), en un artículo reciente:

«Occidente, liderado por Estados Unidos, ha creado, mediante el uso repetido del “arma económica”, una alianza de conveniencia entre las potencias sancionadas (China, Rusia, Irán y Corea del Norte), que ahora las ha llevado a entrar en conflicto con Occidente. Como ya ha demostrado la guerra en Ucrania, no se trata de una “nueva Guerra Fría”, como han afirmado algunos expertos. La situación es totalmente diferente. Durante la Guerra Fría, la URSS y Estados Unidos eran ambas potencias victoriosas y tenían más que perder que ganar con una guerra abierta (y posiblemente nuclear), por lo que el conflicto no era directo. Solo en las guerras por medio de terceros y en las maniobras en el tablero mundial la tensión entre ellas alcanzó su punto álgido.

Hoy en día, la situación es muy diferente. Dado el estancamiento del sistema capitalista, ninguna potencia tiene asegurado su futuro económico, y todas se enfrentan a crecientes problemas de endeudamiento y a una capacidad cada vez menor para mantener el tipo de sociedad que han tenido hasta ahora. El auge del nacionalismo no se limita a Occidente. Como ahora sabemos, la búsqueda de mayores ganancias en el extranjero por parte del capital estadounidense y la lucha de clases que existía en Estados Unidos en los años ochenta y noventa tuvieron como consecuencia involuntaria alimentar a China, convirtiéndola un rival para su hegemonía. Xi Jinping ha cultivado un nacionalismo mezquino similar, afirmando el nuevo poder económico de China en contraposición con la humillación que sufrió en el pasado por parte de las potencias extranjeras. Y este nacionalismo no se limita a la retórica sobre la reconquista de

Taiwán. China ya supera a Estados Unidos en varios ámbitos tecnológicos (el tratamiento de las tierras raras, por ejemplo) y en inteligencia artificial...

... El poderío militar estadounidense sigue siendo muy superior al del resto del mundo, y sigue siendo el único actor global en este sentido. Pero la tecnología cibernética y el hecho de que China haya construido una flota más moderna, entre otras cosas, significan que la brecha se está reduciendo y que ya existe una carrera armamentística tecnológica entre las dos potencias. Esta rivalidad no es nueva y no se limita a Trump. La administración Obama fue la primera en reconocer la amenaza cuando adoptó el “giro hacia Asia” en 2011, pero su política consistía entonces en involucrarse con otros Estados asiáticos (en ese momento, el 40% del crecimiento de la economía mundial se producía en esa región) mientras mantenía vínculos directos con China. Tanto con Trump como con Biden, la política estadounidense se ha vuelto más agresiva hacia China, pero mientras Biden buscaba construir alianzas (AUKUS, etc.) para defender la “democracia” contra los Estados “autoritarios”, el eslogan MAGA de Trump podría reformularse como “Make America Go it Alone” (Hacer que América actúe sola)⁽³⁾.

Este pasaje contiene muchas verdades. El espectacular desarrollo de China como potencia mundial en el siglo XXI marca un nuevo nivel de bipolarización de las rivalidades imperialistas, que es el punto de partida para la formación de verdaderos bloques militares. Además, la idea de que China se ha convertido en el principal rival económico e imperialista de Estados Unidos es, en efecto, común a todas las principales facciones de la clase dominante estadounidense, desde Obama hasta Trump. Pero no estamos de acuerdo en que esto signifique que China ya sea capaz de formar un bloque a su alrededor, y ello por dos razones principales:

En primer lugar, la propia burguesía china ha reconocido claramente que aún no está en condiciones de cumplir uno de los criterios mencionados en nuestro texto de 1991: una superioridad militar aplastante sobre sus posibles «socios del bloque» y,

(2) Cincuenta años de lucha, cincuenta años nadando contra corriente, *Revolutionary Perspectives* 26

(2) Ídem

por extensión, la capacidad de enfrentarse directamente a su principal rival imperialista, Estados Unidos. Por eso, la hoja de ruta china para convertirse en la primera potencia mundial de aquí a 2050 se basa ante todo en el desarrollo de su poderío económico en todo el mundo, como lo demuestra su ambicioso proyecto de la «nueva ruta de la seda» y su compromiso muy real en la carrera tecnológica con Estados Unidos. Por supuesto, esto no significa que estos proyectos económicos no tengan una importante dimensión militar, ni que excluyan el riesgo de conflictos militares abiertos con Estados Unidos o sus aliados, en particular en lo que respecta a la cuestión de Taiwán o el control del mar de China Meridional. Tales conflictos serían altamente irrationales desde el punto de vista del gran proyecto chino, pero son tanto más probables cuanto más se hunde China en la crisis económica y se ve amenazada por una tendencia cada vez más fuerte a la fragmentación, factores que tenderán a socavar sus aspiraciones económicas (y, por tanto, militares) a largo plazo y a empujarla hacia opciones autodestructivas a corto plazo.

Una «alianza de conveniencia» no es un bloque, que, como hemos dicho, requiere la sumisión a un único líder, sobre todo teniendo en cuenta la tendencia al «cada uno para sí» que se manifiesta en la fase de descomposición. Rusia, «amiga externa» China, puede que se alegre del apoyo económico e ideológico de China en su aventura ucraniana, pero nada indica que esté dispuesta a subordinarse a China. Aunque la economía rusa es insignificante en comparación con la china y se ve cada vez más debilitada por la guerra en Ucrania, Rusia sigue considerándose una potencia militar de primer orden por derecho propio, y la historia de las relaciones sino-rusas, salpicada de conflictos fronterizos y momentos de guerra abierta, la ha hecho en realidad recelosa de una alianza demasiado estrecha con su amigo eterno. Del mismo modo, aunque Rusia y China han saludado la presencia de Modi en la reciente cumbre de Pekín, inmediatamente después de la disputa entre la India y Estados Unidos sobre la amenaza de Trump de imponer nuevos aranceles a Delhi, existe una larga historia de conflictos militares entre China y la India por sus fronteras, el último de los cuales

estalló en 2024, mientras que China siempre ha apoyado a Pakistán en sus disputas con la India. Por lo tanto, la India no tiene ninguna intención de seguir dócilmente el ejemplo de China.

Estas manifestaciones del impacto perturbador de los antagonismos nacionales dentro de la «alianza de conveniencia» constituyen un serio obstáculo para la formación de un bloque liderado por China. Pero aún más significativo es el hecho, subrayado por la propia CWO, de que Estados Unidos esté adoptando la política de «*Make America Go it Alone*» (*Hacer que América actúe sola*), socavando así la posibilidad de una alianza estable entre las «democracias».

En el Texto de 1991, escribíamos: «*En el nuevo período histórico en que hemos entrado, y los acontecimientos del Golfo vienen a confirmar, el mundo aparece como una inmensa timba en la que cada quien va a jugar “por su cuenta y para sí”, en la que las alianzas entre Estados no tendrán ni mucho menos, el carácter de estabilidad de los bloques, pero que estarán dictadas por las necesidades del momento. Un mundo de desorden asesino, en el que el “gendarme” USA intentará hacer reinar un mínimo de orden con el empleo más y más masivo de su potencial militar.*»⁽⁴⁾.

Pero, aunque en ningún caso han renunciado al uso masivo de la fuerza militar —como hemos visto, por ejemplo, en los recientes ataques contra las instalaciones nucleares iraníes—, los intentos de Estados Unidos de «*mantener un mínimo de orden*» han acabado por convertir a este país en el principal factor de exacerbación del desorden. Esto quedó claramente de manifiesto en Irak en 1991, pero aún más durante las invasiones de Afganistán e Irak en 2001 y 2003. Y, como hemos dicho en muchas de nuestras resoluciones y artículos, a diferencia del pasado, cuando eran las potencias más débiles las que tenían más interés en socavar el statu quo imperialista, en la fase de descomposición es la potencia más fuerte del mundo la que se ha convertido en la principal promotora del caos en todo el planeta. Esto ha llegado a tal punto que el régimen de Trump declara abiertamente que ya no es el policía del mundo y opone cada vez más los intereses de Estados Unidos a los del resto del mundo.

Por lo tanto, ya no se puede hablar de «Occidente» o de un bloque occidental. La actual ruptura entre Estados Unidos y Europa, que se traduce en una amenaza muy real para el futuro de la alianza de la OTAN, el apoyo estadounidense a las facciones populistas y de extrema derecha europeas que se oponen a la Unión Europea, así como las declaraciones directas de Estados Unidos sobre la posibilidad de anexionarse Canadá, Groenlandia y el canal de Panamá, constituyen la última etapa de la desintegración de todo el «orden internacional» inaugurado tras la Segunda Guerra Mundial. En este contexto, la política estadounidense de hacer pagar a las potencias europeas la guerra en Ucrania no tiene por objeto aumentar la sumisión de estas últimas a un orden dirigido por Estados Unidos. Este objetivo tradicional ha pasado a un segundo plano frente al deseo autodestructivo de Estados Unidos de socavar a todos sus rivales y sembrar el caos y la división entre sus antiguos «aliados». Por su parte, al considerar cada vez más a Estados Unidos no solo como un aliado poco fiable, sino incluso como un enemigo potencial, las grandes potencias europeas, como Alemania, se comprometen a desarrollar su sector militar, lo que tenderá a reforzar su determinación de resistir la intimidación estadounidense y ocupar su lugar en los Juegos Olímpicos imperialistas mundiales.

Cabe añadir que la movilización de un Estado para la guerra supone una unidad fundamental entre las principales facciones de la clase dominante. Esto es cada vez menos el caso en Estados Unidos, donde las divisiones dentro de la clase dominante —entre la izquierda y la derecha, los republicanos y los demócratas, pero también entre el clan que rodea a Trump y otras ramas del aparato estatal, e incluso dentro del propio bando MAGA, se han vuelto tan virulentas que, si a ello se suma la proliferación de grupos armados motivados por todo tipo de ideologías delirantes, el riesgo de una guerra civil en Estados Unidos sale del oscuro ámbito de la ciencia ficción y se vuelve cada vez más concreto.

Esta creciente inestabilidad entre los Estados y dentro de ellos no hace que el mundo sea más seguro, aunque obstaculiza la reconstitución de bloques militares. Por el contrario, la falta de disciplina dentro de los bloques y la

(4) Texto de orientación: militarismo y descomposición; Revista Internacional 64, 1991

creciente irracionalidad de los regímenes en el poder tienden a aumentar el riesgo de descontrol a nivel militar. Y la amenaza de militarización y guerra se ve agravada por el peligro de un colapso ecológico a escala planetaria, que la exacerba aún más. Desde principios de la década de 2020, estamos cada vez más inmersos en lo que los elementos más perspicaces de la burguesía denominan la «policrisis» y que nosotros hemos llamado «el efecto torbellino», una espiral mortal en la que todos los diferentes productos de una sociedad en descomposición interactúan entre sí y aceleran todo el proceso de destrucción, lo que confirma que la amenaza más tangible para la supervivencia de la sociedad humana proviene del propio proceso de descomposición.

Los dos polos de la situación mundial

Pero hay otra razón por la que nos dirigimos hacia un «mundo de guerras» en lugar de hacia la reconstitución de bloques con vistas a una guerra mundial clásica: la existencia de un polo alternativo a la espiral de descomposición.

La base de la descomposición es el estancamiento entre las clases, lo que significa que, durante las últimas décadas del siglo XX, la burguesía, a pesar del agravamiento de la crisis económica mundial, no ha sido capaz de movilizar a la clase obrera para una nueva guerra mundial. Y, en nuestra opinión, el proletariado internacional no ha sufrido una derrota histórica comparable a la que sufrió tras el aplastamiento de la revolución mundial a partir de la década de 1920, que permitió a la clase dominante arrastrarlo a la Segunda Guerra Mundial. Es cierto que ha atravesado un largo período de retroceso y dificultades, pero la reanudación de los movimientos de clase desencadenada por el «verano del descontento» en Gran Bretaña en 2022 fue la señal de que la clase obrera, tras un largo período de maduración subterránea, volvía a la lucha abierta y emprendía el largo camino hacia la reconquista de su identidad de clase y, en última instancia, la perspectiva revolucionaria que puede ofrecer como única alternativa a la putrefacción de la sociedad. Es verdad que algunas partes de la clase obrera, como en Ucrania y Medio Oriente, se han visto efectivamente arrastradas a la guerra, pero esto no se aplica a los batallones centrales de la clase obrera en Europa occidental y América del Norte.

Las luchas que comenzaron en 2022 fueron principalmente una respuesta al deterioro de las condiciones de vida provocado por la crisis económica, pero también es significativo que se produjeran a pesar del estallido de la guerra en las fronteras de Europa y de las intensas campañas de propaganda sobre la necesidad de defender Ucrania y la democracia. Y mientras la clase dominante se compromete a desarrollar la economía de guerra y retira cada vez más su apoyo financiero al gasto social, la relación entre la crisis económica y la guerra se hace cada vez más evidente. Podemos verlo, aunque sea de forma indirecta, en los intentos del ala izquierda del capital de «apropiarse» de este tipo de cuestionamientos en las filas del proletariado, por ejemplo, mediante la popularización de la consigna «welfare not warfare» (bienestar y no guerra) en las manifestaciones obreras.

A una escala más espectacular, hemos asistido a huelgas y manifestaciones muy concorridas, organizadas por los sindicatos italianos, en particular los «sindicatos de base» más radicales, en respuesta al genocidio en Gaza y al encarcelamiento de los activistas de la «flotilla Sumud» que intentaban transportar alimentos y otros suministros a través del bloqueo israelí. A diferencia de las marchas pro palestinas que se celebran regularmente en Londres y en muchas otras ciudades, claramente dominadas por la ideología nacionalista, estas acciones dan la impresión de estar situadas en un terreno obrero, pero como muestra un artículo reciente publicado en la revista italiana de la TCI, Battaglia Comunista, no escapan al dominio del nacionalismo pro palestino y, por lo tanto, a la lógica de la guerra imperialista:

«Es innecesario decir que el contenido estaba marcado por el pacifismo humanitario y el reformismo, sin el menor rastro de internacionalismo proletario, es decir, de clase: las banderas palestinas dominaban sin oposición, acompañadas de las habituales consignas «Palestina libre», etc. La división de la clase obrera por parte de los sindicatos era claramente visible: por un lado, los trabajadores del Si Cobas (principalmente inmigrantes), por otro, los de la CGIL (principalmente italianos), con poca discusión. Battaglia Comunista intervino en varias ciudades con un volante, aunque este se perdió evidentemente en la ola de nacionalismo pro palestino»⁽⁵⁾.

(5) Italia: A propósito de la «huelga general» por Gaza, leftcom.org [Solo en inglés]

Pero tanto si el pacifismo como el nacionalismo son la ideología principal invocada, estas movilizaciones son medios para desviar la indignación proletaria contra la guerra capitalista. En este caso, Battaglia logró, mantenerse en el terreno de clase, sin embargo, como hemos mostrado en varios artículos, la incapacidad de comprender la totalidad de las fuerzas detrás de la masacre de Gaza llevó a muchos internacionalistas en ciernes a confusiones extremadamente peligrosas. Esto ha sido muy evidente en organizaciones anarquistas como el Anarchist Communist Group, con su apoyo a Palestine Action y otras actividades pro palestinas, pero incluso una corriente de la izquierda comunista —los bordiguistas— no ha evitado serias ambigüedades en torno a la cuestión⁽⁶⁾. Cabe señalar aquí que, en una reciente reunión pública del grupo bordiguista que publica The International Communist Party, los compañeros del PCI dejaron claro que se plenamente detrás de la huelga en Italia, principalmente debido a su implicación en diversos sindicatos de base. También hemos argumentado que la respuesta «estratégica» de la TCI a la campaña belicista —consistente en la formación de grupos No War But The Class War sobre una plataforma mínima— no solo oscurece el papel real de la organización política de la clase, sino que también los ha expuesto a alianzas peligrosas con grupos más o menos empantanados en el izquierdismo⁽⁷⁾.

El problema de los revolucionarios que no logran desmarcarse de las acciones «antiguerra» dominadas por el pacifismo o el nacionalismo está relacionado con un problema más amplio, ya que el creciente rechazo no solo hacia la guerra, sino también hacia la represión y la corrupción capitalistas, a menudo asociadas con ataques contra las condiciones de vida básicas, está provocando una ola de revueltas en todo el mundo: los movimientos denominados «Gen-Z» en Indonesia, Nepal, Kenia, Madagascar, Marruecos y otros lugares, pero se trata de movimientos «populares» que reúnen a diferentes clases y capas sociales, que por sí mismos no pueden desarrollar una perspectiva proletaria y se ven invaria-

(6) Sobre la ACG, véase *La ACG da un paso más hacia el apoyo a la campaña nacionalista de guerra y El apoyo de la ACG a Palestine Action: un paso más hacia el abandono del internacionalismo*, ICC Online [ambos artículos en inglés y francés]. Sobre los bordiguistas, véase *Guerra en Oriente Medio: el marco teórico obsoleto de los grupos bordiguistas*, CCI Online

(7) *La TCI y la iniciativa «No War But the Class War»: un farol oportunista que debilita a la izquierda comunista*, CCI Online 2023 Septiembre 2023

26º Congreso de la Corriente Comunista Internacional

Presentación del Congreso

La pasada primavera, la Corriente Comunista Internacional celebró su 26º Congreso.

Como dicen nuestros estatutos:

«El Congreso Internacional es el órgano soberano de la CCI. Por lo cual tiene las siguientes tareas:

- a) preparar los análisis generales y las orientaciones de la organización, especialmente en relación con la situación internacional;*
- b) examinar y hacer el balance de las actividades de la organización desde el Congreso anterior;*
- c) definir sus perspectivas de trabajo de cara al futuro.»*

Ya hemos publicado en nuestro sitio web varios documentos adoptados por el 26º Congreso sobre la evolución de la situación internacional⁽¹⁾ y no es necesario entrar en detalles en esta presentación. Sin embargo, nos corresponde enfatizar la importancia de este Congreso.

En primer lugar, nuestros estatutos subrayan el lugar del congreso en la vida de la organización: es el «órgano soberano de la CCI». En esto, nuestra organización es fiel a la tradición del movimiento obrero. Así, los estatutos de la Liga de los Comunistas especifican que: *«El congreso es el poder legislativo del conjunto de la Liga.»* (Artículo 30); *«El congreso se reúne en el mes de agosto de cada año. En caso de emergencia, el Consejo Central convocará un congreso extraordinario.»* (Artículo 34)

La misma preeminencia del congreso se encuentra en los estatutos de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)

«Todos los años tendrá lugar un congreso general de trabajadores compuesto por delegados de las ramas de la Asociación. Este Congreso proclamará las aspiraciones comunes de la clase trabajadora, tomará la iniciativa en las medidas necesarias para

el éxito del trabajo de la Asociación Internacional y nombrará su Consejo General.» (Artículo 3)

Y son los mismos principios que se encuentran en los estatutos de la Internacional Comunista (IC): *«El órgano supremo de la Internacional Comunista no es otro que el congreso mundial de todos los partidos y organizaciones que están afiliados a ella. El Congreso Mundial aprueba los programas de los distintos partidos adheridos a la Internacional Comunista. Examina y resuelve las cuestiones esenciales de programa y táctica relacionadas con la actividad de la Internacional Comunista.»* (Artículo 4)

De hecho, la celebración regular de congresos por parte de una organización del proletariado es tanto la manifestación como el instrumento de su vida política en la que participan todos sus militantes mediante la elaboración, discusión y adopción de informes y resoluciones⁽²⁾. Es este principio que la CCI ha adoptado e implementado desde su fundación, haciendo que sus congresos, como las organizaciones del pasado, sean momentos fundamentales en su vida política. Dicho esto, el 26º Congreso la CCI fue de mucha mayor importancia que los anteriores. Y esto por dos razones fundamentales.

En primer lugar, este congreso tuvo lugar cincuenta años después de la fundación de la CCI en enero de 1975. Este aniversario nos obligó a realizar un balance de este medio siglo, tanto desde el punto de vista de la evolución de la situación internacional como de la actividad de nuestra propia organización, y esto, no desde el punto de vista de un historiador, sino en un intento de identificar las perspectivas que se presentarán al mundo en el próximo medio siglo y las responsabilidades que las organizaciones comunistas tendrán que asumir en él. Con esta preocupación, el congreso decidió publicar un Manifiesto que trate las cuestiones históricas fundamentales del periodo presente, así como la publicación de una serie de artículos que abordan las cuestiones que han sido, son y serán enfrentadas por las organizaciones políticas del proletariado y que aparecerán en nuestra prensa en los próximos meses.

Por su parte, el Manifiesto del 50º Aniversario de la CCI a publicarse en diferentes idiomas en nuestra página web. Se titula *«El capitalismo amenaza a la humanidad: la revolución mundial es la única solución realista»*. Y este título resume la otra razón fundamental que llevó al 26º Congreso de la CCI a decidir publicar tal Manifiesto y que se presenta en su prólogo: *«Los años 20 del siglo 21º se han presentado como un tiempo de brutal aceleración del deterioro de la situación mundial, con una acumulación de catástrofes -inundaciones o incendios- relacionadas con el cambio climático, una aceleración de la destrucción de la vida en el planeta, una pandemia que ha matado a más de 20 millones de seres humanos, el estallido de nuevas guerras cada vez más mortíferas, como en Ucrania, Gaza o África, particularmente en Sudán, Congo y Etiopía. Este caos mundial entró en una nueva etapa en enero de 2025 con la llegada al gobierno de la primera potencia mundial de un siniestro charlatán, Donald Trump, que aspira a jugar con el globo terráqueo como Charlie Chaplin en su película «El gran dictador».*

(1) Se trata de los siguientes textos: «Resolución sobre la situación internacional (mayo de 2025)», «El significado histórico del estancamiento de la economía capitalista» e «Informe sobre la lucha de clases (mayo de 2025)».

***⁽²⁾ Esta permanencia a lo largo de la historia del movimiento obrero del lugar fundamental que ocupan los congresos en la vida de sus organizaciones es, lamentablemente, «olvidada» por la mayoría de las organizaciones de la Izquierda Comunista. Así, la corriente que se remite a la tradición bordiguista rechaza el principio mismo de la celebración de congresos, considerados manifestaciones de «prurito democrático» (véase, entre otros, el artículo «Mito y realidad en la Izquierda Comunista en Italia» en Le Prolétaire n.º 512). En cuanto a la corriente surgida de la tendencia Damen del Partido Comunista Internazionalista, aunque no rechaza el principio de la celebración de congresos, hay que señalar la frecuencia particularmente baja de estos eventos. Así, el tiempo medio entre dos congresos del PCInt oscila entre 4 y 15 años, es decir, una media de casi 10 años (1948, 1952, 1963, 1970, 1982 y 1997). Vale la pena recordar que cuando la Internacional Comunista era un órgano del proletariado, celebraba un congreso cada año entre 1919 y 1922. La reducción de la frecuencia de sus congresos coincide con su degeneración y su muerte como organización proletaria, ya que sus siguientes congresos se celebraron en 1924, 1928 y 1935, antes de su supresión por Stalin en 1943 con el fin de ganarse el favor de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial. Esta comparación entre la Internacional Comunista y la corriente impulsada por Onorato Damen no significa en absoluto que este último se hubiera pasado a la burguesía, pero pone de manifiesto una debilidad política muy importante de dicha corriente.

Así pues, el presente manifiesto no se justifica sólo por el medio siglo de existencia de nuestra organización, sino también porque hoy nos enfrentamos a una situación histórica de extrema gravedad: el sistema capitalista que domina el planeta, conduce inexorablemente a la sociedad humana hacia su destrucción. Ante esta perspectiva abominable, corresponde a quienes luchan por el derrocamiento revolucionario de este sistema, los comunistas, presentar los argumentos históricos, políticos y teóricos para armar a la única fuerza de la sociedad capaz de llevar a cabo esta revolución: el proletariado mundial.

El Manifiesto termina con los siguientes pasajes:

«Este breve repaso de décadas de luchas obreras hace emergir una idea esencial: el combate histórico de nuestra clase por el derrocamiento del capitalismo aún será largo. En su camino se alzarán una sucesión de obstáculos, trampas y derrotas. Para salir finalmente victorioso, éste combate revolucionario requerirá una elevación general de la conciencia y de la organización de toda la clase obrera, a nivel mundial. Para que esta elevación general pueda producirse, el proletariado deberá enfrentarse en la lucha a todas las trampas tendidas por la burguesía y, al mismo tiempo, reapropiarse de su pasado, de su experiencia acumulada durante dos siglos.»

Cuando, el 28 de septiembre de 1864, se fundó en Londres la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT), esta organización se convirtió en la encarnación de la naturaleza mundial del combate proletario, condición para el triunfo de la revolución mundial. Ésta es la fuente de inspiración del poema escrito en 1871 por el comunero Eugène Pottier, que se convertirá en un canto revolucionario transmitido de generaciones en generaciones de proletarios en lucha, en casi todos los idiomas del planeta. La letra de La Internacional subraya hasta qué punto esta solidaridad del proletariado mundial no pertenece al pasado, sino que apunta hacia el futuro: “Unámonos, y mañana, La Internacional, Será el género humano”.

Este reagrupamiento internacional de las fuerzas revolucionarias es tarea que corresponde realizar a las minorías militantes organizadas. En efecto, si bien las masas de la

clase obrera realizan este esfuerzo de reflexión y auto organización esencialmente durante períodos de luchas abiertas, una minoría siempre está comprometida, en todos los períodos de la historia, en el combate permanente por la revolución. Estas minorías encarnan y defienden la constancia y la continuidad históricas del proyecto revolucionario del proletariado, que las secretó para este propósito. [...]»

Es sobre esta minoría que reposa la responsabilidad primera de organizar, debatir, clarificar todas las cuestiones, de sacar las lecciones de los fracasos pasados y hacer vivir la experiencia acumulada. Hoy, esta minoría, extremadamente poco numerosa y fragmentada en numerosas pequeñas organizaciones, debe reagruparse para confrontar las diferentes posiciones y análisis, reapropiarse de las lecciones que nos legaron las fracciones de la Izquierda Comunista y preparar el futuro.»

Así, el Manifiesto del 26º Congreso de la CCI constituye un llamamiento a luchar por la revolución comunista, un llamado dirigido a todo el proletariado, pero, más particularmente, a los elementos y grupos que, a partir de ahora, son conscientes de la necesidad y la posibilidad de derrocar la horrible sociedad capitalista e instaurar «el reino de la libertad», según las palabras de Engels. Como hemos visto, es un camino muy largo y terriblemente difícil. Ya a mediados del siglo XIX, Marx era consciente de esta dificultad: «Las revoluciones proletarias [...] se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzarlo de nuevo, se burlan concienzuda y despiadadamente de las indecisiones, de las debilidades y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan: *Hic Rhodus, hic salta!*» (El 18 Brumario de Luis Bonaparte).

Sin embargo, está claro que Marx no había imaginado la magnitud de esta dificultad, una dificultad igual

a la «infinita inmensidad de los objetivos» de la revolución proletaria. Como escribimos hace un cuarto de siglo, con motivo del año 2000: «Efectivamente, una de las causas de la gran dificultad de la gran mayoría de los trabajadores para volverse hacia la revolución es el vértigo que los invade cuando piensan que la tarea es imposible porque es tan inmensa. De hecho, la tarea de derrocar a la clase más poderosa de la historia, el sistema que ha dado a la humanidad un verdadero salto gigantesco en la producción material y el dominio de la naturaleza, se presenta como casi imposible. Pero lo que da más vértigo a la clase trabajadora es la inmensidad de la tarea de construir una sociedad radicalmente nueva, finalmente liberada de los males que han abrumado a la sociedad humana desde sus orígenes: escasez, explotación, opresión y guerras.»

Cuando los prisioneros o esclavos llevaban cadenas en los pies todo el tiempo, a menudo se acostumbraban tanto a esta restricción que sentían que ya no podían caminar sin sus cadenas, y a veces se negaban a que se las quitaran. Esto es un poco de lo que le pasa al proletariado. Aunque lleva dentro la capacidad de liberar a la humanidad, aún le falta la confianza para avanzar conscientemente hacia este objetivo.

Pero se acerca el momento en que «*las circunstancias mismas [gritarrán]: ¡Hic Rhodus, hic salta!*». Si permanece en manos de la burguesía, la sociedad humana no llegará al próximo siglo [el siglo XXII], sino hecho trizas y sin absolutamente nada humano. Mientras no se alcance este extremo, mientras permanezca el sistema capitalista, aunque se hunda en la crisis más profunda, su clase explotada, el proletariado, necesariamente subsistirá, y por tanto permanecerá la posibilidad de que, impulsado por la total bancarrota económica del capitalismo, finalmente supere sus vacilaciones para afrontar la inmensa tarea que la historia le ha encomendado: la revolución comunista.»⁽³⁾

Por tanto, la inmensidad y dificultad de la tarea a cumplir, así como

(3) «En los inicios del siglo XXI... ¿por qué el proletariado aún no ha derrocado al capitalismo (II)? Revista internacional nº 104»

26º congreso de la CCI

Resolución sobre la situación internacional

Preámbulo

Esta resolución fue adoptada a principios de mayo de 2025 por el 26º Congreso de la CCI. Como tal, sólo puede tener en cuenta los acontecimientos y situaciones anteriores a esa fecha. Evidentemente, esto es así para cualquier toma de posición sobre la situación internacional, pero en este caso es particularmente importante señalarlo porque actualmente asistimos a una rápida sucesión de acontecimientos particularmente espectaculares e imprevisibles, de gran importancia en los tres planos principales de esta situación: las tensiones imperialistas, la situación económica del capitalismo mundial y la relación de fuerzas entre el proletariado y la burguesía. Debido a la especie de «tsunami» que afecta actualmente al mundo, el contenido y algunas de las posiciones adoptadas en esta resolución pueden parecer atrasados en el momento de su publicación. Por ello, más allá de los hechos que se mencionan en ella y que pueden verse eclipsados por nuevos desarrollos de la situación, es importante que proporcione un marco para comprender las causas, el significado y lo que está en juego en los acontecimientos que se desarrollan ante nuestros ojos.

Uno de los principales factores de las actuales convulsiones es, evidentemente, la toma de posesión de Donald Trump el 20 de enero de 2025, que ha conducido a un espectacular divorcio entre Estados Unidos y la casi totalidad de los países europeos miembros de la OTAN. Todos los «expertos» y dirigentes burgueses están de acuerdo en que la nueva política internacional de la burguesía estadounidense, en particular con respecto a la guerra en Ucrania, es un acontecimiento importante que marca el fin de la «Alianza Atlántica» y del «paraguas estadounidense», obligando a los antiguos «protegidos de Washington» a reorganizar su estrategia militar y a embarcarse en una frenética carrera armamentística. La otra gran decisión de la administración Trump es, evidentemente, el lanzamiento de una guerra comercial

de una intensidad no vista desde hace casi un siglo. Muy rápidamente, en particular con la ola de pánico que recorrió los mercados bursátiles y los círculos financieros, Trump se vio obligado a dar marcha atrás parcialmente, pero sus decisiones brutales y contradictorias no pueden dejar de tener un impacto en el deterioro de la situación económica del capitalismo mundial. Estas dos decisiones fundamentales de la administración Trump han sido un factor muy importante en la evolución caótica de la situación mundial.

Pero estas decisiones deben entenderse también y sobre todo como manifestaciones de cierto número de tendencias históricas profundas que están actuando actualmente en la sociedad mundial. Incluso antes del hundimiento del bloque del Este

del mercado mundial. Del mismo modo, el período de decadencia ha tenido también su historia : imperialismo, guerras mundiales, capitalismo de Estado, crisis permanente y, hoy, descomposición. Se trata de diferentes expresiones sucesivas de la vida del capitalismo... »⁽¹⁾. Lo mismo puede decirse de la fase de descomposición propiamente dicha,

y de la Unión Soviética (1989-1991), la CCI había planteado el análisis según el cual el capitalismo había entrado en una nueva fase de su decadencia, «*la fase última (...) en la que la descomposición se convierte en un factor decisivo, si no el factor decisivo, de la evolución de la sociedad*». Y los caóticos acontecimientos de los últimos meses no hacen sino confirmar esta realidad. La elección de Trump, con sus catastróficas consecuencias para la propia burguesía estadounidense, es el ejemplo mismo de la creciente incapacidad de la clase burguesa para dominar su juego político, como predijimos hace 35 años. Del mismo modo, el divorcio entre EE. UU. y sus antiguos aliados de la OTAN confirma otro aspecto de nuestro análisis de la descomposición: la gran dificultad en el período actual, si no la imposibilidad, de formar nuevos bloques imperialistas como condición previa para una nueva guerra mundial. Por último, otro aspecto que hemos subrayado, en particular desde nuestro 22º Congreso de 2017 -el impacto creciente del caos que se apodera cada vez más de la esfera política de la burguesía a nivel económico- ha encontrado una nueva confirmación en las convulsiones económicas provocadas por las decisiones del populista Trump.

Es, pues, en el marco de nuestro análisis de la descomposición que esta resolución intenta examinar más a fondo los retos del período histórico actual. Y este examen debe necesariamente tener en cuenta las consecuencias para la lucha de la clase obrera de los acontecimientos caóticos que afectan a la sociedad mundial.

que ha marcado una etapa cualitativa en el desarrollo de la decadencia; esta fase se encuentra ahora en su cuarta década, y desde principios de la década de 2020, con el estallido de la pandemia de Covid y el inicio de las guerras asesinas en Ucrania y Medio Oriente, ha alcanzado un nivel de aceleración que marca una nueva etapa significativa, en la que todas sus diversas manifestaciones interactúan y se intensifican mutuamente en

(1) TESIS: *La descomposición, fase última de la decadencia capitalista*, Revista Internacional, nº 107

lo que hemos denominado el efecto «torbellino».

2. Este análisis se ha confirmado plenamente desde el 25º Congreso de la CCI: la crisis económica, la guerra imperialista, la degradación ecológica y la creciente pérdida de control del aparato político de la burguesía se combinan y exacerbán mutuamente, trayendo consigo la clara amenaza de la destrucción de la humanidad. Esta «policrisis» ya es reconocida por algunas de las instituciones más importantes de la clase dominante —como lo mostramos en el Informe sobre la Descomposición aprobado por el 25º Congreso de la CCI— pero estas instituciones son impotentes para proponer soluciones. En cambio, los elementos más irracionales de la clase dominante aumentan cada vez más, lo que se expresa significativamente por la victoria de Trump en las elecciones presidenciales estadounidenses.

Trump es un producto evidente de la descomposición del sistema, pero la «lluvia de mierda» de medidas tomadas inmediatamente después de su ascenso al poder también demuestra que la llegada al cargo gubernamental de una fracción populista dirigida por un aventurero narcisista en el país más poderoso del planeta será un factor activo en la aceleración de la descomposición y de la pérdida mundial de control de la burguesía sobre su propio sistema.

3. El factor de la competencia y de la guerra imperialista están en el centro mismo de este vértice mortal. Pero contrariamente a los argumentos de la mayoría de los grupos del medio político proletario, el efecto torbellino no conduce a una marcha disciplinada hacia nuevos bloques y una tercera guerra mundial. Al contrario, refuerza la tendencia al «cada uno para sí» que ya se estaba volviendo dominante tras el hundimiento del bloque imperialista ruso y la entrada definitiva en el periodo de descomposición a principios de los años 1990. Como predijimos en varios textos fundamentales escritos en aquella época, la desaparición del bloque del Este condujo al desmoronamiento del bloque dominado por Estados Unidos, a pesar de los diversos esfuerzos del imperialismo estadounidense por imponer su autoridad a sus antiguos aliados. Y hemos insistido en el hecho que este nuevo desorden mundial tomaría la forma de la propagación

de guerras sin fin y cada vez más destructivas, que no son para nada menos peligrosas que un curso hacia la guerra mundial, precisamente por la ausencia de toda disciplina de bloque. Las últimas medidas que ha tomado Estados Unidos bajo el mandato de Trump encarnan una nueva etapa en el creciente caos que domina las rivalidades imperialistas en la fase de descomposición. Y mientras que el desorden mundial desencadenado por el colapso del bloque ruso en 1989-1991 estaba centrado en torno a una potencia económica y militar debilitada, el hecho de que el «nuevo desorden» tenga por epicentro a la primera potencia mundial presagia un hundimiento aún más profundo en el caos en el período venidero.

4. El eje central de los conflictos imperialistas a escala mundial sigue siendo el antagonismo entre Estados Unidos y China. A este nivel hay un fuerte elemento de continuidad con las administraciones Obama y Biden, considerando a China como el principal rival de la dominación estadounidense. Este desplazamiento del centro de los antagonismos imperialistas de Europa Occidental, como fue el caso durante la Guerra Fría, a la región del Pacífico, es un factor importante en la voluntad de Trump de reducir la «defensa de Europa» a un lugar mucho más modesto en la estrategia estadounidense. De manera general, la política que consiste en contener a China, cercándola con alianzas regionales e imponiendo límites a su expansión económica, continuará; aunque los medios tácticos concretos pueden diferir. Sin embargo, la imprevisibilidad del enfoque de Trump podría traer consigo giros inesperados, desde intentos de apaciguar a Pekín hasta acciones abiertamente provocadoras en torno a Taiwán. En general, esta misma imprevisibilidad será un factor adicional de desestabilización de las relaciones internacionales.

5. En cambio la política de Trump hacia Ucrania representa una verdadera ruptura con la política exterior «tradicional» de Estados Unidos, basada en una energética oposición al imperialismo ruso. El intento de llegar a un acuerdo con Rusia sobre la guerra en Ucrania, que excluye a Europa y Ucrania, acompañado de la humillación pública de Zelensky en la Casa Blanca, marca un importante nuevo nivel en la división entre Esta-

dos Unidos y las principales potencias europeas, mostrando lo lejos que estamos de la formación de un nuevo «bloque Occidental». Este divorcio no es un acontecimiento puramente contingente, sino que tiene raíces mucho más profundas. El conflicto directo entre Estados Unidos y Europa ya se manifestó durante la guerra en Yugoslavia a principios de la década de 1990, con Francia y Gran Bretaña apoyando a Serbia, Alemania a Croacia y Estados Unidos a Bosnia. Hoy, en el punto culminante de este proceso, que en 2003 vio también cómo potencias europeas como Francia y Alemania se negaban a seguir a Estados Unidos en la invasión de Irak, Estados Unidos es percibido cada vez más como un nuevo enemigo, simbolizado por el voto de Estados Unidos con Bielorrusia, Corea del Norte y Rusia en contra de una resolución de la ONU el 24 de febrero condenando la invasión rusa, y por las amenazas abiertas de convertir a Canadá, Groenlandia y Panamá en propiedad de Estados Unidos, por la fuerza militar si fuera necesario. Como mínimo, Estados Unidos es percibido como un aliado poco fiable, lo que ha obligado a las potencias europeas a reunirse en una serie de conferencias de urgencia para considerar cómo pueden asegurar su «defensa» imperialista sin el paraguas militar de Estados Unidos. Sin embargo, las divisiones reales entre estas potencias -por ejemplo, entre los gobiernos dirigidos por partidos populistas o de extrema derecha que se inclinan hacia Rusia, y sobre todo entre Francia y Alemania en el corazón mismo de la Unión Europea- no deben subestimarse en tanto que obstáculo suplementario para la formación de una alianza europea estable. Y el actual régimen estadounidense hará sin duda todo lo posible por aumentar las divisiones entre los países de la Unión Europea, a los que Trump ha atacado explícitamente tratándolos de organización que ha sido creada para «joder a Estados Unidos».

6. Al mismo tiempo, de nuevo en clara discontinuidad con el enfoque de la anterior Administración estadounidense y de las principales potencias europeas, que han abogado por una «solución de dos Estados» al conflicto entre Israel y Palestina, el régimen de Trump está apoyando abiertamente las políticas anexionistas del gobierno de derecha de Israel al eliminar las sanciones contra las acciones violentas de los colonos de

Cisjordania, también nombrando a Mike Huckabee -quien declara que «Judea y Samaria» fueron dadas a Israel por Dios hace 3 000 años- como embajador de Estados Unidos en Israel, y sobre todo llamando a la limpieza étnica de casi dos millones de palestinos de Gaza y transformando toda la zona en un paraíso para la especulación inmobiliaria. Esta política, a pesar de su importante contenido fantasioso, sólo puede perpetuar e intensificar los conflictos que ya se están intensificando y extendiendo por todo Oriente Medio, más claramente en Yemen, Líbano y Siria, donde la guerra interna está lejos de terminar a pesar del reemplazo del régimen de Assad, y donde Israel ha estado llevando a cabo más ataques aéreos devastadores que en general se perciben como una advertencia a Turquía. En particular, el cheque en blanco que Trump ha entregado al gobierno de Netanyahu también contiene la probabilidad de nuevos enfrentamientos directos entre Israel e Irán.

7. Mientras tanto, otros conflictos imperialistas se están gestando o ya se están agravando, particularmente en África, donde el Congo, Libia y Sudán se han convertido en verdaderos escenarios de masacres y hambrunas. África es otro ejemplo de conflictos locales alimentados por una desconcertante variedad de estados regionales (como Ruanda en el Congo) y por los grandes padrinos imperialistas (Estados Unidos, Francia, China, Rusia, Turquía, etc.) que pueden ser aliados en un conflicto y enemigos en otro.

A pesar de que la búsqueda de materias primas vitales es un aspecto clave de muchos de estos conflictos, la principal característica de todas estas guerras es que cada vez aportan menos beneficios ya sean económicos o estratégicos para todos sus protagonistas. Sobre todo, no apuntan a una solución a la crisis económica mundial a través de la desvalorización del capital o la reconstrucción de las economías arruinadas, como dicen muchos de los grupos del Medio Político Proletario. La visión economicista de estos grupos simplemente ignora la verdadera dirección del capitalismo en sus etapas finales, que es hacia la destrucción de la humanidad y no hacia una nueva etapa en el ciclo de acumulación.

8. La creciente interacción entre la crisis económica y la rivalidad imperialista, y de los efectos de la descomposición en el estado de la economía mundial, se ilustran claramente con la avalancha de aranceles decretados por el régimen de Trump. Esta «declaración de guerra» al resto de las economías del mundo, dirigida a los vecinos cercanos y a los antiguos aliados, así como a los enemigos declarados, puede ser vista como un intento de Estados Unidos de demostrar su poder como un gigante imperialista capaz de valerse por sí solo sin tener que rendir cuentas a ningún otro Estado u organismo internacional. Pero también se basa en una «estrategia» económica que cree que los EE.UU. pueden prosperar mejor socavando o arruinando a todos sus rivales económicos. Se trata de un enfoque puramente suicida que será inmediatamente contraproducente para la economía y los consumidores estadounidenses a través del aumento de los precios, la escasez, el cierre de empresas y los despidos. Y, por supuesto, una severa recesión en Estados Unidos no podía dejar de tener implicaciones mundiales. En particular, varios economistas han advertido del peligro de que Estados Unidos incumpla el pago de su enorme deuda nacional, la mayor parte de la cual está en «propiedad» de Japón y del principal rival norteamericano: China; y es evidente que una suspensión de pagos de EE.UU. no solo causaría un daño incalculable a la economía mundial, sino que inevitablemente se extendería a la esfera de la rivalidad imperialista entre EE.UU. y China. Todo esto demuestra que la política de *America First* del régimen de Trump está en completa contradicción con el carácter «globalizado» de la economía mundial en la que los propios EE.UU. han sido la fuerza más activa, en particular tras el hundimiento del bloque del Este a principios de los años 90; También marca un retorno a las medidas proteccionistas que las burguesías más poderosas han abandonado en gran medida desde que demostraron su fracaso absoluto para gestionar la crisis económica mundial en la década de 1930. El actual intento de los EE.UU. de desmantelar los últimos vestigios políticos y militares del orden imperialista mundial establecido en 1945 se desarrolla en paralelo a medidas que amenazan claramente todas las instituciones globales crea-

das a raíz de la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial para regular el comercio mundial y contener la crisis de sobreproducción.

9. Por lo tanto, no sorprende que las bolsas de valores mundiales hayan reaccionado con creciente pánico a los aranceles de Trump, mientras numerosos «expertos» económicos han predicho una recesión mundial, brutales guerras comerciales (que ya se están gestando, en particular entre Estados Unidos y China), una inflación vertiginosa e incluso un «*invierno nuclear económico*»⁽²⁾. Estas reacciones obligaron a Trump a dar marcha atrás en algunas de sus amenazas económicas, pero es poco probable que se pueda seguir confiando en la nueva Administración estadounidense como garante de la estabilidad económica; al contrario. Los temores expresados por los «mercados» están bien fundados, pero los revolucionarios también deben dejar claro que, si bien son sin duda un severo factor agravante de la profundización de la crisis económica, no son su causa última. La enfermedad subyacente de la economía mundial debe atribuirse a la crisis mundial de sobreproducción, que en esencia ha sido permanente desde 1914 y que también tiene una evolución histórica antes del punto extremo que ahora está alcanzando. Mucho antes del anuncio de los aranceles de Trump, las principales economías mundiales, en particular Alemania y China, así como Estados Unidos, ya se hundían en un atolladero económico, expresado en el cierre de fábricas en sectores clave, niveles de deuda inmanejables, el aumento de precios en muchos países, el creciente desempleo juvenil, etc. El fin del «milagro económico» chino es particularmente significativo porque, a diferencia de la situación creada por la crisis financiera de 2008, China ya no podrá desempeñar el papel de «locomotora mundial».

10. La crisis mundial de sobreproducción, como predijo Rosa Luxemburgo, es el resultado de la reducción de una zona «externa» hacia la que el capitalismo pueda expandirse. Estas áreas de la economía pre capitalista eran todavía considerables cuando Rosa Luxemburgo presentó su tesis, y todavía tenían algunas posibilidades en la fase de la «globalización», especialmente a través de

(2) Un multimillonario partidario de Trump advierte sobre un «*invierno nuclear económico* por los aranceles». BBC News online, 7.4.25

la capitalización de China y otras economías del Lejano Oriente. Pero hoy, incluso si los capitalistas continúan mirando con avidez las áreas económicas pre capitalistas restantes, especialmente en India y África, será cada vez más difícil explotarlas debido a la aceleración de la descomposición a través de las guerras locales y la destrucción ecológica. Otros elementos «superestructurales» también entran en el callejón sin salida histórico del sistema:

a) El enorme peso de la deuda mundial, la medicación para la sobreproducción que solo puede envenenar al paciente, y que, como en 2008, amenaza constantemente con explotar en forma de inestabilidad financiera generalizada. Y como ya señaló la CCI en la década de 1980, estamos asistiendo al crecimiento de una «economía de casino», que adopta la forma de especulación desenfrenada y expresa una brecha cada vez mayor entre el valor real y el capital ficticio. Un ejemplo llamativo de esto es la propagación del bitcoin y otras «criptomonedas» similares, diseñadas para evadir el control centralizado y actuar, así como otro factor potencialmente desestabilizador para la economía mundial.

b) El creciente impacto de los desastres ecológicos, que se han convertido en un «costo de producción» cada vez más destructivo.

c) El crecimiento exponencial del problema de los refugiados, frecuentemente producto de la guerra y de la catástrofe ecológica, y que enfrenta a la burguesía con un problema insoluble, ya que por un lado no puede permitirse integrar a esta masa de migrantes en una economía enferma, mientras que por el otro, no puede permitirse perder esta fuente de mano de obra barata y se encontrará con que una política de deportaciones forzadas como la que ahora ha establecido la Administración Trump costará miles de millones de dólares.

d) Sobre todo, a medida que se intensifica la opción a la guerra, la economía mundial se ve cada vez más obligada a soportar el enorme peso del creciente impacto del militarismo, que en algunos momentos puede dar la ilusión de «crecimiento económico» pero que, como ya señaló la Izquierda Comunista de Francia después de la Segunda Guerra Mundial, representa una pura pérdida para el *capital global*. Y la guerra abierta en sí misma tiene un impacto directo en la economía mundial, tipificado por el aumento de los costos de transporte marítimo como resultado de los ataques

directos a los barcos en el Mar Negro y el Mar Rojo.

El resultado inevitable de la profundización de la crisis, y en particular del desarrollo de una economía de guerra, serán ataques sin precedentes contra las condiciones de vida del proletariado y las masas empobrecidas. La burguesía de los países europeos ya está hablando abiertamente de la necesidad de más recortes en la asistencia social para pagar el «gasto en defensa».

11. En lo que respecta a la crisis ecológica, las interminables rondas de conferencias internacionales no han logrado que el mundo se aproxime siquiera a sus compromisos de reducción de carbono; al contrario, el objetivo de 1.5 grados respecto al límite del aumento de las temperaturas ya ha sido declarado un fracaso por varios científicos del clima. Año tras año, investigaciones científicas sólidas ofrecen claros indicadores de que la crisis climática ya está aquí: cada año se declara “el más caluroso registrado”, el deshielo de los casquetes polares alcanza niveles alarmantes y cada vez desaparecen más especies de plantas y animales, como algunos insectos, que son indispensables para la cadena alimentaria y el proceso de polinización. Además, la crisis no solo se evidencia en los países periféricos, sino que aumenta la crisis mundial de refugiados a medida que más regiones del planeta se vuelven inhabitables por sequías o inundaciones. Ahora se está desplazando de la periferia al centro, como lo demuestran los incendios forestales en California y las inundaciones en Alemania y España. La negación de Trump de la crisis climática se ha materializado de inmediato en la labor de la nueva Administración: el propio término «cambio climático» se elimina de los documentos gubernamentales y se recorta drásticamente la financiación para la investigación sobre el problema; se eliminan las restricciones a las emisiones y a los proyectos de extracción de combustibles fósiles bajo el lema «drill baby drill» (perfora tío, perfora); Estados Unidos se retira de los acuerdos internacionales sobre el clima. Todo esto dará un nuevo impulso mundial a la visión negacionista, un pilar central de los partidos populistas, que están en auge por doquier. Lo mismo ocurre con la retirada de Estados Unidos de la Organización Mundial de la Salud y el nombramiento de Robert Kennedy, un firme anti vacunas, al frente del Departamento de Salud estadounidense, cuando nos enfrentamos a la amenaza de nuevas pandemias (como la gripe

avian). Estas pandemias son otro producto de la ruptura de la relación entre la humanidad y la naturaleza, que el capitalismo ha llevado a su punto más extremo en la historia. Estas medidas que esconden la cabeza como el aveSTRUZ solo aumentarán el peligro. Pero la actitud suicida de los populistas ante la creciente crisis ecológica es, en esencia, solo un reflejo de la absoluta impotencia de todas las facciones de la clase dominante ante la destrucción de la naturaleza, puesto que ninguna de ellas puede existir sin un compromiso con el «crecimiento» infinito (es decir, la acumulación a cualquier precio), incluso cuando pretenden que no hay contradicción entre el crecimiento capitalista y las políticas verdes. La burguesía, como clase, tampoco puede desarrollar soluciones verdaderamente globales a la crisis ecológica, las únicas que tienen sentido. Ninguna facción de la clase dominante puede trascender el marco nacional, como tampoco puede exigir el fin de la acumulación de capital. Por lo tanto, el avance de la crisis ecológica solo puede acelerar la tendencia hacia conflictos militares caóticos, a medida que cada nación intenta salvar lo que puede ante la disminución de recursos y la acumulación de desastres. Y lo contrario también es cierto: la guerra, como ya se ha constatado en los conflictos de Ucrania y Medio Oriente, es en sí misma un factor creciente de la catástrofe ecológica, ya sea por las enormes emisiones de carbono necesarias para producir y mantener equipo militar, o por la contaminación del aire y el suelo mediante el uso de armamento cada vez más destructivo, que en muchos casos es una táctica deliberada destinada a debilitar el suministro de alimentos u otros recursos del enemigo. Mientras tanto, la amenaza de un desastre nuclear —ya sea por la destrucción de centrales nucleares o por el uso de armas nucleares tácticas— acecha constantemente. La interacción entre la guerra y la crisis ecológica es otra ilustración patente del efecto torbellino.

12. El retorno de Trump es una expresión clásica del fracaso político de las facciones de la clase dirigente que tienen una comprensión más lúcida de las necesidades del capital nacional; por lo tanto, es una clara expresión de una pérdida más general del control político por parte de la burguesía estadounidense, pero esta es una tendencia global y es particularmente significativo que la ola populista esté teniendo un impacto en otros países centrales para el capitalismo: así, hemos visto el ascenso de

la AfD en Alemania, el RN de Le Pen en Francia y Reform UK en el Reino Unido. El populismo es la expresión de una fracción de la burguesía, pero sus políticas incoherentes y contradictorias expresan un nihilismo y una creciente irracionalidad que no sirven a los intereses generales del capital nacional. El caso de Gran Bretaña, que ha sido dirigida por una de las burguesías más inteligentes y experimentadas, y que se pegó un tiro en el pie con el Brexit es un claro ejemplo. Las políticas internas y externas de Trump no serán menos perjudiciales para el capitalismo estadounidense: en términos de política exterior, al alimentar el conflicto con sus antiguos aliados mientras corteja a sus enemigos tradicionales, pero también a nivel doméstico, a través del impacto de su «programa» económico autodestructivo. Sobre todo, la campaña de venganza contra el «Deep State» y las «élites liberales», la focalización con ciertas minorías y la «guerra anti-woke» darán lugar a enfrentamientos entre facciones de la clase dominante que podrían llegar a ser extremadamente violentos en un país donde una enorme proporción de la población posee armas; el asalto al Capitolio el 6 de enero de 2021 palidecería en comparación. Y ya podemos ver, de forma embrionaria, los inicios de una reacción de parte de la burguesía que más tiene que perder con las políticas de Trump (por ejemplo, el estado de California, la Universidad de Harvard, etc.). Tales conflictos conllevan la amenaza de arrastrar a gran parte de la población y representan un peligro extremo para la clase obrera, para los esfuerzos por defender sus intereses de clase y forjar su unidad contra todas las divisiones que le inflinge la desintegración de la sociedad burguesa. Las recientes manifestaciones «Hands Off» organizadas por el ala izquierda del Partido Demócrata son un claro ejemplo de este peligro, ya que han logrado canalizar ciertos sectores y reivindicaciones de la clase obrera hacia una defensa general de la democracia contra la dictadura de Trump y compañía. De nuevo, aunque estos conflictos internos puedan ser especialmente agudos en EE.UU., son producto de un proceso mucho más amplio. El capitalismo decadente ha confiado durante mucho tiempo en el aparato estatal para evitar que esos antagonismos desgarren la sociedad, y en la fase de descomposición el Estado capitalista también se ve obligado a recurrir a las medidas más dictatoriales para mantener su dominación. Pero al mismo tiempo, cuando el propio aparato estatal se ve desgarrado por violentos conflictos internos, se

produce un fuerte impulso hacia una situación en la que «*el centro no puede sostenerse, la anarquía se desata por el mundo*», como dijo el poeta WB Yeats. Los «Estados fallidos» que vemos más claramente en el Medio Oriente, África y el Caribe son una imagen de lo que ya se está gestando en los centros más desarrollados del sistema. En Haití, por ejemplo, la maquinaria oficial del Estado es cada vez más impotente frente a la competencia de las bandas criminales, y en algunas partes de África, la competencia entre bandas ha alcanzado el paroxismo de la «guerra civil». Pero en los propios Estados Unidos, la actual dominación del Estado por el clan Trump se asemeja cada vez más al gobierno de una mafia, con su abierta adhesión a los métodos del chantaje y las amenazas.

13. La irracionalidad expresada por el populismo es, en el fondo, expresión de la irracionalidad de un sistema que ha superado hace tiempo su utilidad para la humanidad. Por tanto, es inevitable que el conjunto de la sociedad burguesa en descomposición se vea cada vez más asolada por una plaga de enfermedades mentales que a menudo se expresa en violencia asesina. La propagación de las atrocidades terroristas desde las principales zonas de guerra hasta las capitales occidentales fue uno de los primeros signos del inicio de la fase de descomposición, pero el acoplamiento de la actividad terrorista con las ideologías más irrationales se ha hecho cada vez más evidente a medida que esta fase ha ido avanzando y acelerándose. Así, las ideologías que más a menudo inspiran los actos terroristas, ya sean perpetrados por islamistas radicales o por neonazis, no son más que la expresión concentrada de creencias mucho más extendidas, incluidas las creencias en todo tipo de teorías conspirativas y en un apocalipsis inminente, todo lo cual ofrece una imagen peligrosamente distorsionada de cómo funciona realmente el capitalismo y de cómo se está deslizando en realidad hacia el abismo. También es característico que algunos de los actos de asesinato masivo más recientes —como el uso de autos como armas en ciudades alemanas, o los horribles asesinatos de niños en Southport que desencadenaron los disturbios racistas del verano de 2024 en Gran Bretaña— hayan estado más o menos desvinculados de cualquier organización terrorista real o incluso de cualquier ideología justificativa, expresando en su lugar los impulsos suicidas de individuos profundamente perturbados. En otros lugares,

estos impulsos adoptan la forma de una creciente violencia contra las mujeres, las minorías sexuales y los niños. Está claro que la clase obrera no es inmune a este azote, que actúa directamente en contra de las necesidades de la lucha de clases: la necesidad de solidaridad y unidad y de un pensamiento coherente que pueda conducir a una verdadera comprensión del funcionamiento del capitalismo y de su evolución.

14. El polo que conduce al caos y al colapso es, pues, cada vez más visible. Pero hay otro polo, el de la lucha de clases, del que da testimonio la «ruptura» desde 2022, que no es un relámpago en un cielo sereno, sino que tiene una profundidad histórica basada en el hecho de que el proletariado de los principales centros del sistema no ha sufrido una derrota decisiva y en la existencia de un largo proceso de maduración subterránea de la conciencia. Pero también sigue adoptando una forma mucho más abierta, como muestra el ejemplo de Bélgica. En Estados Unidos, las políticas de Trump conducirán a un rápido aumento de la inflación, socavando las promesas hechas a los trabajadores en particular; y el intento de recortar puestos de trabajo en la administración del Estado ya está dando lugar a una resistencia de clase embrionaria. En Europa, la demanda de la burguesía de sacrificarse en nombre de la reactivación de la máquina de guerra se encontrará sin duda con una seria resistencia de una clase obrera no derrotada. Los movimientos de clase que caracterizan la *ruptura* reafirman la centralidad de la crisis económica como principal estímulo de la lucha de clases. Pero al mismo tiempo, la proliferación de la guerra y el creciente costo de la economía de guerra, especialmente en los principales países de Europa, será un factor importante en la futura politización de la lucha, por la que la clase obrera podrá establecer un vínculo claro entre los sacrificios que exige la economía de guerra y los crecientes ataques a su nivel de vida, y en última instancia integrar todas las demás amenazas derivadas de la descomposición en una lucha contra el sistema en su conjunto.

15. A pesar de la profundidad de la nueva fase de la lucha de clases, es esencial no concebir su desarrollo como paralelo e independiente del polo de caos y destrucción. El peligro real de que la clase obrera esté cada vez más desorientada por los efectos de la atomización social, la creciente irracionalidad y el nihilismo es la prueba más clara de ello. Será difícil evitar verse arrastrada por la rabia visceral y la frustración de la población

en general, y reaccionar ante la catástrofe, la represión, la corrupción, la inseguridad social y la violencia, como hemos visto en las recientes manifestaciones y revueltas en Estados Unidos, Serbia, Turquía, Israel y otros lugares. La clase dominante es perfectamente capaz de utilizar los efectos de la descomposición de su propio sistema contra la clase obrera: explotando las divisiones «culturales» (wokismo contra antiwokismo, etc.); luchas parciales que reaccionan ante la agravación de la opresión y la discriminación contra ciertos sectores de la sociedad; campañas contra la inmigración, etc. Especialmente peligrosas son las renovadas campañas de «resistencia democrática» contra el «peligro del fascismo, el autoritarismo y las oligarquías», cuyo objetivo es desviar la ira contra un sistema en perdición hacia Trump, Musk, Le Pen y el resto de populistas y extrema derecha, que no son más que la expresión caricaturesca de la putrefacción del capitalismo. El ala de derecha de la burguesía también puede hacer sus llamamientos a la democracia frente a las maquinaciones del «Deep state», uno de los temas favoritos de Trump que ahora encuentra eco en Francia tras la decisión judicial de prohibir a Le Pen presentarse a las próximas elecciones presidenciales. Pero la «defensa de la democracia» es la especialidad del ala izquierda y extrema izquierda del aparato político. Además, anticipándose al desarrollo de la lucha de clases, la extrema izquierda y los sindicatos han radicalizado su lenguaje y su actitud: vemos a los trotskistas y a los anarquistas oficiales blandir la bandera de un falso internacionalismo en relación con las

guerras de Ucrania y Gaza, y a veces la izquierda ha tomado la dirección de los sindicatos, como ocurrió en las luchas del Reino Unido. Asistiremos también a una renovación de su discurso y actividad en los próximos años, dirigida a canalizar el potencial de maduración de la conciencia proletaria, que implica necesariamente un proceso desigual de avances y retrocesos, hacia un terreno burgués que sólo puede conducir a la derrota y a la desmoralización.

16. La ruptura con la pasividad de las últimas décadas estimula también el proceso de reflexión a escala internacional entre las diferentes capas de la clase, particularmente evidente en forma de la emergencia de minorías de búsqueda. Es en este ámbito donde vemos más claramente la capacidad de la clase obrera para plantearse cuestiones más amplias sobre el futuro de este sistema, en particular en torno a la cuestión de la guerra y el internacionalismo. Sin embargo, el potencial de estas minorías para avanzar hacia posiciones revolucionarias sigue siendo frágil, debido a una serie de peligros:

- La radicalización de una serie de tendencias de izquierda, en particular de los trotskistas.
- La influencia del parasitismo como fuerza destructiva destinada a construir un cordón sanitario contra la izquierda comunista, aparentando actuar «desde dentro» y alimentándose del ambiente de descomposición.
- La influencia persistente del oportunismo en el verdadero Medio Político Proletario, que deforma el papel de la

organización y abre el camino a la tolerancia de la penetración de ideologías ajenas en el proletariado.

La actividad revolucionaria no tiene sentido sin la lucha por la construcción de una organización política capaz de combatir la ideología dominante en todas sus formas. El periodo que se avecina exige un análisis lúcido de la evolución de la situación internacional, una capacidad de anticipar los peligros centrales a los que el proletariado se enfrentará, pero también de reconocer el desarrollo real de la lucha y de la conciencia de clase, sobre todo cuando esta última evoluciona de una manera ampliamente «subterránea» escapando a quienes se fijan en las apariencias inmediatas.

Las organizaciones revolucionarias deben actuar como polo de atracción para los elementos en búsqueda y como faro de claridad programática y organizativa, sobre la base de los logros históricos de la Izquierda comunista. Deben comprender que el trabajo de construcción de un puente hacia el futuro partido mundial es una lucha que se librará durante un largo período y que exigirá una lucha persistente contra el impacto de la descomposición capitalista en sus propias filas a través de concesiones al democratismo, al localismo, al cada uno para sí, etc. La persistencia de un profundo oportunismo y del sectarismo en el seno del Medio Proletario subraya la responsabilidad única de la CCI en el esfuerzo de preparar las condiciones para el surgimiento del partido de la revolución comunista.

CCI (10 / 05 / 2025)



Corriente Comunista Internacional

¡Proletarios del mundo uníos!

[Contactar](#) [¿Qué es la CCI?](#) [Textos por temas](#) [Prensa](#)

[english](#) [français](#) [deutsch](#) [italiano](#) [svenska](#) [español](#) [turkish](#) [nederlands](#) [português](#) [Ελληνικά](#)
[русский](#) [ବାନ୍ଦା](#) [فارسی](#) [한국어](#) [日本語](#) [filipino](#) [中文](#) [ଆଜାମ](#) [magyar](#) [suomi](#)

[Buscar](#)

Compañero lector, visita el sitio de la CCI en Internet

La dirección es:

www.internationalism.org

En español:

es.internationalism.org

26º congreso de la CCI

Informe sobre la lucha de clases

Publicamos seguidamente el informe sobre la lucha de clases presentado en el 26º Congreso de la CCI. Este documento, redactado en diciembre de 2024, no considera los acontecimientos ocurridos en 2025 (el regreso de Trump a la Casa Blanca, luchas masivas en Bélgica, etc.), pero la validez de las perspectivas delineadas se mantiene vigente. El informe expone, en particular, elementos de análisis relevantes sobre lo que la CCI denomina «la ruptura en la dinámica de la lucha de clases» y sobre el impacto de la descomposición social en la clase obrera. En cuanto al análisis de los acontecimientos posteriores no contemplados, invitamos a nuestros lectores a consultar la «Resolución sobre la situación internacional» de mayo de 2025, adoptada durante el mismo Congreso y publicada en este número de la Revista.

La resolución sobre la situación internacional adoptada en el 25º Congreso Internacional analizaba la dinámica de la lucha de clases de la siguiente manera: «*El resurgimiento de la combatividad obrera en varios países es un acontecimiento histórico importante que no es solo resultado de circunstancias locales y no puede explicarse por condiciones puramente nacionales. [...] Impulsados por una nueva generación de trabajadores, la amplitud y la simultaneidad de estos movimientos dan testimonio de un verdadero cambio de espíritu en la clase y rompen con la pasividad y la desorientación que han prevalecido desde finales de los años 80 hasta hoy*

. El verano de la ira en el Reino Unido en 2022, el movimiento contra la reforma de las pensiones en Francia en el invierno de 2023 y las huelgas en Estados Unidos, especialmente en el sector automovilístico, a finales del verano de 2023, siguen siendo las manifestaciones más espectaculares de la dimensión histórica e internacional del desarrollo de las luchas obreras. Las huelgas de casi siete semanas de los empleados de Boeing, así como la de 45 mil estibadores en Estados Unidos, sin precedentes en medio siglo, y ello en plena campaña presidencial, encarnan los últimos episodios de la verdadera ruptura en la dinámica de la lucha de clases con respecto a la situación de las décadas anteriores. Además, al momento en que redactamos este informe, la clase trabajadora de las grandes potencias económicas se prepara para sufrir ataques sin precedentes como consecuencia de la aceleración de la crisis económica, haciendo presagiar

importantes reacciones de luchas en los próximos meses. Pero este movimiento de recuperación de la combatividad y de desarrollo de la maduración subterránea de la conciencia de clase se desarrolla en un contexto de agravamiento de la descomposición, en el que los efectos simultáneos de la crisis económica, el caos guerrero y el desastre ecológico alimentan un torbellino infernal de destrucción. El regreso de Trump a la Casa Blanca, que significa un aumento real del poder de la corriente populista en la sociedad estadounidense, constituirá un gran obstáculo adicional al que deberá enfrentarse la lucha de clases, no solo en Estados Unidos, sino también a escala internacional. El presente informe tiene por objeto proporcionar una base de reflexión que permita profundizar y evaluar la dinámica actual de la lucha de clases y sus implicaciones históricas. Pero también evaluar con más detalle los obstáculos que se interponen ante el proletariado, en particular el impacto de los efectos y las manifestaciones ideológicas de la descomposición.

La realidad de una ruptura en la dinámica de la lucha de clases

El análisis de la ruptura en la dinámica de la lucha de clases a partir del verano de 2022 fue recibido con escepticismo, incluso con sarcasmo, en el medio político proletario, en particular por parte de las organizaciones históricas de la Izquierda Comunista, como la Tendencia Comunista Internacionista (TCI) o los grupos bordiguistas. Del mismo modo, se expresaron dudas y des-

acuerdos en las reuniones públicas de la CCI, incluso por parte de compañeros de ruta acostumbrados al método y al marco de análisis de la CCI. Una situación aprovechada por el medio parasitario⁽¹⁾, como el sitio web *Controverses*, que no ha dudado en utilizar nuestros errores de análisis pasados para burlarse de nuestro análisis actual («Han sobreestimado la lucha de clases en el pasado, ¿qué ha cambiado hoy?»).

a - Defender el método de análisis marxista

Estas reacciones de rechazo hacia nuestro análisis eran, en realidad, la expresión de un enfoque puramente empirista e inmediatista. Por el contrario, si la CCI fue capaz, casi de inmediato, de reconocer un profundo cambio en la serie de huelgas de los trabajadores británicos, fue porque supimos apoyarnos en nuestra experiencia, en particular en el método que había permitido a Marc Chirik comprender el movimiento de Mayo del 68, no como un simple acontecimiento momentáneo de la clase trabajadora en Francia, sino como la expresión de un movimiento histórico e internacional, mientras que los grupos históricos de la Izquierda Comunista pasaban por alto totalmente su significado.

Por lo tanto, hoy, al igual que a finales de los años 1960, la CCI es la única organización capaz de comprender el alcance histórico de una dinámica internacional de desarrollo de las luchas obreras en el mundo desde 2022, que incluye la comprensión:

- del marco de análisis de la decadencia del capitalismo y la salida de la contrarrevolución desde finales de los años 1960, a diferencia de la corriente bordiguista o del análisis del curso hacia una tercera guerra generalizada defendido por la TCI,

(1) Se trata de pequeños grupos o individuos, animados por el resentimiento, cuya vida «militante» consiste en desacreditar e intentar destruir las organizaciones revolucionarias. Las organizaciones revolucionarias siempre han tenido que defenderse de esta verdadera lacra y la Izquierda Comunista no se libra de ello hoy en día. Cf. «Los fundamentos marxistas del concepto de parasitismo político y la lucha contra esta lacra», publicado en la página web de la CCI.

que implica una clase obrera políticamente derrotada;

- que la agudización de la crisis económica a escala mundial constituye el terreno más fértil para el desarrollo de la combatividad obrera a escala internacional;

- que el desarrollo y la magnitud de esta combatividad obrera a partir del verano de 2022 en el Reino Unido, sin precedentes desde los años 1980, en el proletariado más antiguo de la historia, tenía necesariamente un alcance histórico e internacional;

- que este cambio de espíritu dentro de la clase es el producto del desarrollo de la maduración subterránea de la conciencia que se produce dentro de la clase desde principios de los años 2000;

- que la ruptura no se reduce a la magnitud y la multiplicación de las luchas en todo el mundo, sino que va acompañada del desarrollo de la reflexión a escala internacional en los diferentes estratos de la clase trabajadora y, en particular, de una reflexión profunda en el seno de las minorías politizadas;

- que esta dinámica se inscribe en el largo plazo y, por lo tanto, contiene el potencial para la recuperación de la identidad de clase y la politicización de las luchas (hitos indispensables para que la clase obrera tenga la capacidad de enfrentarse directamente al Estado burgués), tras décadas de reflujo de la conciencia dentro de la clase.

Aquí reside toda la fuerza del método marxista heredado de la Izquierda Comunista: la capacidad de discernir los cambios importantes en la dinámica de la sociedad capitalista, mucho antes de que se vuelvan demasiado evidentes como para poder negarlos.

b - La necesidad de superar las confusiones sobre la cuestión

Por tanto, es indispensable comprender plenamente las consecuencias y las implicaciones de nuestro análisis y de combatir los enfoques superficiales que puede engendrar. Entre los principales:

- Reducir la ruptura únicamente a la magnitud de la expresión de la combatividad y al desarrollo de las luchas, descuidando la dimensión primordial de la maduración subterránea de la conciencia dentro de la clase.

- Pensar que el desarrollo de las luchas puede permitir a la clase obre-

ra contrarrestar los efectos de la descomposición o que el populismo fragiliza la capacidad del Estado burgués para hacer frente a la reacción de la clase.

- Considerar el efecto torbellino [los efectos simultáneos de la crisis económica, el caos bélico, el desastre ecológico...] y la ruptura como dos dimensiones paralelas, herméticas una frente a la otra.

Fundamentalmente, estas interpretaciones erróneas expresan una dificultad para analizar la dinámica de la lucha de clases en el contexto histórico de la descomposición. Entre las razones fundamentales que se pueden invocar:

- Una tendencia general a subestimar la fase de descomposición y, por lo tanto, a no tener en cuenta la verdadera magnitud de su impacto negativo en la lucha de clases.

- Una dificultad para asimilar el carácter ahora inadecuado del concepto de curso histórico. Esto ha contribuido, en particular, a distorsionar el prisma a través del cual se observa la lucha de clases: «*Así, 1989 marca un cambio fundamental en la dinámica general de la sociedad capitalista en decadencia. Antes de esa fecha, la relación de fuerzas entre las clases era el factor determinante de esta dinámica: es de esta relación de fuerzas entre las clases que dependía del resultado de la exacerbación capitalista: o bien el estallido de la guerra mundial, o bien el desarrollo de la lucha de clases con, en perspectiva, el derrocamiento del capitalismo. Después de esa fecha, esta dinámica general de decadencia capitalista ya no está determinada directamente por la relación de fuerzas entre las clases. Sea cual sea la relación de fuerzas entre las clases, mientras ninguna clase sea capaz de imponer su solución, el capitalismo seguirá hundiéndose en la decadencia, porque la descomposición social tiende a escapar al control de las clases contendientes*». ⁽²⁾

Por lo tanto, el análisis de dos polos opuestos y contradictorios que se desarrollan de forma concomitante se inscribe en el marco expuesto anteriormente. Sin embargo, estas dos dimensiones de la situación, aparentemente paralelas, se entrelazan entre sí. Es precisamente en un mundo ali-

mentado por el «cada uno para sí», la atomización social, la irracionalidad del pensamiento, el nihilismo, el todos contra todos, el caos guerrero y medioambiental y las políticas cada vez más incoherentes y destructivas de las burguesías nacionales, que la clase trabajadora se ve obligada a desarrollar su combate y a madurar su reflexión y su conciencia. Por lo tanto, y como hemos repetido muy a menudo, el período de descomposición no es una necesidad para el avance hacia la revolución, y mucho menos favorece a la clase obrera⁽³⁾. Sin embargo, los considerables peligros que la descomposición supone para la clase obrera y la humanidad en su conjunto no deben llevar a la clase obrera y a sus minorías revolucionarias a adoptar una actitud fatalista y darse por vencidos. **La perspectiva histórica de la revolución proletaria sigue abierta!**

Las luchas contra los ataques económicos constituyen el terreno privilegiado para la recuperación de la identidad de clase

Las repercusiones de la crisis actual serán las más profundas y brutales de todo el período de decadencia, debido a los efectos acumulados de la inflación, los recortes presupuestarios⁽⁴⁾, los planes de despido (agravados, en particular, por la introducción de la inteligencia artificial en el aparato productivo)⁽⁵⁾ y la drástica reducción de los salarios. Esta situación significa que la burguesía tendrá cada vez menos margen de maniobra en su capacidad para enfrentar los efectos de la crisis económica, como fue el caso en décadas anteriores, y las políticas económicas planificadas por la administración Trump solo pueden tener

(3) «Durante este período, su objetivo será resistir a los efectos nocivos de la descomposición en su propio seno, contando únicamente con sus propias fuerzas, con su capacidad para luchar de forma colectiva y solidaria en defensa de sus intereses como clase explotada (aunque la propaganda de los revolucionarios debe subrayar constantemente los peligros de la descomposición). Solo en el período prerrevolucionario, cuando el proletariado esté a la ofensiva, cuando emprenda directa y abiertamente la lucha por su propia perspectiva histórica, podrá utilizar ciertos efectos de la descomposición -en particular la descomposición de la ideología burguesa y de las fuerzas del poder capitalista- como puntos de apoyo y será capaz de volcarlos contra el capital». Tesis sobre la descomposición.

(4) El Estado francés prevé ahorros de varias decenas de miles de millones, mientras que Elon Musk ha prometido recortar cerca de 2 billones de dólares en los gastos del presupuesto federal.

(5) Decenas de miles, incluso cientos de miles de puestos de trabajo están amenazados en los principales países centrales del capitalismo (Francia, Alemania, Reino Unido, Estados Unidos...) en los próximos meses y años.

(2) «Informe sobre la cuestión del curso histórico», Revista Internacional n.º 164.

como efecto el agravar aún más el atolladero económico mundial. Por lo tanto, ante la creciente pauperización y la degradación considerable de las condiciones de trabajo que sufrirá la clase trabajadora como consecuencia de la intensificación de la explotación de la fuerza de trabajo, se darán las condiciones para que la clase obrera responda. Pero en esta situación general, debemos tener en cuenta sobre todo que todos estos ataques afectan simultáneamente a las tres principales zonas del capitalismo (Estados Unidos, China y Alemania). Europa va a experimentar un desmantelamiento sin precedentes de la industria automotriz, sin duda de la misma magnitud que la del carbón y del acero en los años 1970 y 1980. **Por lo tanto, debemos prepararnos a ver el surgimiento de luchas a gran escala en los próximos años, especialmente en los principales centros del capitalismo, y desde ahora examinar profundamente las importantes implicaciones de esta nueva situación.**

Por citar solo algunos ejemplos: el proletariado alemán, que hasta ahora se ha encontrado a la zaga de la lucha de clases, va a desempeñar un papel mucho más central en la lucha de la clase contra el capital. En China, el aumento vertiginoso del desempleo, especialmente entre los jóvenes (25 %), erosionará cada vez más el mito de una China moderna y próspera y provocará reacciones por parte de un proletariado inexperto, aún muy influido por la doctrina maoísta, el arma ideológica del capitalismo de Estado en ese país. Del mismo modo, la magnitud de la crisis no ha perdonado al proletariado de Rusia, que ha sufrido de lleno las consecuencias de la economía de guerra. Esto nos lleva a esperar reacciones de esta fracción de nuestra clase, sin por ello descuidar las profundas debilidades causadas por la contrarrevolución y agravadas por la descomposición.

También hay que prestar más atención a la lucha de clases en la región indo pacífica. El año 2024 se caracterizó por huelgas en numerosos sectores (automóvil, construcción, educación...) en varios países de la región (India, China, Corea del Sur, Japón, Taiwán, Indonesia) contra la reducción de salarios, los cierres de fábricas y el deterioro de las condiciones de trabajo.

Sin embargo, si efectivamente los ataques económicos constituyen el terreno más propicio para el desarrollo de la lucha de clases -no solo en el plano defensivo inmediato (un elemento vital para la recuperación de la identidad de clase), sino también en el surgimiento de una comprensión consciente de que el modo de producción en su conjunto está totalmente en bancarrota y debe dar paso a una nueva sociedad-, debemos evaluar con mayor precisión los tipos de ataques más propicios para el desarrollo de la solidaridad y la unidad dentro de la clase, tanto a corto como a largo plazo.

La multiplicidad de ataques, como los cierres de empresas y las supresiones de puestos de trabajo que los acompañan, dan lugar por el momento a múltiples luchas en varios países. Pero éstas siguen estando muy aisladas y desembocan en una especie de callejón sin salida. Es muy difícil para los trabajadores luchar contra los cierres de fábricas, ya que la huelga no bastará para presionar a los patrones que ya tienen la intención de cerrar las empresas. Un ejemplo es la dificultad de los trabajadores de Port Talbot, en Gales, para desarrollar una lucha contra el cierre de esta fábrica siderúrgica clave. De hecho, de manera más general, habrá que examinar de cerca el impacto del desempleo masivo en el desarrollo de la conciencia del proletariado. Porque si bien esta consecuencia directa de la crisis económica «puede contribuir en general a desenmascarar la incapacidad del capitalismo para garantizar un futuro a los proletarios, también constituye un poderoso factor de "lumpenización" de ciertos sectores de la clase, especialmente entre los jóvenes obreros, lo que debilita en igual medida las capacidades políticas presentes y futuras de ésta»⁽⁶⁾. Por lo tanto, solo cuando el proletariado haya superado un nuevo escalón en el desarrollo de su conciencia, cuando particularmente sea capaz de concebirse a sí mismo como una clase con un papel que desempeñar en el futuro de la sociedad, será cuando la cuestión de los despidos masivos y el desempleo masivo constituirán verdaderamente elementos que permitan a la clase dar una respuesta unida y solidaria contra los ataques del Estado burgués, así

como una reflexión más profunda sobre la quiebra del capitalismo.

Los ataques a los salarios, por el contrario, pueden generar una relación de fuerzas más favorable. De hecho, las luchas que iniciaron la ruptura de 2022 se centraron esencialmente en la cuestión salarial. Esto es lo que parece haber demostrado también el último episodio de luchas en Estados Unidos durante los últimos meses. Dado que el salario constituye la base de la relación entre el capital y el trabajo, la cuestión de la defensa de los salarios constituye el «interés común» de todos los trabajadores contra sus explotadores. Esta lucha «los une en un mismo pensamiento de resistencia (coalición). Así, la coalición siempre tiene un doble objetivo: poner fin a la competencia entre ellos para poder competir de forma general contra el capitalista. Si el primer objetivo de la resistencia fue solo el mantenimiento de los salarios, a medida que los capitalistas se unen a su vez en un pensamiento de represión, las coaliciones, al principio aisladas, se agrupan y, frente al capital siempre unido, el mantenimiento de la asociación se vuelve más necesario para ellos que el del salario. [...] Así, esta masa ya es una clase frente al capital, pero aún no lo es para sí misma. En la lucha, [...] esta masa se une, se constituye en clase para sí misma. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política»⁽⁷⁾.

Guerra, descomposición y conciencia de clase

En el periodo de luchas obreras masivas entre 1968 y 1975, cuando los países centrales del capitalismo habían experimentado un periodo de prosperidad, aún existían fuertes ilusiones sobre la posibilidad de restaurar los «años gloriosos», en particular mediante la elección de gobiernos de izquierda. Así, aunque estos movimientos dieron lugar a una cierta politización de las minorías⁽⁸⁾,

(7) Karl Marx, Miseria de la filosofía, capítulo II, «Sección V. Las huelgas y las coaliciones de los obreros».

(8) Para la distinción entre la politización de las minorías y la politización de las luchas, véase el «Informe sobre la lucha de clases internacional en el 24º Congreso de la CCI», Revista Internacional n.º 167. El artículo titulado «Tras la ruptura en la lucha de clases, la necesidad de la politización de las luchas», publicado en la Revista Internacional n.º 171, ofrece una base para profundizar en la cuestión de la politización con el fin de comprender su significado profundo en la fase de descomposición.

(6) «TESIS: la descomposición, fase última de la decadencia capitalista», Revista Internacional n.º 107.

en particular con la reactivación de la tradición de la Izquierda Comunista, el potencial de las luchas para dar lugar a una politización más generalizada de la clase era limitado. Incluso en las luchas de los años 1980, aún era mucho menos evidente que el sistema capitalista estuviera llegando al final de su recorrido, y las luchas de los trabajadores, aunque fueron masivas y capaces de impedir la guerra mundial, no lograron generalizar una perspectiva política para la superación del capitalismo.

El resultado fundamental del estancamiento entre las clases en la década de 1980 fue el desarrollo de la nueva fase de descomposición, que se convirtió en un obstáculo adicional para la capacidad de la clase obrera de reconstituirse como fuerza revolucionaria. Pero la aceleración de la descomposición también ha permitido comprender mejor que el largo declive del capitalismo ha llegado a una fase terminal en la que la elección entre el socialismo y la barbarie se ha vuelto cada vez más evidente. Aunque la sensación de que nos dirigimos hacia la barbarie está mucho más extendida que la convicción de que el socialismo ofrece una alternativa realista, el creciente reconocimiento de que el capitalismo no tiene nada que ofrecer a la humanidad más que una espiral de destrucción sienta ahora las bases para una futura politización de la lucha de clases.

Además de la crisis económica, que sigue siendo la base esencial para el desarrollo de las luchas abiertas de la clase y de la toma de conciencia del fracaso del sistema, los dos elementos que más claramente subrayan la realidad del callejón sin salida del capitalismo son la proliferación e intensificación de las guerras imperialistas y el avance inexorable de la catástrofe ecológica, simbolizada recientemente por las inundaciones masivas de Valencia, que demuestran que esta catástrofe ya no se limitará a las regiones «periféricas» del sistema. Sin embargo, en tanto que factores del surgimiento de una conciencia política dentro de la clase, estos dos elementos no son iguales.

Hace tiempo que rechazamos la idea -a la que aún se aferran la mayoría de los grupos del medio político proletario- de que la guerra, en particular la guerra mundial, ofrece un terreno favorable para el estallido de las luchas revolucionarias. En artículos de

la *Revista Internacional* de los años 1980⁽⁹⁾, mostramos que, si bien esta concepción se basaba en la experiencia real de las revoluciones pasadas (1871, 1905, 1917), y si toda lucha de clases en tiempos de movilización para la guerra plantea inevitablemente cuestiones políticas de manera muy rápida, las desventajas a las que se enfrentan los movimientos revolucionarios que surgen como respuesta directa a la guerra superan con creces las «ventajas». Así:

- La experiencia de la Primera Guerra Mundial dio a la clase dominante una lección muy importante que debía aplicar de manera muy sistemática antes y al final de la Segunda Guerra Mundial: antes de lanzar una guerra mundial, primero hay que infligir una profunda derrota física e ideológica al proletariado, y cuando las miserias y los horrores de la guerra provocan signos de reacción proletaria, hay que aplastarlas inmediatamente (*cf.* la colaboración objetiva de las fuerzas aliadas y nazis en la aniquilación de las revueltas obreras en Italia en 1943, los bombardeos de terror sobre Alemania, etc.).

- El viejo esquema del derrotismo revolucionario, según el cual la derrota del propio gobierno favorece el desarrollo de la revolución, ha sido refutado por el hecho de que la división entre naciones vencedoras y naciones vencidas crea profundas divisiones en el proletariado mundial, como se vio más claramente tras la guerra de 1914-18.

- La tecnología militar del capitalismo ha «progresado» hasta tal punto que la fraternización entre las trincheras es cada vez menos posible, y también ha hecho mucho más probable que una futura guerra mundial conduzca rápidamente a una escalada nuclear y a la «destrucción mutua asegurada».

Las guerras actuales en Ucrania y Medio Oriente han confirmado que los principales obstáculos para la guerra capitalista son mucho menos susceptibles de provenir de revueltas en los países directamente involucrados en la guerra, que si surgen de las fracciones centrales del proletariado que sólo se ven indirectamente afectadas por la guerra imperialista

(9) «¿Por qué la alternativa guerra o revolución? ¿Es la guerra una condición favorable para la revolución comunista?», *Revista Internacional* n.º 30 (disponible solo en francés); «El proletariado ante a la guerra», *Revista Internacional* n.º 65.

a través de las crecientes exigencias de la economía de guerra.

Esto no significa, sin embargo, que la guerra haya dejado de ser un factor en el desarrollo de la conciencia de clase y el proceso de politización. Al contrario, hemos visto:

- que la omnipresencia de la guerra, especialmente desde la invasión rusa de Ucrania, sigue siendo un factor importante en el surgimiento de minorías que cuestionan todo el sistema capitalista;

- que la capacidad de los trabajadores para defender sus propios intereses de clase a pesar del llamamiento al sacrificio en nombre de la «defensa de la libertad» ha sido un elemento clave de la ruptura de 2022. Además, el reconocimiento del hecho de que se pide a los trabajadores que paguen por la expansión de la economía de guerra ha sido planteado explícitamente por algunos de los trabajadores más combativos que participaron en las luchas después de 2022, especialmente en Francia⁽¹⁰⁾.

Es cierto que, en estos dos ejemplos, se trata más de la politización de las minorías que de la politización de las luchas. Esto no es sorprendente, dado el número de trampas ideológicas a las que se enfrentan quienes comienzan a establecer vínculos entre el capitalismo y la guerra: por un lado, tenemos el ejemplo de cómo los populistas en Europa y, sobre todo, en Estados Unidos han recuperado algún embrión de sentimiento antibélico en la clase, transformándolo incluso, en el caso de la guerra en Ucrania, en una orientación prorrusa apenas disimulada. Por otro lado, tenemos a una multitud de izquierdistas que esgrimen una versión del internacionalismo que puede incluso parecer que denuncia a los dos bandos beligerantes en Ucrania, pero que, en última instancia, siempre acaba defendiendo a uno u otro bando. Y esos mismos izquierdistas, generalmente mucho más partidarios en su apoyo al «Eje de la Resistencia» contra Israel, son un factor importante en la exacerbación de las divisiones

(10) En Irán, durante las recientes huelgas y manifestaciones [en el verano de 2024] entre los trabajadores de los sectores de la salud, la educación, el transporte y el petróleo, así como entre los jubilados de la industria siderúrgica que se enfrentaron a un fuerte aumento de los precios, la comprensión de que el aumento de la inflación es producto de la economía de guerra se expresó en la consigna lanzada en las ciudades de Ahvaz y Shush: «Basta de belicismo, nuestras mesas están vacías».

religiosas y étnicas avivadas por la guerra en Medio Oriente. No es para nada sorprendente que una verdadera respuesta internacionalista a las guerras actuales se limite a una minoría de elementos en búsqueda. E incluso dentro de esta minoría, o incluso dentro de los grupos de la Izquierda Comunista, las confusiones e incoherencias son más que evidentes.

En la sección final de las *Tesis sobre la descomposición*, exponemos las razones por las que la crisis económica, a diferencia de los principales fenómenos de descomposición, sigue siendo el principal vector de la capacidad de la clase obrera para redescubrir su identidad de clase y constituirse en una clase abiertamente opuesta a la sociedad capitalista: «mientras que los efectos de la descomposición (contaminación, drogas, inseguridad, etc.) afectan por igual a los diferentes estratos de la sociedad y constituyen un terreno fértil para las campañas y las mystificaciones aclasistas (ecología, movimientos antinucleares, movilizaciones antirracistas, etc.), los ataques económicos (descenso de los salarios reales, despidos, aumento de la productividad, etc.) —que son resultado directo de la crisis— afectan directa y específicamente al proletariado (es decir, a la clase que produce la plusvalía y se enfrenta al capitalismo en este terreno); a diferencia de la descomposición social que afecta esencialmente a la superestructura, la crisis económica ataca directamente los cimientos sobre los que se sustenta dicha superestructura; en este sentido, pone al descubierto toda la barbarie que se cierne sobre la sociedad, permitiendo así al proletariado tomar conciencia de la necesidad de cambiar radicalmente el sistema, en lugar de intentar mejorar algunos aspectos»⁽¹¹⁾.

Estas formulaciones siguen siendo válidas en lo esencial, aunque no sea estrictamente cierto que la destrucción de la naturaleza sea sólo un aspecto de la superestructura, ya que es un producto directo de la acumulación capitalista y amenaza con socavar las condiciones mismas de la supervivencia de la sociedad humana y la continuación de la producción. Si bien el agravamiento de la crisis ecológica puede ser un factor poten-

cial para que pequeñas minorías⁽¹²⁾ cuestionen los fundamentos mismos de la producción capitalista, sigue siendo un factor de miedo y desesperación para gran parte de la clase. El desastre ecológico tiende a afectar a todos los estratos de la sociedad por igual, aunque sus efectos más devastadores suelen recaer sobre la clase obrera y otros explotados, por lo que sigue siendo «un terreno fértil para las campañas y las mystificaciones aclasistas». Esto tiende a limitar la capacidad de los elementos perturbados por el desastre ecológico para comprender que la única solución pasa por la lucha de clases.

Además, las «soluciones» inmediatas que proponen los Estados capitalistas al deterioro del medio ambiente implican frecuentemente ataques directos al nivel de vida de una parte de la clase obrera, en particular despidos masivos para sustituir la producción basada en combustibles fósiles por tecnologías más «limpias». En este sentido, las reivindicaciones para salvar el medio ambiente suelen ser más un factor de división que de unificación entre las filas de la clase obrera, a diferencia de la crisis económica, que tiende a «nivelar por debajo» a todo el proletariado.

La conclusión de las *Tesis* no incluye el impacto de la guerra en el desarrollo de la conciencia de clase, pero lo que sí se puede decir es que:

- la cuestión de la guerra imperialista (como la crisis económica prolongada e insoluble que la origina) no es un producto específico de la descomposición capitalista, sino un elemento central de toda la época de decadencia.

- existe un vínculo mucho más estrecho entre la crisis económica y la guerra: en particular, el desarrollo de una economía de guerra va acompañado de un ataque muy evidente y bastante generalizado contra el nivel de vida de los trabajadores a través de la inflación, la intensificación del ritmo de trabajo, etc. La resistencia a esta agresión en el terreno de clase, aunque solo se base en una visión internacional clara en una ínfima minoría, no puede dejar de plantear cuestiones profundamente políticas sobre la relación entre el capitalismo

y la guerra, y sobre los intereses internacionales comunes del proletariado. Esta es la razón principal por la que la politización de las minorías en el sentido proletario se basa más en una reacción a la cuestión de la guerra que en fenómenos más específicos de la descomposición, incluida la aceleración de la crisis ecológica. Y a más largo plazo, la creciente amenaza y la total irracionalidad de la guerra serán un factor real en la futura politización de las luchas. Pero debemos subrayar que solo en una etapa más avanzada del desarrollo de la identidad de clase y de la lucha de clases, estos pasos hacia la politización (ya sea en torno a la cuestión de la guerra o a expresiones más características de la descomposición, como la crisis ecológica) pueden pasar del nivel de pequeñas minorías a movimientos mucho más amplios y abiertos de la clase obrera.

La capacidad de la clase dominante para hacer frente al resurgimiento de la lucha de clases

Por muy fragmentada y debilitada que esté por el avance de la descomposición de su propio modo de producción, la burguesía nunca perderá la capacidad de responder al desarrollo de la lucha de clases. En respuesta al resurgimiento de las luchas desde 2022 y, en particular, al desarrollo de la maduración subterránea de la conciencia, hemos visto cómo la clase dominante ha utilizado ampliamente sus instrumentos «clásicos» de control del proletariado:

- Los sindicatos, que han radicalizado su lenguaje en anticipación o en respuesta al estallido de las luchas obreras. Esto quedó muy claro en las luchas en Gran Bretaña, por ejemplo, donde la dirección de los sindicatos más directamente implicados en las luchas estaba en manos de elementos muy de izquierda, como Mick Lynch, del sindicato de trabajadores ferroviarios, el RMT.

- Los grupos de izquierda, en particular los trotskistas, algunos de los cuales (*«Revolutionary Communist Party*», *«Révolution Permanente*», etc.) han vuelto a hablar de comunismo y, como ya hemos mencionado, pueden parecer defender posiciones internacionalistas, especialmente en respuesta a la guerra en Ucrania.

Sigue en la pág. 56

(11) «TESIS: la descomposición, fase última de la decadencia capitalista», Revista Internacional n.º 107.

(12) El desarrollo de estas minorías, o más bien la necesidad objetiva de impedir que alcancen una crítica coherente del capital, explica la aparición de un ala radical del movimiento de protesta ecológica, en particular los partidarios del «decrecimiento».

26º Congreso de la CCI

Informe (extractos) sobre la crisis económica

El significado histórico del estancamiento de la economía capitalista

La elección de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos ha trastocado profundamente el orden económico mundial que se mantenía a duras penas desde el final de la Segunda Guerra Mundial, con instituciones reguladoras del comercio y las monedas, y una cierta coherencia en las orientaciones de los diferentes capitales nacionales. El giro estadounidense hacia un proteccionismo excesivo y su rechazo a cualquier tipo de cooperación internacional no solo ha tenido un impacto inmediato en todos los países centrales del capitalismo, sino que, sobre todo, ha abierto un periodo de incertidumbre relacionado con la desaparición brutal y, sin duda, definitiva de todos los esfuerzos realizados hasta entonces por la burguesía internacional para mantener la economía capitalista lo más alejada posible del caos y del «cada uno para sí». Esta política contribuye en gran medida a debilitar los grandes equilibrios, especialmente en los planos económico y político, con consecuencias inevitables para la dinámica de la lucha de clases, cuya magnitud futura sigue siendo difícil de evaluar en la actualidad.

El marxismo no es una teoría dogmática que diera respuesta a todo hace 150 años. Se trata sobre todo de un método que toma prestado de la ciencia un enfoque fundamental: verificar constantemente la validez de la teoría a la luz de los hechos. Por lo tanto, tomar distancia de la situación no significa en absoluto alejarse de los hechos, sino todo lo contrario. La primera pregunta que debemos plantearnos como marxistas ante estos cambios es si nuestro marco global de análisis de las tendencias históricas del capitalismo debe cuestionarse o si, por el contrario, los acontecimientos actuales lo confirman. A continuación, a partir de este marco de análisis, debemos considerar qué impacto tiene sobre el capitalismo la combinación de diferentes factores, como las guerras, la crisis económica, la desestabilización comercial y el cambio climático, con el fin de proporcionar a nuestra clase un análisis lo más claro posible de estos trastornos y de los retos que plantean para el futuro.

Los amplios extractos del informe sobre la crisis económica, ratificado por nuestro 26º Congreso Internacional en la primavera de 2025, que publicamos a continuación, muestran la validez de nuestro marco de análisis y nos permiten trazar perspectivas históricas. Sin embargo, el proceso nunca se detiene y, en una situación tan cambiante como la que vivimos hoy en día, corresponde más que nunca a las organizaciones revolucionarias profundizar sin cesar en este marco.

Desde la redacción del informe, la evolución de la situación no ha hecho más que confirmar las perspectivas esbozadas por el congreso. La aplicación, aleatoria y voluble, pero en última instancia muy brutal, de los aranceles por parte de la administración Trump conduce a una aceleración hasta ahora inimaginable del «cada uno para sí» en la esfera económica, la evaporación

de las «oportunidades» de la globalización y una desorganización brutal y caótica de los circuitos de producción y logística en todo el mundo, en particular al empujar a cada capital nacional a hacerse cargo por sí mismo de sectores estratégicos de la producción que, por otra parte, no pueden escapar a la realidad de las condiciones de saturación del mercado mundial. Esta exacerbación del «cada uno para sí» acentúa considerablemente la crisis de sobreproducción.

La crisis de sobreproducción no hace más que agravarse, bajo el peso creciente de la desestabilización del comercio mundial, las políticas proteccionistas y, sobre todo, la explosión del gasto militar. Lejos de poner fin a los sangrientos e interminables conflictos que minan el planeta, como Trump se jacta constantemente, Estados Unidos es el primero en echar leña al fuego,

como ilustra la situación en Gaza, el conflicto con Irán o, más recientemente, su política agresiva hacia Venezuela, lo que acentúa la presión de la economía de guerra sobre las cuentas públicas y sobre la propia salud global del capital. El divorcio histórico entre Estados Unidos y Europa se traduce, en particular, en un chantaje estadounidense a los demás países de la OTAN para que comprén y produzcan armas para Ucrania y aumenten su gasto y producción de armamento con el fin de hacerse cargo de su propia defensa.

Todo ello se produce en un contexto de pérdida de control por parte de las burguesías nacionales de su juego político, lo que afecta a su capacidad para cooperar e intentar regular mínimamente un mercado mundial devastado. En Estados Unidos, las facciones de la clase dominante se enfrentan entre sí sobre la política a seguir. En Europa, los Estados tienen cada vez más dificultades para mantener una coherencia en relación con la defensa del capital nacional y una estabilidad que permita definir orientaciones para el futuro.

Este panorama no hace más que confirmar el estado de decadencia del capitalismo y el hecho de que la esfera económica, que mediante artificios y eludiendo las leyes fundamentales del sistema, aún escapaba en general a esta decadencia, hoy en día no solo es presa de ella, sino sobre todo un acelerador del torbellino infernal que arrastra a este sistema en descomposición.

Entonces, ¿cómo se puede seguir defendiendo hoy en día la idea de que el capitalismo aún es capaz de relanzar nuevos ciclos de acumulación a través de la destrucción del capital provocada por la guerra, como siguen defendiendo las organizaciones del medio político proletario? ⁽¹⁾ La abismal deuda del conjunto de los Estados capitalistas, las gigantescas pérdidas relacionadas con la destrucción y la economía de guerra, la desorganización de los mercados y la realidad de la sobreproducción crónica invalidan

(1) La Tendencia Comunista Internacional, por ejemplo: «Puntualizaciones sobre el concepto de decadencia»

cualquier idea de la posibilidad de un desarrollo eterno del sistema.

¿Cómo se puede defender hoy en día la visión del siglo XIX de un progreso tecnológico capaz de aumentar la productividad global? Hoy en día, los avances tecnológicos son ciertamente incomparables con los de la época ascendente del capitalismo. Pero, por un lado, se dirigen casi exclusivamente al ámbito militar, una tendencia que se inició desde el comienzo de la decadencia y, sobre todo, las ganancias de productividad se evaporan en la sobreproducción debido a la imposibilidad de vender todas las mercancías producidas y, por lo tanto, de realizar la totalidad de la plusvalía esperada. Por lo tanto, son incapaces de contribuir a un «nuevo ciclo de acumulación», aunque algunos sectores o un cierto número de empresas puedan seguir saliendo airoso, ya que los mercados susceptibles de ofrecer las salidas necesarias para la realización de la plusvalía están, a escala global, saturados desde hace mucho tiempo.

¿Significa esto que la decadencia del modo de producción capitalista, y más aún su período de descomposición, es entendida por la CCI como una dinámica ineludible que traza un camino natural hacia el comunismo? ¡En absoluto! La descomposición traza un camino hacia el colapso del sistema capitalista, no para abrir el camino al comunismo, sino para provocar la destrucción masiva de la humanidad, de su desarrollo y de su entorno, si la clase obrera no logra imponer su perspectiva. Y esta perspectiva del comunismo seguirá siendo siempre el fruto de una lucha a muerte contra el capital. Por eso, los revolucionarios deben ser perfectamente claros sobre la responsabilidad histórica del proletariado, que no tiene toda la eternidad por delante para superar sus dificultades, liberarse del peso de las ideologías burguesas y pequeñoburguesas y recuperar su identidad de clase revolucionaria portadora del único futuro viable y posible para la humanidad, el del comunismo.

En este contexto, el objetivo de un informe del congreso es permitir a la organización dotarse de un marco de análisis sólido para comprender la situación en los años venideros. Al inscribirse así en el largo plazo, un informe no puede limitarse a la actualidad y debe tomar altura, como era el objetivo de este, en particular a través de dos cuestiones centrales

para comprender los acontecimientos recientes en el plano económico:

- la creciente interacción entre la descomposición y la crisis económica, que ilustra el torbellino en el que se ve envuelta la sociedad burguesa desde el punto de vista económico,
- el carácter cada vez más implacable del callejón sin salida de la sobreproducción.

El creciente torbellino de interdependencias entre la descomposición y la crisis económica

La interdependencia entre la crisis económica y las manifestaciones de la descomposición a diferentes niveles se manifiesta a través de una multitud de fenómenos:

- Por un lado, la sobreproducción ha seguido sacudiendo la economía mundial: así, por ejemplo, ha estallado una grave crisis en la industria alemana, en particular en la industria automovilística, y los problemas económicos de Alemania reflejan los de la UE, mientras que en Estados Unidos también ha estallado una burbuja especulativa bursátil.
- Por otro lado, la perturbación del comercio y la producción mundiales se duplicó en pocos meses. Por ejemplo, debido a los ataques de los huties, el 95 % de los barcos que debían atravesar el mar Rojo tuvieron que desviarse. En 2023, la sequía provocó retrasos en el canal de Panamá, lo que aumentó el coste de las mercancías y las materias primas que circulaban entre Estados Unidos y China, así como en otras rutas marítimas mundiales.

- Además, los estragos causados por la interacción del cambio climático y una economía capitalista devastada por más de 50 años de crisis se dejan sentir en todo el mundo. Las inundaciones masivas en Pakistán, los efectos de la sequía en Europa y otros lugares, las devastadoras inundaciones en Valencia, la tercera ciudad más grande de España, han destruido o debilitado las economías locales y regionales.

El aumento del coste de la vida, la destrucción, los problemas de transporte y la contaminación han tenido un impacto cada vez mayor en la economía estadounidense. El impacto de los incendios de Los Ángeles no se limita a la destrucción de edificios: «AccuWeather ha calculado su impacto económico examinando no solo las

pérdidas relacionadas con los daños materiales, sino también los salarios no percibidos debido a la ralentización o la paralización de la actividad económica en las zonas afectadas, las infraestructuras que hay que reparar, los problemas de la cadena de suministro y las dificultades de transporte. Incluso cuando las viviendas y las empresas no quedan destruidas, los habitantes pueden verse incapacitados para trabajar debido a las evacuaciones; las empresas pueden cerrar debido a la dispersión de sus clientes o a la imposibilidad de sus proveedores de realizar sus entregas. La inhalación de humo puede tener consecuencias para la salud a corto, mediano y largo plazo, lo que afecta gravemente a la actividad económica global.» Estos efectos pueden verse amplificados por las oleadas de incendios forestales que asolan durante la mayor parte del año a Estados Unidos y Canadá.

Esta tormenta económica, imperialista y «natural» se ve acelerada por el terremoto político provocado por la elección de Trump. Incluso antes de su llegada al poder, la amenaza de aranceles y cuatro años más de caos político era inminente. «La incertidumbre se cierne sobre 2025, en particular los riesgos de tensiones comerciales y los persistentes retos geopolíticos. Las perspectivas comerciales para 2025 se ven empañadas por posibles cambios políticos, en particular el aumento de los aranceles, que podrían perturbar las cadenas de valor mundiales y afectar a los principales socios comerciales. Estas medidas podrían desencadenar represalias y repercusiones que afectarían a las industrias y las economías a lo largo de las cadenas de suministro. La mera amenaza de aranceles crea imprevisibilidad, lo que debilita el comercio, la inversión y el crecimiento económico»⁽²⁾.

Este caos y la imprevisibilidad de una «terra incognita» sacuden a las tres principales potencias capitalistas rivales.

a) Los Estados Unidos

La principal economía mundial sigue en declive. Se observó una recuperación tras la pandemia, pero esta se debió en parte al vasto plan de apoyo implementado por Biden, destinado a revertir el declive de la industria estadounidense. Los empleos manufactureros, principal fuente de bene-

(2) ONU, Comercio y Desarrollo

ficios, han caído un 35% desde 1979. En 2023 había 12.5 millones de empleos manufactureros, la misma cifra que en 1946 (hay que tener presente que la población estadounidense se ha más que duplicado desde entonces [1946: 141.4 millones; 2023: 336.4 millones]).

Para hacer frente al creciente impacto de la crisis económica, la burguesía estadounidense ha pedido cada vez más dinero prestado. La relación entre la deuda y el PIB de Estados Unidos pasó del 32 % en 1980 al 123 % en 2024. Esto significa que extraen billones de dólares del resto de la economía mundial para pagar sus deudas. Cada año, el Estado estadounidense destina al servicio de su deuda lo mismo que al gasto en defensa. En 2023, el déficit entre gastos e ingresos de Estados Unidos fue de 1.8 billones de dólares, ¡casi el doble del presupuesto militar! El aluvión de ataques de la nueva administración contra los trabajadores federales constituye en parte una respuesta a su crecimiento desbocado. La forma irresponsable y brutal en que se están llevando a cabo tendrá un impacto caótico sobre el capitalismo estadounidense. La interrupción repentina de la financiación pública de servicios esenciales como la salud, la recaudación de impuestos, las cotizaciones a la seguridad social, la investigación médica esencial, etc., tendrá consecuencias cada vez más perjudiciales para la economía y la sociedad.

A nivel internacional, el trastocamiento de las reglas por Trump genera una gran incertidumbre e inestabilidad en la economía mundial. La imposición de aranceles a todos los competidores de Estados Unidos y la amenaza de tarifas aún más draconianas si los gobiernos gravan «injustamente» los productos estadounidenses generan tensiones no solo entre Estados Unidos y sus rivales, sino también entre estos últimos.

Esta política de tierra quemada hundirá aún más al capitalismo en la crisis: «... las políticas propuestas por Trump no permiten reducir el déficit comercial global. Reducir el déficit bilateral con China solo aumentaría los déficits con otros países. Es inevitable, dadas las presiones macroeconómicas persistentes. Además, sus políticas comerciales discriminatorias, con aranceles del 60 % a China y del 10 al 20% a los demás, están destinadas a propagarse. Trump y sus acólitos

descubrirán que las exportaciones de otros países sustituyen a las de China mediante transbordos, ensamblajes en terceros países o competencia directa... sin duda habrá represalias. Una propagación de este tipo de aranceles elevados en Estados Unidos y en el mundo probablemente provocaría un rápido declive del comercio y la producción mundiales».⁽³⁾

Además, esta inestabilidad económica se verá agravada por la política de expulsiones de la administración Trump. El Consejo americano de inmigración declaró que la expulsión de todos los indocumentados podría costar hasta 315 mil millones de dólares y requeriría entre 220 mil y 409 mil nuevos empleados y agentes de fuerzas del orden. También indicó que expulsar a un millón de personas al año costaría 967 mil millones de dólares en diez años. Esta cantidad de migrantes devueltos, junto con la pérdida de remesas, también desestabilizará algunas regiones de Centroamérica y América Latina y agravará la inestabilidad del capitalismo estadounidense.

b) China

China ya no es el «salvador» de la economía mundial que fue después de 2007: su sobrecapacidad industrial se ha convertido en un tren desbocado que arrastra a la economía mundial hacia una crisis cada vez más profunda: «En términos simples, en muchos sectores económicos cruciales, China produce mucho más de lo que ella misma o los mercados extranjeros pueden absorber de manera sostenible. Por consiguiente, la economía china corre el riesgo de quedar atrapada en un círculo vicioso de caída de precios, insolvencia, cierres de fábricas y, en última instancia, pérdida de empleos. La caída de las ganancias ha obligado a los productores a aumentar aún más la producción y a aplicar mayores descuentos en sus productos para generar liquidez y pagar sus deudas. Además, mientras las fábricas se ven obligadas a cerrar y las industrias buscan consolidación, las empresas que sobreviven no son necesariamente las más eficientes o rentables. Las supervivientes son más bien aquellas que tienen mejor acceso a subsidios públicos y financiación barata.

(3) *Why Trump's trade war will cause chaos.* 19.11.2024 (Por qué la guerra comercial de Trump causará caos) [Financial Times]

Para Occidente, el problema del exceso de capacidad de China representa un desafío a largo plazo que no puede resolverse simplemente con la creación de nuevas barreras comerciales. Por un lado, aunque Estados Unidos y Europa lograran limitar significativamente la cantidad de productos chinos que llegan a los mercados occidentales, esto no resolvería las ineficiencias estructurales acumuladas en China a lo largo de décadas de priorizar la inversión industrial y los objetivos de producción. Cualquier corrección de rumbo podría requerir años de política china sostenida para tener éxito. Por otro lado, el creciente énfasis de Xi Jinping en la autosuficiencia económica china –una estrategia que en sí misma es una respuesta a los intentos percibidos de Occidente de aislar económicamente al país– ha aumentado, en lugar de aliviar, las presiones que conducen a la sobreproducción. Además, los esfuerzos de Washington por impedir que Pekín inunde Estados Unidos con productos baratos en sectores clave probablemente solo creen nuevas ineficiencias dentro de la economía estadounidense, mientras desplazan el problema de sobreproducción china hacia otros mercados internacionales⁽⁴⁾. La cita anterior constituye una excelente descripción del impacto de la crisis de sobreproducción en China y en la economía mundial.

c) La U.E, Rusia, Israel

El gigante económico y político europeo, Alemania, se ha hundido en una crisis económica y política en los últimos dos años. La inestabilidad política de la burguesía alemana hace aún más difícil la gestión de la crisis económica, que se aceleró en 2024. El agravamiento espectacular de la crisis de sobreproducción en Alemania, con el anuncio de una ola de despidos y cierres de empresas en otoño de 2024, ha puesto de manifiesto la fragilidad de este gigante industrial ante el empeoramiento de la crisis económica mundial. Resulta especialmente afectado por la crisis china. Este declive se acelera por la necesidad del Estado alemán de aumentar sus gastos de defensa y, en consecuencia, reducir el gasto público.

Las turbulencias económicas del capitalismo alemán son fundamental-

(4) *China's Real Economics crisis (La verdadera crisis económica de China)* Forein Affairs, 6 agosto 2024.

mente la expresión de los profundos problemas a los que se enfrenta la UE en su conjunto: «*La UE también se ha beneficiado de un entorno mundial favorable. El comercio mundial prosperó gracias a las reglas multilaterales. La seguridad proporcionada por el paraguas de seguridad estadounidense liberó presupuestos de defensa para otras prioridades. En un mundo geopolítico estable, no teníamos motivo para preocuparnos por una creciente dependencia de países que creíamos que seguirían siendo nuestros amigos. Pero los cimientos sobre los que hemos construido nuestro país están hoy tambaleándose. El antiguo paradigma mundial se desvanece. La era del rápido crecimiento del comercio mundial parece haber terminado, y las empresas europeas se enfrentan tanto a una mayor competencia internacional como a un acceso limitado a los mercados extranjeros. Europa ha perdido bruscamente a su principal proveedor de energía, Rusia. Al mismo tiempo, la estabilidad geopolítica se debilita y nuestras dependencias se han revelado como vulnerabilidades...*

La UE entra en el primer período de su historia reciente en el que el crecimiento no estará respaldado por el crecimiento demográfico. Hacia 2040, la población activa debería disminuir en casi 2 millones de trabajadores al año. Tendremos que depender más de la productividad para impulsar el crecimiento. Si la UE mantuviera su tasa media de crecimiento de la productividad desde 2015, eso solo sería suficiente para mantener el PIB constante hasta 2050, mientras se enfrenta a una serie de nuevas necesidades de inversión que deberán financiarse con un crecimiento más fuerte.

Para digitalizar y descarbonizar la economía y aumentar nuestra capacidad de defensa, la proporción de inversión en Europa deberá aumentar en torno a 5 puntos porcentuales del PIB hasta alcanzar niveles no vistos desde los años 60 y 70. Es algo sin precedentes: a modo de comparación, las inversiones adicionales previstas por el Plan Marshall entre 1948 y 1951 representaban aproximadamente entre el 1 y el 2% del PIB anual»⁽⁵⁾.

Se estima que el desarrollo de las economías de la UE para hacer frente

a este desafío, especialmente en armamento, requerirá entre 750 y 800 mil millones de euros: una fuerte inversión en armamentos de todo tipo, compensada por un inevitable recorte del gasto social.

Este entramado cada vez más inestable, compuesto por contradicciones económicas fundamentales, manifestaciones de la descomposición en diversos planos y tensiones imperialistas, así como por la interdependencia de todos estos factores, está sembrando claramente el caos en la economía mundial. A esto se suma el creciente impacto de la barbarie guerrera.

El capitalismo ruso parece haber resistido aparentemente el impacto de la guerra y las sanciones. En realidad, esa ilusión se basa en el aumento del gasto militar, el alza de los precios de la energía, el auge de las inversiones en la economía de guerra (la clase capitalista rusa solo puede invertir en Rusia debido a las sanciones) y el incremento de los déficits públicos. Como ya hemos dicho, esta situación oculta la profundidad del debilitamiento del capitalismo ruso por la guerra. El peso aplastante del militarismo es la prueba más flagrante. El dominio del militarismo sobre la economía vuelve a sumir a Rusia en la inestabilidad de la ex-URSS: «*En resumen, 40 años después del inicio del mandato de Mijail Gorbachov, Moscú se enfrenta a una reaparición de los problemas que este y sus predecesores conocieron. El ejército dominará la economía rusa durante años. Incluso después de llegar a un acuerdo en la guerra actual, el Kremlin tendrá que reconstituir sus reservas militares, mantener la carrera armamentística y reconvertir al ejército. El complejo militar-industrial seguirá drenando la inversión, los recursos humanos y las capacidades del sector civil».*

En cuanto a la burguesía israelí, se enfrenta a una dinámica similar. Las guerras en Gaza, Cisjordania y Líbano han tenido un impacto fenomenal en el déficit del Estado israelí. Antes del inicio de la guerra, el Ministerio de Finanzas preveía un déficit del 1.1% del PIB en 2024; ahora se estima en un 8%. El presupuesto de seguridad de Israel es el segundo más alto del mundo. Las guerras han tenido un impacto dramático en la actividad económica del sur y del norte del país. La pérdida de trabajadores palestinos en algunos sectores y el impacto del reclutamiento han tenido consecuen-

cias nefastas. Por primera vez en su historia, la calificación crediticia del capitalismo israelí ha caído. Todo ello ha aumentado su dependencia del apoyo estadounidense.

La idea de que Israel y Estados Unidos llevarán a cabo una limpieza étnica de Gaza y construirán un balneario mediterráneo es tan ilusoria como repugnante. Para retirar los escombros harían falta 100 camiones trabajando 24 horas al día durante 21 años. Todavía hay al menos 14 mil cuerpos bajo los escombros y 7 500 toneladas de municiones sin explotar. La barbarie militar, el caos económico y la llegada al poder de fracciones populistas de la burguesía están creando un nivel de inestabilidad sin precedentes en el sistema capitalista.

La agonía de un mundo dominado por las relaciones capitalistas

Cuando el estalinismo se derrumbó en 1989, tras más de 40 años de retorno de la crisis abierta desde mediados de los años 60, la CCI destacó que las contradicciones y manifestaciones de la decadencia del capitalismo moribundo que habían marcado la historia de esa decadencia no solo no habían desaparecido con el tiempo, sino que se habían mantenido, acumulándose y profundizándose, desembocando en la fase de descomposición, que corona y completa tres cuartos de siglo de agonía de un modo de producción capitalista condenado por la historia.

En cuanto a la crisis del capitalismo de Estado que expresaba el colapso de la URSS, nuestra organización puso en evidencia:

- que el derrumbe del capitalismo de Estado estalinista demostraba la impotencia de las medidas de capitalismo de Estado para burlar eternamente las leyes del mercado y marcaba la impotencia de la burguesía mundial ante la crisis de sobreproducción,

- que la ausencia de perspectiva determinaba en el seno de la clase dominante, y sobre todo de su aparato político, una tendencia creciente a la indisciplina y al «sálvese quien pueda»,

- que la quiebra del estalinismo, tras la del Tercer Mundo, anunciaba la quiebra del capitalismo en sus polos más desarrollados.

La CCI también analizó que, en el marco caótico de esta nueva fase histórica y en un mundo capitalista pro-

(5) *The Future of European competitiveness.* (El futuro de la competitividad europea. La UE, septiembre de 2024) Oficina de publicaciones de la Unión Europea.

fundamente alterado por los efectos de la decadencia, la desaparición de los bloques ofreció una oportunidad para mantener la rentabilidad del capital y prolongar la supervivencia del capitalismo gracias a la «globalización» mediante la extensión de la explotación capitalista y de las relaciones sociales capitalistas hasta los últimos rincones del planeta, hasta entonces inaccesibles debido a la existencia de los bloques imperialistas⁽⁶⁾. Esas mismas condiciones permitieron el despegue de China⁽⁷⁾. Sin embargo, indicamos que la «globalización» solo constituyó un interludio que permitió al sistema capitalista preservar relativamente su economía de los efectos de la descomposición: el agravamiento del estado real de la economía, el debilitamiento de la dinámica de la globalización, que debilitaba la realización de la acumulación ampliada, el peso de los gastos militares y el callejón sin salida de la sobreproducción hicieron estallar el andamiaje de las finanzas mundiales basado en un endeudamiento descomunal; la crisis de 2008, la más grave desde 1929, marca un punto de inflexión en la historia del hundimiento del modo de producción capitalista en su crisis histórica. Confirmó que el sistema capitalista se encuentra aún más completamente encerrado en una situación en la que (debido al agotamiento de los últimos mercados extra capitalistas) la hegemonía universal de las relaciones de clase capitalistas hace cada vez más difícil la realización de la acumulación ampliada⁽⁸⁾.

En estas condiciones de callejón sin salida y descomposición de la sociedad, los fenómenos ya existentes en la decadencia adquieren una nueva calidad, debido a la incapacidad de la burguesía de ofrecer una perspectiva distinta a la de «resistir paso a paso, pero sin esperanza de éxito, al avance de la crisis; por eso la situación actual de crisis abierta se presenta en términos radicalmente diferentes de la anterior crisis del mismo tipo, la de los años 30»⁽⁹⁾. Después de 2008, el cierre de las «oportunidades» de la globalización y la cada vez más evidente incapacidad para superar su crisis de sobreproducción se tradujeron para la clase dominante en la explosión del cada uno por su cuenta en las rela-

ciones entre naciones capitalistas y también dentro de cada nación, mientras los efectos de la descomposición tomaban desde principios de los años 2020 una nueva amplitud poderosamente destructiva sobre la economía capitalista. Se aceleran y vuelven a golpear el corazón del capitalismo mientras los efectos combinados de la crisis económica, la guerra y la crisis climática interactúan y multiplican su impacto desestabilizando la economía y su infraestructura de producción. «Aunque cada uno de los factores que alimentan este efecto “torbellino” de descomposición representa en sí mismo un grave factor de riesgo de colapso para los Estados, sus efectos combinados superan con creces la mera suma de cada uno de ellos tomados aisladamente.»⁽¹⁰⁾ Entre los distintos factores del efecto torbellino, el de la guerra constituye un acelerador del agravamiento de la crisis.

La descomposición alimenta la carrera acelerada hacia el militarismo

Este «cambio de época» está provocando el regreso de la guerra de alta intensidad. Con ello:

- alimenta la onda de choque de los conflictos militares sobre la economía global (Ucrania, Oriente Medio, Mar Rojo); la perspectiva de conflictos mayores (Taiwán) o «regionales» (India/Pakistán, Marruecos/Argelia) expone a la economía a perturbaciones incalculables e imprevisibles; la guerra debilita y agota las economías nacionales (Rusia, Ucrania, Israel);

- produce una notable unanimidad entre las distintas facciones de cada burguesía en cada capital nacional de todo el mundo para priorizar el aumento del gasto militar: durante el primer mandato de Trump, en la OTAN, tres países (incluyendo solo uno europeo, Grecia) de unos treinta destinaban el 2% del PIB a defensa; hoy solo ocho países, de los cuales siete son europeos, no han alcanzado ese objetivo. Desde la cumbre de la OTAN de junio de 2025, el plan es destinar el 5% del PIB a defensa, incluyendo un 3.5% a la compra de material militar. Para lograrlo, todos los estados se comprometen a fortalecer la economía de guerra y adaptar sus medios de producción, lo que implica reconstruir las reservas estratégicas

alimentarias y militares (municiones) y realizar un esfuerzo considerable para acelerar la producción militar (ejemplo: la transición de toda esta industria a tres turnos de 8 horas en Francia para lograr grandes reducciones en los plazos de producción – para los cañones Caesar, por ejemplo, se ha reducido a la mitad). Esto implica también buscar la estandarización del equipamiento militar entre aliados para permitir a la industria aumentar su capacidad, y relocatear dentro de su territorio la capacidad de producción militar (pólvora en Francia) para aquellos donde esto sea posible.

Dado que el poder industrial es la base del poder militar, cada capital nacional intenta reindustrializarse, lo que implica esencialmente:

- inversión en sectores clave del poder militar, como la robotización, digitalización e IA. Por ejemplo, EE. UU. ha comenzado a repatriar a su suelo la producción de semiconductores de última generación para garantizar su monopolio;
- la integración de otros aspectos esenciales para el crecimiento de estos sectores: esfuerzos para formar una mano de obra cualificada y adaptar la educación (victima de los recortes), y la capacidad de producir electricidad abundante y barata;

mantener artificialmente con vida sectores estratégicos como el acero (con una sobrecapacidad del 25-30% a nivel mundial y hasta el 60% en Francia) mediante la intervención estatal, lo que refuerza irracionalmente la sobreproducción.

Sin embargo, incluso a nivel estratégico, la reindustrialización choca con las propias causas de la desindustrialización: la rentabilidad insuficiente, que llevó a la desaparición o relocateación de industrias, y la carga de la deuda, que se ha disparado desde 2020 y restringe el margen de maniobra de cada capital nacional.

La explosión del gasto improductivo está presionando fuertemente al capital nacional y avivando la inflación.

Por otra parte, el ascenso general de la ley del más fuerte y las tensiones belicistas en el contexto de la rivalidad entre EE. UU. y China:

- intensifica la competencia entre naciones y conduce a una reorganización global de la producción industrial a lo largo de las líneas divisorias imperialistas. La imposibilidad de desacoplar

(6) Ver «*Esta crisis se convertirá en la más grave de todo el período de decadencia*», Revista Internacional 172, 2024, pp. 43-44.

(7) Idem pp. 45-46.

(8) Idem pp. 45-46.

(9) «*Tesis sobre la descomposición*», Revista Internacional 107

(10) «*Esta crisis se convertirá en la más grave de todo el período de decadencia*» Revista Internacional 172, p. 46

las economías estadounidense y china ha dado paso a la ‘reducción de riesgos’ que Estados Unidos quiere imponer a sus aliados. Esta dinámica va acompañada de una tendencia a la cartelización de las cadenas de suministro de materiales o productos estratégicos con miras a «protegerlas», que luego se utilizan como medio de presión y chantaje para ganar una posición de fuerza. Este es particularmente el caso de los metales y minerales raros, dada la dificultad de acceder a ellos a gran escala para operar cadenas de valor completas – más de la mitad de su refinación está bajo control chino – así como de las fuentes de energía.

- trastoca el comercio global mediante restricciones a la exportación y subsidios públicos a industrias consideradas vitales para la seguridad nacional y la soberanía (esto afecta al 12.7% de las importaciones de los países del G20 y al 10% a nivel global);

- impulsa un mayor uso de tecnologías digitales y la fabricación aditiva (impresión 3D), permitiendo a las empresas acercar su producción al punto de venta para acelerar la reorientación de las cadenas de suministro y reducir el atractivo de localizar la producción en China;

- está cambiando y desestabilizando profundamente las condiciones internas de la producción nacional para cada capital nacional: como resumió el ministro de Defensa Lecornu para Francia, por ejemplo, respecto a la «zona gris» de la guerra híbrida que las potencias libran constantemente: «sin estar en guerra, ya no es posible decir que estamos en paz»; *«Los ciberataques van en aumento y apuntan a una enorme cantidad de empresas, instituciones públicas e incluso autoridades locales. Las fuerzas armadas están desplegando capacidades para identificar, frustrar y resistir estos ataques dentro del Estado, pero cada líder empresarial, cada administrador público y cada representante local electo también debe proteger a su organización contra esta amenaza, que afecta a todos.»*; *«Los saltos tecnológicos, la militarización del espacio y lo digital, la guerra de información y la explotación de debilidades económicas permiten a los competidores concebir e implementar nuevas amenazas que pueden tener consecuencias extremadamente graves. Uno de los riesgos que enfrenta Francia hoy es el de ser derrotada sin ser invadida.»*⁽¹¹⁾.

(11) *La Voix du Combattant*, n.º 1900, diciembre de 2024: «Todos estamos preocupados por las

- conduce a un aumento general de los precios (de entre dos y seiscientos por ciento), así como a un cambio en las condiciones bajo las cuales se fijan; el costo más bajo ya no es el único criterio; a esto se suman los precios de la «escasez» y la «seguridad», así como la capacidad financiera del mejor postor.

La descomposición agrava la crisis del capitalismo de estado en los países centrales

En todos los países centrales del capitalismo, el Estado, garante de los intereses del capital nacional, es el actor central de la economía: en un entorno económico, social e imperialista profundamente cambiado y cambiante, su intervención sigue siendo predominante. Sin embargo, la gravedad del callejón sin salida del capitalismo, así como las necesidades de construir una economía de guerra, están alimentando choques dentro de cada burguesía nacional, en un contexto donde cada capital nacional está profundamente debilitado:

- el peso de la deuda, que restringe severamente la capacidad de los estados para invertir y reduce el margen de maniobra de cada capital nacional para apoyar la economía nacional;

- por la desaparición de la cooperación entre potencias para lidiar con las contradicciones y convulsiones (predecibles) de un sistema aún amenazado por crisis financieras.

Frente a los desafíos de la «soberanía nacional» y los efectos caóticos de la descomposición, particularmente sus repercusiones en la economía; y frente también a la cuestión de la deuda acumulada (que excede o representa varias veces el PNB), el equilibrio de los presupuestos estatales y el equilibrio de pagos (en su mayoría en déficit) adquieren una nueva importancia crucial para cada capital nacional. Con su resiliencia frente a sus rivales en juego, esto representa una nueva vulnerabilidad y fragilidad dentro del contexto del agravamiento de la descomposición. La cuestión del equilibrio presupuestario surge, ya que cada economía nacional se ve cada vez más atrapada en las contradiccio-

nes inherentes a la dificultad de acumular capital, mientras que el burlar la ley del valor ha alcanzado niveles históricamente sin precedentes desde la pandemia.

La deuda – o más bien su escala – divide a las facciones burguesas: en Estados Unidos, para la adopción del presupuesto, Trump exigió un aumento ilimitado del techo de la deuda gubernamental, una propuesta que finalmente fue rechazada, incluso con el apoyo de algunos republicanos. En Alemania, la cuestión de los fondos especiales extrapresupuestarios y la necesidad, defendida por parte de la burguesía, de abandonar el «freno de la deuda» (consagrada en la Constitución), vista como un «freno al futuro», fue una causa clave de la implosión de la coalición de gobierno. En China, el Partido Comunista está poniendo en línea al sector financiero, instándolo a servir a la economía de manera más efectiva y contribuir más a la riqueza nacional.

La tendencia de la clase dominante a perder el control de su juego político debido a los efectos de la descomposición sobre la burguesía y la sociedad, y la inestabilidad y el caos resultantes, están afectando la coherencia, la visión a largo plazo y la continuidad de la defensa de los intereses generales del capital nacional.

- la crisis política en Francia está impidiendo la adopción de un presupuesto; las divisiones entre facciones burguesas en Alemania están afectando la capacidad de la UE para prepararse ante las consecuencias económicas de la llegada de Trump al poder;

- la llegada al poder de facciones populistas irresponsables (con programas irreales para el capital nacional) está debilitando la economía y las medidas impuestas por el capitalismo desde 1945 para prevenir la propagación incontrolada de la crisis económica. Trump llega al poder con un plan diametralmente opuesto a la política anteriormente seguida por el gobierno estadounidense, destinado a promover las criptomonedas y la desregulación financiera a gran escala.

La camarilla en torno a Trump quiere ubicar estos proyectos de criptomonedas en Estados Unidos y convertir los activos digitales y otras innovaciones en un instrumento crucial para «hacer que Estados Unidos sea más poderoso que nunca». Productos especulativos por excelencia (que Trump espera que

amenazas que se ciernen sobre nuestro país». Entrevista con el ministro del Ejército, Sébastien Lecornu. Este análisis se desarrolla en su libro: *«Vers la guerre? La France face au Réarmement du Monde»*, Plon, 2024, en particular el capítulo 6, «Ahora podemos ser derrotados sin siquiera ser invadidos».

sean una fuente lucrativa de ingresos), respaldados por grandes acciones tecnológicas estadounidenses o por el dólar y comerciados en el mercado de valores a través de nuevos productos, las criptomonedas, utilizadas como medio de pago alternativo, solo pueden competir y debilitar las monedas emitidas y garantizadas por los bancos centrales. Debido a su volatilidad inherente (su solidez es igual a la de la empresa que las emite – lejos de la de un banco central), al escapar del sistema bancario y sin un mecanismo de supervisión, el uso generalizado de las criptomonedas solo puede afectar la estabilidad financiera del sistema capitalista, debilitando el control ejercido por los países sobre los tipos de cambio y la oferta monetaria.

La llegada de Trump al poder y su agresiva política económica son otro factor que divide y desestabiliza a cada burguesía en cuanto a la política y las medidas a tomar para enfrentarla (véanse las tensiones con Canadá y la dimisión de Trudeau, y también las divisiones dentro de la UE). Las medidas propuestas por el populismo solo aumentan el caos y la incertidumbre.

Más generalmente, la tendencia a perder de vista los intereses generales del capital se está acentuando, debido a las profundas divisiones dentro de la clase dominante sobre cómo gestionar la crisis económica; una burguesía fragmentada por conflictos que van más allá de las simples relaciones competitivas, donde las facciones luchan por su supervivencia ante los dilemas y contradicciones insolubles que enfrenta cada capital nacional, y donde cada opción generará su parte de perdedores. Estos conflictos conducen a una tendencia cada vez más clara hacia la dominación del estado por clanes y camarillas motivados principalmente por la defensa de sus propios intereses, donde la obsesión por controlar su posición implica marginar a cualquier rival potencial. Llenan los órganos de decisión con leales, desafiando incluso abiertamente los principios de funcionamiento del Estado, como la separación de poderes, la independencia del poder judicial y los resultados electorales. Esta tendencia es particularmente marcada con la llegada del populismo al poder: Trump, por ejemplo, llegó con un personal de 4 000 leales seleccionados para limpiar a fondo el «estado profundo», y la gestión del Estado adquirió un carácter claramente oligárquico, con

gigantes tecnológicos como Musk y Zuckerberg, entre otros, financiando y apoyando a Trump con la clara intención de aprovecharse de la situación.

A la larga, esto solo puede resultar en incompetencia, mala gestión y una disminución del sentido de responsabilidad y, en última instancia, en una disminución de la eficiencia y eficacia económica, por no hablar de los inevitables conflictos y convulsiones resultantes del deseo de retener el poder a toda costa mediante la violencia y los golpes de Estado, lo que en última instancia solo puede debilitar el capital nacional, como ilustran el llamamiento de Trump a marchar sobre el Capitolio al final de su primer mandato, el intento de golpe de Bolsonaro en Brasil, y el del presidente Yoon Suk-yeol en Corea del Sur en diciembre de 2024.

«Si el capitalismo de Estado occidental ha podido sobrevivir a su rival estalinista, es de la misma manera que un organismo más robusto resiste más tiempo a la misma enfermedad. (...) El capitalismo de hoy exhibe tendencias similares a las que causaron la desaparición del capitalismo de Estado estalinista. En cuanto al capitalismo de Estado chino, marcado por el atraso estalinista a pesar de la hibridación de su economía con el sector privado, y plagado de numerosas tensiones dentro de la clase dominante, el endurecimiento del aparato Estatal es un signo de debilidad y una promesa de futura inestabilidad.»⁽¹²⁾

El callejón sin salida de la sobreproducción es cada vez más implacable

«El panorama que dibuja el sistema capitalista confirma las predicciones de Rosa Luxemburgo: el capitalismo no experimentará un colapso puramente económico, sino que se hundirá en el caos y las convulsiones:

- «la ausencia casi total de mercados extra capitalistas altera ahora las condiciones en las que los principales estados capitalistas deben lograr una acumulación ampliada. Esta, que es condición misma de su propia supervivencia, sólo puede lograrse a expensas directas de los rivales del mismo rango, debilitando sus economías. La predicción hecha por la CCI en los años 70 de un mundo capitalista que

sólo podría sobrevivir reduciéndose a un pequeño número de potencias aún capaces de lograr un mínimo de acumulación se está convirtiendo cada vez más en realidad.»⁽¹³⁾

- Como expresión de este callejón sin salida, debido en particular al creciente peso del gasto militar improductivo, la inflación seguirá siendo un factor disruptivo permanente para la estabilidad económica.

- por estas razones, todo el sistema capitalista sigue estando muy expuesto a la ocurrencia de crisis financieras a gran escala y a la desestabilización monetaria.

El nivel de sobreproducción combinado con la anarquía inherente a la producción capitalista, así como las repercusiones de los conflictos imperialistas y la creciente destrucción de los ecosistemas, están desestabilizando profundamente la producción capitalista y exponiendo cada vez más a la sociedad al riesgo de la ocurrencia de shocks que ponen en peligro la capacidad de continuar la producción, provocando escasez y perturbaciones en las cadenas de suministro, con consecuencias sociales y económicas incalculables. Además, como ya ocurre con ciertos productos básicos en algunas áreas – agricultura, productos farmacéuticos y otros segmentos de producción –, se está haciendo evidente que la profundización de la descomposición significa el cese de la producción de tales productos básicos porque su continuidad no es suficientemente rentable. Así, la sobreproducción y la consiguiente dificultad para acumular riqueza paródicamente conducen a la escasez.

La sobreproducción también es evidente en la grave crisis del sector agrícola, que ha dado lugar a revueltas campesinas en todo el mundo, incluidos los países centrales. Agobiado por la crisis (aumento de los costos de energía e insumos), que se ha visto exacerbada en Europa por la disminución histórica de la producción debido al clima y al aumento histórico de las enfermedades epizoóticas que conducen al sacrificio masivo de ganado, muchas granjas están condenadas a desaparecer (por ejemplo, en Francia, donde se prevé la pérdida de 84 000 puestos de trabajo equivalentes a tiempo completo para 2050 y se espera

(12) «Esta crisis se convertirá la más grave de todo el período de decadencia». Revista Internacional 172, p. 46

(13) Ibid.

Siete meses de la presidencia de Trump: guerra imperialista, austeridad, amenaza de guerra civil

En un discurso pronunciado ante las Naciones Unidas en septiembre de 2025, el presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, afirmó que, durante los primeros siete meses de su segundo mandato, ya había puesto fin a siete guerras «interminables»: las de Camboya y Tailandia, Kosovo y Serbia, Congo y Ruanda, Pakistán e India, Israel e Irán, Egipto y Etiopía, Armenia y Azerbaiyán.

A lo sumo, estos conflictos han conocido un alto al fuego (no todos orquestados por Trump), pero nunca se han resuelto pacíficamente y están listos para reanudarse en cualquier momento. Además, las grandes guerras heredadas por el presidente Biden, entre Rusia y Ucrania, y entre Israel y Gaza, se han agravado en general, a pesar de la intención de Trump de ponerles fin desde el primer día de su presidencia. El actual alto el fuego en Gaza (10/10/2025), que permite a los supervivientes de la masacre regresar a las ruinas de sus hogares, supondrá, en el mejor de los casos, una pausa en el horror de la interminable guerra en Medio Oriente.

La BBC, entre otros medios de comunicación, se ha deleitado en ridiculizar la flagrante mentira de estas afirmaciones de Trump. Pero detrás del bolo de Trump se escondía un mensaje intencionado: la ONU (creada por Estados Unidos en 1945) ha sido incapaz de garantizar la paz que se suponía debía mantener (lo cual es cierto) y, ahora, solo él y su política unilateral de «América primero», también conocida como «Make America Great Again», son capaces de instaurar la paz mundial.

La realidad detrás de este episodio solo demuestra que, en todo el mundo, los conflictos imperialistas, grandes y pequeños, se multiplican sin cesar, y que no solo las instituciones transnacionales de la democracia liberal, como la ONU, han sido incapaces de ponerles fin, sino que el nacionalismo populista tampoco ha logrado detenerlos. Hoy en día, la paz capitalista, sea cual sea su forma, es imposible, y solo una clase con intereses internacionalistas, la clase obrera, es capaz de instaurar la paz mediante el derrocamiento de los Estados nacionales a escala mundial.

Esta perspectiva intransigente, necesaria y posible, única política realista a largo plazo, ha constituido la diferencia fundamental entre la Izquierda Comunista y todas las demás tendencias políticas supuestamente revolucionarias, como los trotskistas o los anarquistas, que, en medio de la carnicería, siguen reivindicando su apoyo a los imperialismos del «mal menor», ya sea en la Palestina actual, de Vietnam del Norte en los años sesenta o del imperialismo democrático aliado durante la Segunda Guerra Mundial.

La hegemonía geopolítica estadounidense desde 1945: en la trituradora

Si queremos hacer un balance preciso de los primeros siete meses de la presidencia de Trump, hay que ir más allá de la afirmación de que su administración ha continuado con las guerras, la austeridad y la represión de todos los gobiernos capitalistas anteriores. Es esencial explicar en qué se diferencia radicalmente su presidencia de las anteriores, incluso de su primer mandato (2016-2020), para comprender los peligros especialmente graves que la situación estadounidense supone para la clase obrera.

Ningún otro grupo de la Izquierda Comunista ha sido capaz de realizar este análisis y advertir de las amenazas y trampas que se avecinan, ya que solo ven en los primeros meses de la presidencia de Trump una continuidad con la época anterior⁽¹⁾.

En artículos anteriores sobre la llegada al poder de Trump a principios de año, subrayamos que su política de «América primero» no tendría el efecto esperado, es decir, restaurar la

grandeza de Estados Unidos en la escena internacional⁽²⁾.

Por el contrario, los primeros meses de Trump han acelerado a toda velocidad el debilitamiento de la hegemonía geopolítica estadounidense —conocida como *Pax americana*— en beneficio de un creciente «sálvese quien pueda» tanto de sus antiguos aliados como de sus enemigos.

El imperialismo estadounidense dominó el mundo entre 1945 y 1989 porque era el gendarme del bloque imperialista más poderoso. Pero su victoria tras el colapso del bloque del Este, su rival más débil, resultó ser una victoria pírrica. La eliminación de la amenaza del imperialismo ruso aflojó las cadenas que mantenían unidas a las naciones del bloque occidental en su sumisión a Estados Unidos. Así, el período 1989-2025 vio cómo Estados Unidos intentaba en vano mantener su anterior hegemonía, a pesar de la demostración masivamente destructiva y sangrienta de su superioridad militar.

La contribución radical de Trump consistió en convertir un vicio en virtud. En lugar de intentar restaurar la dominación estadounidense, como hicieron las presidencias anteriores, intentó romperla por completo, calificándola de «estafa» perpetrada por sus aliados para «engañosar» a Estados Unidos. En lugar de intentar frenar la tendencia al «sálvese quien pueda» en las relaciones imperialistas que debilita el poder estadounidense desde 1989, la segunda administración Trump se ha convertido en su principal defensora en la escena internacional.

Echar a la basura todos los elementos de la *Pax americana* ha sido la hazaña más histórica de la presidencia de Trump. Los primeros días de su segundo mandato se caracterizaron por su deseo de anexionarse Groenlandia, Panamá y Canadá, todos ellos aliados de Estados Unidos. Pero su cambio más radical con respecto a la política estadounidense anterior se expresó en el cuestionamiento del compromiso de Estados Unidos con la OTAN, la

(1) «Caso y oposición en la política estadounidense: ¡Para Le Prolétaire, no hay nada nuevo!». Revolución Mundial n.º 151

(2) «Trump 2.0: Nuevos pasos en el caos capitalista». Revista internacional n.º 173

alianza militar que siempre ha sido la pieza central del bloque occidental y ha servido de modelo para las alianzas estadounidenses en otros escenarios geopolíticos. Estados Unidos se mostraba ahora ambiguo en cuanto a su reconocimiento del artículo crucial de la carta de la OTAN, que prevé de facto su apoyo a cualquier miembro europeo amenazado por Rusia. La diplomacia estadounidense, ahora confusa en cuanto al apoyo a Ucrania, animó al Kremlin a intensificar su invasión militar de ese país y a proferir amenazas contra los países de Europa del Este miembros de la OTAN, a saber, Polonia, Letonia, Rumanía y Estonia.

Sabiendo que su último protector las ha abandonado, las principales potencias de Europa occidental se ven ahora obligadas a intentar independizarse militarmente de Estados Unidos y a aumentar radicalmente sus gastos en armamento, con todas las consecuencias que ello implica: la extensión de la guerra a Europa, el mayor colapso de sus economías y el empobrecimiento de una clase obrera combativa.

Trump ha presentado esta ruptura con Europa como una victoria, pero en realidad supone, a largo plazo, un debilitamiento del control de Estados Unidos sobre uno de los centros industriales más importantes del mundo.

El mismo debilitamiento de la hegemonía estadounidense se ha producido en Medio Oriente, donde la política exterior de Trump se ha convertido en un auxiliar de las ambiciones imperialistas regionales de Israel, en detrimento de los intereses estadounidenses de mantener el equilibrio de fuerzas y sus otras alianzas en la región. En el Lejano Oriente, el desprecio de Estados Unidos por su compromiso con sus antiguos aliados —Japón, Australia y la India— pone en tela de juicio la política de contención de su principal rival imperialista, China, que se ha beneficiado del mayor margen de maniobra que ello le ha proporcionado.

Al menos, Trump, con su desprecio manifiesto por el antiguo liderazgo estadounidense del bloque occidental, ha disipado por fin la ilusión de la inmutabilidad de los parámetros de la Guerra Fría —la polarización del imperialismo mundial en torno a dos ejes principales— y ha confirmado la realidad: ahora hemos entrado de lleno en una era multipolar, en la que la formación de bloques es cada vez menos probable. Esto hace que la prolifera-

ción de conflictos imperialistas en todo el mundo sea la norma.

Sorprendentemente, algunas organizaciones de la Izquierda Comunista están todavía viviendo con nostalgia en la Guerra Fría y creen que los conflictos imperialistas que se multiplican hoy en día son los precursores de la Tercera Guerra Mundial. Esto significaría que la clase obrera mundial ya está derrotada. Sin embargo, es precisamente la no derrota de la clase obrera actual lo que contribuye a definir el período actual y la improbabilidad de que se formen nuevos bloques imperialistas.

Estos viejos grupos de la Izquierda Comunista se asemejan al soldado japonés Hiroo Onoda, quien hasta 1974 se negó a admitir que la Segunda Guerra Mundial había terminado 29 años antes. En realidad, estos grupos son aún más obtusos, ya que 36 años después de la caída del muro de Berlín siguen viendo el mundo a través del prisma de la Guerra Fría, lo que no es el caso de los portavoces avezados de la burguesía, como ilustra la siguiente cita: «*Mientras la democracia liberal se corroa en nuestro país, el internacionalismo liberal se desmorona en el extranjero. En un mundo sin potencias emergentes, Estados Unidos se convierte en una superpotencia rebelde, sin gran sentido de las obligaciones hacia los demás. Durante la Guerra Fría, el liderazgo estadounidense era en parte virtuoso y en parte egoísta: proteger a sus aliados, transferir tecnologías y abrir los mercados estadounidenses era el precio que había que pagar para contener a un rival en pleno ascenso. Los aliados aceptaban públicamente la primacía de Estados Unidos porque el Ejército Rojo se cernía cerca y el comunismo contaba con cientos de millones de adeptos. Pero cuando la Unión Soviética se derrumbó, la demanda de liderazgo estadounidense se derrumbó con ella. Hoy en día, sin una amenaza roja que combatir y con solo un orden liberal amorfo que defender, la expresión «líder del mundo libre» suena hueca, incluso a los oídos de los estadounidenses.*

(«El orden estancado y el fin de las potencias emergentes»; Michael Beckley, Foreign Affairs, octubre de 2025)

Adiós al poder blando estadounidense

La presidencia de Trump no solo ha debilitado el liderazgo mundial de Estados Unidos en el ámbito diplomático y militar. Todas las instituciones «trans-

nacionales» y «blandas» que daban al bloque estadounidense una imagen humanista, internacional y pluralista —económica, comercial, financiera, social, medioambiental y sanitaria— que Estados Unidos dominaba y apoyaba financieramente desde 1945: la Organización Mundial del Comercio, el G7 de los países industrializados, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial de la Salud, todas ellas han perdido el apoyo de la nueva administración. La Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) era, hasta su supresión efectiva por Trump en febrero de 2025, la mayor agencia mundial de ayuda exterior, con un presupuesto medio anual de 23 000 millones de dólares.

La imposición por parte de Trump de aranceles masivos al resto del mundo, tanto a aliados como a enemigos, fue la ilustración más espectacular de un cambio económico brutal en la política estadounidense de globalización y (cuasi) libre comercio. Según la justificación trumpiana de esta política, los demás países, en particular la UE, han engañado a Estados Unidos, cuando en realidad esta última y sus predecesores han servido de vector para la integración económica de Europa occidental bajo la égida de Estados Unidos. La ilusión trumpista es que Estados Unidos puede utilizar su superioridad militar y económica para hacer pagar la crisis al resto del mundo. Pero una política de este tipo se volverá inevitablemente en su contra también en el plano económico, como ya demuestra la ofensiva arancelaria, que desestabiliza el dólar, pilar de la economía mundial.

Ya sea en el plano ideológico, económico o militar, los Estados Unidos, bajo Trump, han abandonado toda ambición hegemónica en favor de las dudosas ventajas de perturbar el orden establecido. El «America First» y la imprevisibilidad no constituyen ni una perspectiva unificadora ni un método. Todo lo contrario.

Estados Unidos ya no es un bastión de gobierno estable

Hasta ahora, uno de los principales pilares del poder mundial estadounidense residía en su funcionamiento interno como bastión estable de la democracia liberal, un ejemplo moral y político para sus aliados y un grito de guerra contra el despotismo del bloque del Este y, más recientemente, contra

potencias «revisionistas» como Rusia, China e Irán.

Al final de su primer mandato presidencial, Trump ya había atacado deliberadamente los textos y los lugares sagrados de la democracia liberal estadounidense al alentar el asalto armado de sus seguidores al Capitolio de Washington en enero de 2020 para intentar anular la votación legal a favor de Joe Biden. De este modo, dio a la nación estadounidense la apariencia de una «república bananera» a los ojos del resto del mundo, según el expresidente George W. Bush. Trump continuó por este camino durante su segundo mandato, rompiendo las convenciones de las normas democráticas liberales. Manipuló el poder judicial —supuestamente independiente de cualquier injerencia política— para forzar la destitución o la imputación de sus enemigos dentro del aparato estatal, y su posible encarcelamiento, en particular James Comey, exdirector del FBI. Intenta presionar al Comité Directivo de la Reserva Federal —y a su director, Jay Powell, también supuestamente independiente de las necesidades a corto plazo del Gobierno en funciones— para que bajen los tipos de interés. O incluso para que se destituya a la directora de estadísticas cuando anunció estadísticas «erróneas» sobre la tasa de empleo.

Trump ha inventado recientemente pretextos para utilizar al ejército con el fin de intervenir en disturbios civiles, como las manifestaciones contra la expulsión de inmigrantes en Los Ángeles, o en delitos como los cometidos en Washington, Portland o Chicago, comprometiendo así la independencia de las fuerzas armadas frente a las injerencias políticas y utilizándolas para desacreditar y usurpar la autoridad de las administraciones elegidas del Partido Demócrata en esas ciudades. La militarización de las operaciones del ICE (Servicio de Inmigración y Control de Aduanas) constituye otro desprecio populista por los procedimientos de la democracia burguesa.

Antiguamente, la norma liberal y bipartidista exigía que los jefes de los ministerios estadounidenses —salud, defensa, medio ambiente, etc.— fueran competentes en su ámbito o respetuosos con los expertos permanentes que trabajaban en ellos. Esta idea también ha sufrido una transformación populista. De manera grotesca, Robert F. Kennedy Jr., opositor a la vacunación y convencido de que la circuncisión

puede provocar autismo, ha sido nombrado secretario de Salud, mientras que Pete Hegseth, antiguo presentador de un programa de entrevistas en Fox News, ha sido nombrado jefe del Ministerio de Defensa (hoy «de Guerra»). Recientemente ordenó a generales estadounidenses de todo el mundo que acudieran a Washington para asistir a una conferencia sobre la necesidad de estar en forma y afeitarse la barba.

Cuando el presidente declara que el cambio climático es una «estafa», es evidente que la Agencia de Protección Medioambiental (EPA) no se plegará a los dictámenes científicos. El nuevo director de la EPA, Lee Zeldin, ha declarado: *«Estamos clavando un puñal en el corazón de la religión del cambio climático»*.

Trump solo ha tenido en cuenta un criterio para nombrar a los dirigentes de las burocracias estatales: la lealtad hacia él mismo.

Por lo tanto, los siete meses de Trump han sido un ataque en toda regla contra todos los pilares del poder estadounidense desde 1945, ya sean militares, estratégicos, económicos, políticos o ideológicos. Estos cimientos ya se habían visto socavados por la pérdida de orientación y perspectiva que se produjo tras el colapso del bloque del Este, el fracaso de sus intentos militares por preservar su hegemonía y las consecuencias de la Gran Recesión de 2008.

Pero para el populista Trump, la causa del declive del imperialismo estadounidense residía en uno de los factores que habían propiciado su anterior ascenso: su ética democrática liberal. Al profanar este espíritu rector, Trump cree poder revitalizar el capitalismo estadounidense y recuperar el impulso ascendente de otra época.

Sin embargo, sería erróneo considerar este cambio como resultado de Trump mismo, a pesar de sus afirmaciones. Trump no es más que la expresión más espectacular de una tendencia política populista universal que ha ganado terreno durante el período de descomposición, a expensas de la democracia liberal.

Trump, el populismo y el declive de la democracia liberal

Francis Fukuyama, eminente político estadounidense, declaró tras la caída del muro de Berlín: *«Quizás estemos asistiendo no solo al final de la Guerra Fría, ni al final de un período parti-*

cular de la historia de la posguerra, sino al final de la historia como tal: es decir, al punto final de la evolución ideológica de la humanidad y a la universalización de la democracia liberal occidental como forma definitiva de gobierno humano». — Francis Fukuyama, «*¿El fin de la historia?*», The National Interest, n.º 16 (verano de 1989).

Desde entonces, ha tenido que revisar su opinión sobre la victoria de la democracia liberal y rechazar la correspondiente ilusión de los neoconservadores en torno al presidente George W. Bush de que, después de 1989, Estados Unidos dirigiría un mundo unipolar.

El colapso del estalinismo no fue más que el presagio de un declive generalizado de las formas políticas del poder capitalista en el período de decadencia y, más recientemente, de descomposición del orden burgués. El Estado de partido único del bloque ruso se desarrolló principalmente para satisfacer las necesidades militares imperialistas de la Segunda Guerra Mundial y sus secuelas. Pero su debilidad económica minó gradualmente su rigidez frente a la larga crisis económica mundial que comenzó en la década de 1960, lo que finalmente condujo a su colapso total.

Sin embargo, los régimes democráticos liberales del bloque occidental también comenzaron a perder su razón de ser tras la derrota de su principal adversario imperialista después de 1989. Los Estados democráticos liberales y su ideología se habían centrado en las perspectivas imperialistas del bloque occidental. Pero, cada vez más, tras la eliminación de su principal adversario, ese riguroso respeto por las normas liberales, que unía a todas las facciones burguesas detrás del Estado, desapareció, y los régimes democráticos liberales comenzaron a reproducir la corrupción endémica y el salvaje quien pueda, típicos del funcionamiento de los régimes estalinistas.

Esta tendencia a la pérdida de control político se vio agravada por el inevitable empeoramiento de la crisis económica, en particular por las consecuencias de lo que se denominó oficialmente la Gran Recesión de 2008, que tuvo que ser pagada íntegramente... por la clase trabajadora. Al mismo tiempo, la multiplicación de las «guerras eternas» en todo el mundo afectó directamente a los régimes democráticos liberales occidentales y a sus presupuestos. La promesa de paz y prosperidad hecha por Occidente

después de 1989 fue traicionada. La credibilidad mermada de los partidos tradicionales de las democracias liberales se puso de manifiesto en su constante pérdida de porcentaje de votos electorales.

Este vacío ha sido llenado por las fuerzas políticas populistas, cuya característica general era criticar solo los síntomas de los fracasos del capitalismo y proponer panaceas irracionales: la sustitución de la diplomacia y las alianzas imperialistas a largo plazo por un nacionalismo incoherente y nativista, más acorde con el todos contra todos que reina en la escena mundial; la culpabilización de la crisis económica recae en las élites: las inmensas burocracias estatales parasitarias, Wall Street y los expertos generosamente remunerados; la designación de los inmigrantes y otros extranjeros como chivos expiatorios del descenso del nivel de vida; la sustitución de la ideología liberal «woke» por los valores tradicionales del sentido común.

El populismo no se revela como un adversario del capitalismo, la democracia y el Estado democrático. Después de todo, fue el presidente Abraham Lincoln quien definió el gobierno de una manera populista: «el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo». No, el enemigo del populismo es la práctica liberal tradicional del Estado democrático, que habría desviado el sentido del gobierno del pueblo y lo habría excluido del poder.

El populismo no es un fenómeno político nuevo, sino una reacción incoherente, por parte de fracciones de la clase dominante, a las contradicciones y limitaciones inevitables de la forma representativa liberal del Estado burgués.

La pretensión de este Estado de gobernar en nombre del pueblo queda inevitablemente desenmascarada en la práctica por la explotación y la represión de la masa de la población en beneficio de una clase dominante minoritaria. El principio representativo del Estado excluye deliberadamente a la masa de la población de toda participación directa en el poder político. Las formas populares de democracia nacidas de las revoluciones burguesas (inglesa, estadounidense, francesa) tuvieron que ser aplastadas para estabilizar los nuevos Estados burgueses. Las democracias representativas liberales del siglo XIX, con la excepción de Estados Unidos, excluían a la mayoría de la población del derecho al voto. El sufragio uni-

versal no se generalizó hasta después de la Primera Guerra Mundial, cuando los partidos obreros traicionaron y se integraron en el Estado burgués y las funciones legislativas pasaron en gran parte a manos del Leviatán Ejecutivo. Por lo tanto, el voto de los trabajadores tiene un impacto mínimo en la orientación de la política capitalista. De ahí el llamamiento regular de algunos sectores de la burguesía para restaurar la imposibilidad del «poder del pueblo».

La novedad hoy en día es que el populismo político de derecha se ha convertido en algo más que una simple válvula de escape para el establishment liberal y, debido a las condiciones descritas anteriormente durante el período de descomposición, ha tomado el poder político en lo que antes era el régimen capitalista más estable del mundo.

La llegada al poder del populismo es un remedio peor que la enfermedad para los intereses de toda la burguesía. En primer lugar, el populismo no ofrece, por supuesto, ninguna solución alternativa a la guerra o a la crisis. Se caracteriza esencialmente por métodos amateur, políticas vandálicas y generadoras de caos y escándalos que exacerbán los verdaderos problemas en lugar de resolverlos. Una vez en el poder, los líderes populistas resultan ser tan corruptos y depravados como las figuras elitistas a las que sustituyen. El escándalo de Jeffrey Epstein implicó tanto a Trump como a Clinton. El propio Trump se ha convertido en multimillonario. En lugar de crear riqueza y empleo para la clase trabajadora, su política arancelaria ha resultado ser un impuesto regresivo para los más pobres. Al igual que la ley «One Big Beautiful Bill Act» («Una gran y hermosa ley de facturas»), que privará a millones de trabajadores del acceso a la asistencia sanitaria. El proteccionismo no contribuirá en nada al desarrollo de la industria manufacturera estadounidense, como se pretende⁽³⁾.

El populismo en el poder se convierte en realidad en un «populismo para plutócratas», como señala el socarrón órgano de la burguesía, el Financial Times.

Trump y la clase trabajadora

Trump fue elegido en parte gracias al descontento por la caída del nivel de vida bajo Biden. Pero la pobreza sigue aumentando bajo Trump, la inflación

(3) Los aranceles de Trump no generarán muchos empleos. Financial Times

sigue pesando sobre los salarios y el desempleo va a aumentar, en parte debido a los recortes drásticos en los empleos federales y al espejismo de la burbuja especulativa de la inteligencia artificial. Esta última atrae importantes inversiones a Estados Unidos precisamente porque tiene la capacidad de eliminar masivamente más puestos de trabajo. Pero la miseria adicional que esto infligirá a la clase trabajadora no hará más que acentuar la crisis de sobrepoblación y las crisis financieras que son su consecuencia lógica.

Así pues, como ilustra el ejemplo estadounidense, estamos asistiendo no solo al derrumbe del edificio político liberal democrático, sino también al descubrimiento de su alter ego populista, frente a una clase obrera que no está dispuesta a someterse pasivamente a la continuación de la austeridad que exigirán la crisis insoluble del capitalismo y todas las fracciones de la burguesía.

Por lo tanto, podría parecer que la clase obrera, ante las turbulencias políticas actuales de la burguesía, puede hacer valer sus propias reivindicaciones de clase y, en última instancia, la perspectiva de su propio poder político.

Sin embargo, la burguesía es capaz de utilizar su propia putrefacción política y sus conflictos internos contra su principal enemigo de clase para dividir a la clase obrera, sofocar su identidad de clase y arrastrarla a falsas luchas y objetivos. La única ventaja para la burguesía del auge del populismo político es crear un falso debate, un conflicto de distracción, que aleje a la clase obrera de la comprensión de las verdaderas causas de su empobrecimiento y de su propia solución de clase. Como decía el Financial Times sobre el auge del populismo en Gran Bretaña en 2016: «que coman Brexit»⁽⁴⁾

En realidad, esta división de la clase obrera es lo que está ocurriendo hoy en día en Estados Unidos: se le pide que tome partido activamente por los atropellos del populismo o por la democracia liberal, que elija entre diferentes explotadores y verdugos. Los izquierdistas se esfuerzan especialmente por movilizar a los trabajadores detrás del «mal menor» de la izquierda del Partido Demócrata en Estados Unidos.

(4) Se trata de un juego de palabras atribuido a María Antonieta durante la Revolución Francesa. Cuando le dijeron que el pueblo no tenía pan, ella respondió: «Que coman pastel».

Caos político, mareas populistas, resultados electorales cuestionados, cuestionamiento del derecho internacional...

¿Cómo podemos explicar el caos de la política burguesa?

Actualmente estamos asistiendo a una aceleración de la historia. No pasa un solo día sin que se produzca un acontecimiento nuevo, a menudo sin precedentes y en gran medida impredecible, en la escena internacional. Consideremos algunos ejemplos recientes: ¿Quién podría haber predicho la reelección de Trump tras su intento de golpe de Estado en enero de 2021? ¿Quién podría haber imaginado siquiera que tal intento de golpe de Estado pudiera tener lugar en Estados Unidos? ¿Qué hay del divorcio entre Estados Unidos y Europa, con los aranceles y los derechos de aduana utilizados como armas de chantaje, tras décadas de estrecha cooperación entre estos países? ¿Qué hay de la política de anexión, practicada no solo por Putin en Ucrania, sino también reivindicada por Netanyahu hacia los territorios palestinos y por Trump hacia Canadá, Groenlandia y el Canal de Panamá? ¿Y también los escenarios de guerras interminables y bárbaras (Ucrania, Gaza, Yemen, Sudán...) que se han multiplicado, a pesar de que Bush padre anunciara en 1989, tras la caída del muro de Berlín, la llegada de una «nueva era de paz» y un «nuevo orden mundial»?

Podemos estar de acuerdo en la consternación que han causado la magnitud e imprevisibilidad de muchos de los acontecimientos que han dominado la actualidad en los últimos tiempos. Podemos también acordar en la necesidad de denunciar el periodo de barbarie en el que nos estamos adentrando cada vez más. Pero si no queremos ser meros sujetos pasivos de un sistema podrido que pone cada vez más en tela de juicio nuestro futuro, debemos esforzarnos por comprender su evolución, su dinámica interna y el origen de estos acontecimientos. Con este fin, el presente artículo pretende mostrar cómo los fenómenos que presenciamos a diario son la expresión y el resultado de un proceso de desintegración del aparato político de la burguesía, que opera a nivel internacional y que comenzó a finales del siglo XX.

Una expresión importante de ello fue el colapso del antiguo bloque «soviético», seguido de la desintegración gradual del bloque occidental.

La burguesía, una clase que ha acumulado una larga experiencia en el gobierno de la sociedad

El proletariado, la clase revolucionaria de nuestro tiempo, si quiere desarrollar un proyecto concreto para la

sociedad futura con el fin de avanzar en su lucha histórica por el comunismo, solo tiene dos herramientas a su disposición: su unidad y su conciencia. Por otro lado, la burguesía, la clase que actualmente detenta el poder, no necesitó desarrollar una gran conciencia ni grandes proyectos para hacerse con el poder político, ya que el propio desarrollo de la economía capitalista le proporcionó la base material para imponerse políticamente. Como clase dominante en la sociedad y clase explotadora, la burguesía es incapaz de imaginar un futuro más allá de la sociedad capitalista, por lo que su concepción del mundo es fundamentalmente estática y conservadora. Esto tiene consecuencias para la ideología burguesa y su incapacidad para comprender el curso de la historia, ya que no concibe el presente como algo efímero, en constante evolución. Por lo tanto, es incapaz de hacer planes a largo plazo y de ver más allá de su propio modo de producción. La diferencia entre la conciencia de clase revolucionaria del proletariado y la «falsa conciencia» de la burguesía no es, por lo tanto, solo una cuestión de grado, sino una diferencia de naturaleza.

Pero esto no significa que la burguesía sea incapaz de comprender la realidad y aprovechar su experiencia

pasada para desarrollar herramientas que le permitan asegurar su dominio. De hecho, a diferencia del proletariado, que, a pesar de ser una clase histórica, no afirma continuamente su presencia política en la sociedad y está sujeto a todas las fluctuaciones políticas de los diferentes acontecimientos, con momentos de lucha abierta y otros de retroceso, la burguesía tiene la ventaja de ser la clase dominante que detenta el poder y, por lo tanto, puede disponer de todos los medios necesarios para sobrevivir el mayor tiempo posible.

Algunas partes de ella, como la burguesía inglesa, han acumulado varios siglos de experiencia en la lucha contra el anterior poder feudal, luego contra otros países, así como contra el propio proletariado. Esta experiencia ha sido utilizada inteligentemente por las distintas burguesías en la gestión de su poder político, especialmente desde el inicio de la fase de decadencia a principios del siglo XX, cuando la crisis histórica del capitalismo comenzó a poner en tela de juicio la supervivencia del sistema. Es importante que el proletariado comprenda que la política de la burguesía en este período de decadencia, independientemente de las decisiones de tal o cual gobierno, es siempre defender los intereses de la clase dominante en su conjunto.

El juego político de la alternancia entre gobiernos de derecha e izquierda

El control democrático de la sociedad

Dado que la sociedad capitalista se basa en la explotación de una clase por otra, de la clase obrera por la burguesía, esta última necesita, para perpetuar su control sobre la sociedad durante el mayor tiempo posible, ocultar esta verdad y presentar las cosas no como son, sino de forma distorsionada, basando su ideología en el mito de la «igualdad entre los ciudadanos», haciendo creer a la gente, por ejemplo, que todos somos

iguales, que cada uno forja su propio destino y que si alguien tiene problemas es porque se los ha creado él mismo al no tomar las decisiones correctas.

La herramienta más eficaz de la burguesía para gobernar un país y asegurar su dominación de clase es, por lo tanto, la mistificación democrática, un sistema que da a la gente la ilusión de que desempeña un papel político como individuo y que importa en la sociedad, que incluso puede aspirar a puestos de liderazgo. Si hoy en día la burguesía mantiene, a un gran costo, todo un aparato político para la vigilancia y la mistificación del proletariado (parlamento, partidos, sindicatos, diversas asociaciones, etc.) y establece un control absoluto sobre todos los medios de comunicación (prensa, radio, televisión), es porque la propaganda es un arma esencial de la burguesía para asegurar su dominación. Las consultas democráticas, como las elecciones, los referendos, etc., son las herramientas prácticas que utiliza la burguesía para obtener del llamado pueblo «soberano», considerado de forma mistificadora como dueño de su propio destino, el mandato para decidir el destino de la sociedad.

Amadeo Bordiga nos ofrece una brillante descripción de este mecanismo: «*Nuestra crítica a este método debe ser mucho más severa cuando se aplica a la sociedad en su conjunto como sucede hoy en día, o a determinadas naciones, que cuando se introduce en organizaciones mucho más pequeñas, como los sindicatos y los partidos. En el primer caso, debe rechazarse sin vacilar por infundado, ya que no tiene en cuenta la situación de los individuos en la economía y presupone la perfección intrínseca del sistema sin tener en cuenta la evolución histórica de la comunidad a la que se aplica. [...] Esto es lo que la democracia política afirma ser oficialmente, cuando en realidad es la forma que conviene al poder de la clase capitalista, la dictadura de esta clase en particular, con el objetivo de preservar sus privilegios.*

No es necesario dedicar mucho tiempo a refutar el error de atribuir el mismo grado de independencia y madurez al «voto» de cada votante, ya sea un trabajador agotado por el exceso de trabajo físico o un rico

libertino, un astuto magnate de la industria o un proletario desafortunado que ignora las causas de su miseria y los medios para remediarla. De vez en cuando, tras largos intervalos, se recaban las opiniones de estos y otros, y se afirma que el cumplimiento de este deber «soberano» es suficiente para garantizar la calma y la obediencia de quienes se sienten víctimas y maltratados por las políticas y la administración del Estado»⁽¹⁾.

El clásico bipartidismo izquierda/derecha y el juego de la alternancia

La burguesía ejerció este poder de control durante mucho tiempo, mientras pudo hacerlo, por ejemplo, dirigiendo el voto popular en una u otra dirección según sus deseos, financiando los diversos canales de propaganda política. Este juego se desarrolló de manera especialmente sofisticada en el siglo pasado en países como Francia, Italia, Alemania, Estados Unidos y otros, donde históricamente existían facciones de derecha e izquierda, mediante una alternancia de gobiernos de derecha e izquierda.

Para comprender plenamente este punto, podemos remitirnos a lo que escribimos en un artículo en 1982: «*A nivel de su propia organización para sobrevivir, para defenderse, la burguesía ha demostrado una inmensa capacidad para desarrollar técnicas de control económico y social mucho más allá de los sueños de los gobernantes del siglo XIX. En este sentido, la burguesía se ha vuelto «inteligente» ante la crisis histórica de su sistema socioeconómico...*

En el contexto del capitalismo de Estado, las diferencias entre los partidos burgueses no son nada comparadas con lo que tienen en común. Todos parten de la premisa fundamental de que los intereses del capital nacional en su conjunto son primordiales. Esta premisa permite que las diferentes facciones trabajen juntas de forma muy estrecha, especialmente a puerta cerrada en las comisiones parlamentarias y en las altas esferas del aparato estatal...

En relación al proletariado, el Estado puede emplear muchas ramas de su aparato en una coherente di-

visión del trabajo; incluso en una sola huelga, los trabajadores pueden tener que enfrentarse a una serie de sindicatos, campañas de propaganda en la prensa y la televisión de diferentes matices, campañas de varios partidos políticos, la policía, los servicios «sociales» y, en ocasiones, el ejército. Comprender que estas diferentes partes del Estado lo hagan de forma concertada no implica que cada una de ellas sea consciente del marco global en el que desempeña su función».⁽²⁾

Dado que el proletariado es el mayor enemigo de la burguesía, esta última recurre a la astucia, especialmente en fases de intensificación de la lucha de clases, para atrapar ideológicamente a la clase explotada. Un ejemplo típico y particularmente interesante es el de Italia después de la Segunda Guerra Mundial. En aquella época, Italia contaba con el Partido Comunista Italiano (PCI),⁽³⁾ un partido estalinista vinculado a la Unión Soviética, pero que aún gozaba de un fuerte apoyo entre los trabajadores. Al mismo tiempo, Italia, de acuerdo con los bloques imperialistas establecidos tras los acuerdos de la Conferencia de Yalta de 1945, se encontraba dentro de la esfera de influencia de los Estados Unidos. Como resultado, la burguesía italiana, bajo la fuerte presión de la burguesía estadounidense, utilizó todos sus recursos durante más de 40 años, principalmente a través de la Democracia Cristiana (DC), para mantener su control sobre el país y garantizar la alineación con la política exterior estadounidense, cuyo objetivo era mantener fuera del gobierno a los partidos pro soviéticos como el PCI.

Sin embargo, mayo de 1968 en Francia y el Otoño Caliente de 1969 en Italia hicieron que el clima social se volviera explosivo y obligaron a la burguesía a tomar medidas para contener la tormenta social. Así, los partidos de izquierda y los sindicatos se radicalizaron, con consignas que tendían a agrupar, pero solo en palabras, las reivindicaciones procedentes de las bases. Al mismo tiempo, se lanzó toda una campaña, orquestada por los partidos de izquierda y creíble gracias a las reacciones de los partidos de centro y derecha,

(2) «Notas sobre la conciencia de la burguesía decadente», Revista Internacional n.º 31, cuarto trimestre de 1982. Disponible en inglés.

(3) El Partido Comunista Italiano había perdido todo su carácter proletario como resultado del proceso de «bolchevización» (en realidad, estalinización) entre finales de la década de 1920 y principios de la de 1930.

(1) Amadeo Bordiga, «El principio democrático», 1922, MIA (Marxists Internet Archive).

según la cual sería posible, mediante los esfuerzos de las bases, alcanzar y superar a los demócratas cristianos en las elecciones e imponer finalmente un gobierno de izquierda con el PCI. Fue en la década de 1960, y especialmente en la de 1970, cuando tuvo lugar este curso, que sirvió en parte para engañar al proletariado en Italia pero no solo allí, haciéndole creer que bastaba con conseguir la mayoría electoral para que se cumplieran las promesas electorales.

De hecho, el PCI nunca llegó al poder⁽⁴⁾ debido a un veto explícito de Estados Unidos, pero con la variada composición política de la Italia de entonces, era posible, según las circunstancias, formar gobiernos de centroizquierda con la presencia del Partido Socialista Italiano (PSI), e incluso gobiernos apoyados por el PCI. Así comenzó en muchos países el período de la izquierda «en el poder», una poderosa mistificación destinada a canalizar las aspiraciones de las masas de la época hacia el callejón sin salida del parlamentarismo burgués.

Pero mantener a la izquierda en el poder, cuando las condiciones objetivas no permiten que esta izquierda (ni, por cierto, ninguna otra facción de la burguesía) satisfaga las necesidades del proletariado, no es la mejor política a seguir, o al menos no puede aplicarse durante demasiado tiempo sin desacreditar a esta importante facción de la burguesía. Por eso, en los años setenta y ochenta, asistimos a una sucesión de gobiernos de derecha e izquierda en varios países del mundo, dependiendo de la intensidad de las luchas obreras en curso. La política de mantener a la izquierda en la oposición resultó especialmente eficaz, ya que permitió a los distintos partidos burgueses de izquierda y a los sindicatos radicalizarse y denunciar las medidas del Gobierno sin temor a tener que aplicar lo que

(4) En realidad, al final de la guerra e inmediatamente después de la proclamación de la República, el PCI había estado en el poder con la DC y otros partidos de izquierda (PSIUP y PRI) desde julio de 1946 hasta el 1 de junio de 1947. La razón de ello fue que en 1942-1943 se habían producido importantes huelgas en el norte del país y se habían formado varios grupos políticos proletarios, entre ellos el Partido Comunista Internacionalista, que rápidamente había conseguido cientos de afiliados. La formación de este gobierno de «unidad nacional», que reunía a las diversas fuerzas que habían luchado en la Resistencia, sirvió para convencer a un proletariado que daba muestras de conciencia de que ahora tenía representantes válidos incluso dentro del gobierno y que, por lo tanto, ya no necesitaba luchar. No es casualidad que, una vez que se tuvo la certeza de que el levantamiento proletario había remitido, la burguesía retirara su apoyo al PCI y a otros partidos de izquierda y formara únicamente gobiernos de centro o de derecha hasta los turbulentos años 1968-1969.

exigían en las manifestaciones y en el Parlamento.

La caída del Muro de Berlín

Por qué ocurrió este acontecimiento histórico y qué cambió

El proceso que condujo al fin de los bloques imperialistas y al comienzo de una era de caos fue el resultado de un estancamiento en la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado. Este estancamiento se debió, por un lado, a la incapacidad de la clase obrera para politizar suficientemente sus luchas a lo largo de la década de 1980, dotándolas de una dinámica revolucionaria; por otro lado, la propia burguesía, ante el agravamiento de la crisis económica, no logró conducir a la sociedad hacia una nueva guerra imperialista, como había sido el caso antes de la Segunda Guerra Mundial. En la década de 1930, gracias al arma ideológica del antifascismo, la burguesía había logrado reclutar al proletariado para sus objetivos belicosos. Pero a finales de la década de 1980, el proletariado no estaba políticamente derrotado.

Fue la profundización de este impasse lo que agotó al líder del bloque imperialista más débil, la Unión «Soviética», en el esfuerzo militarista por mantener la Guerra Fría, provocando así la implosión del bloque⁽⁵⁾. Aplastado por el peso de la crisis del sistema, a la que no pudo responder con medidas económicas y políticas acordes con la situación, el bloque imperialista «soviético» se derrumbó en mil pedazos. El bloque rival estadounidense se encontró así sin un enemigo común al que vigilar y contra el que defenderse. Esto condujo, de forma lenta pero segura, a una tendencia creciente entre las distintas potencias occidentales a desvincularse de la protección estadounidense y emprender un camino independiente, e incluso a aumentar los desafíos al «líder» del bloque.

Naturalmente, Estados Unidos intentó contrarrestar esta deriva, que ponía en tela de juicio su liderazgo y su papel como superpotencia, por ejemplo, tratando de reunir a las

(5) Para un análisis de estos acontecimientos, véase nuestra «Tesis sobre la crisis económica y política en los países del Este», Revista Internacional n.º 60, 1.er trimestre de 1990. Para más información sobre el concepto de fase de descomposición, véase también «Tesis sobre la descomposición», Revista Internacional n.º 107, 4.º trimestre de 2001.

potencias europeas detrás de él en un enfrentamiento con el Irak de Sadam Husein, lo que desencadenó la primera Guerra del Golfo de 1990-1991⁽⁶⁾. Bajo coacción, y aunque de mala gana, nada menos que 34 países diferentes, entre ellos las principales potencias europeas, los países de América del Sur, Oriente Medio, etc., se sometieron a la voluntad estadounidense participando en una guerra provocada por los propios Estados Unidos.

Pero cuando, con la segunda Guerra del Golfo en marzo de 2003, Estados Unidos intentó de nuevo demostrar que tenía las claves para controlar la situación mundial, inventando la historia de que Sadam Husein poseía «armas de destrucción masiva», fueron muchos menos los países que se unieron a la coalición y, lo que es más significativo, países con el peso de Francia y Alemania se opusieron firmemente desde el principio y no participaron.

Al mismo tiempo, debemos recordar las guerras de los Balcanes, que afectaron a la antigua Yugoslavia, un país desangrado tras una sangrienta separación en siete nuevas naciones, y donde los intereses divergentes de los antiguos aliados del bloque occidental se hicieron aún más evidentes. A principios de la década de 1990, el Gobierno del canciller Helmut Kohl, que impulsaba y apoyaba la independencia de Croacia y Eslovenia para dar a Alemania acceso al Mediterráneo, se opuso directamente no solo al poder estadounidense, sino también a los intereses de Francia y Reino Unido. Esto condujo a una serie de guerras en Croacia, Bosnia-Herzegovina y, finalmente, Kosovo, que se prolongaron hasta finales de siglo, pasando por toda una serie de alianzas cambiantes que demostraron la naturaleza cada vez más cínica y de corto plazo de las relaciones imperialistas en este periodo.

La crisis de la socialdemocracia, el colapso de los partidos comunistas y la crisis del izquierdismo

El nuevo escenario internacional creado por la ruptura de los bloques, que, como ya se ha mencionado, marca el comienzo de lo que llamamos la fase de descomposición, la fase final de la decadencia del ca-

(6) «Crisis en el Golfo Pérsico: ¡El capitalismo significa guerra!», Revista Internacional n.º 63, cuarto trimestre de 1990. Disponible en inglés.

pitalismo, no podía dejar de tener consecuencias para la política interna y para el papel y la importancia relativa de los distintos partidos.

Por un lado, la desaparición de los bloques significaba que ya no era necesario mantener las mismas alianzas gubernamentales que en el pasado. Esto llevó en ocasiones a la necesidad de desmantelar, por todos los medios posibles, la antigua alianza política que había guiado la formación de los distintos gobiernos. Una vez más, Italia es un excelente ejemplo: después de haber sido controlada durante mucho tiempo, en nombre de los estadounidenses, por un conglomerado de fuerzas que incluía partidos políticos (la DC en el centro), la mafia siciliana, la masonería (P2) y los servicios secretos, el intento de la parte de la burguesía italiana que aspiraba a desempeñar un papel más autónomo y liberarse de este control tras la caída del Muro de Berlín se topó con una enorme resistencia por parte de esta alianza, lo que condujo a una serie de asesinatos de políticos y magistrados, atentados con bombas, etc.⁽⁷⁾

Por otra parte, el importante declive de la combatividad y, sobre todo, de la conciencia de la clase obrera provocado por la caída de la Unión Soviética, que hasta entonces había sido falsamente presentada por los medios de comunicación como la patria del socialismo, provocó una crisis en los partidos de izquierda, que ya no eran indispensables, o al menos no merecían la prominencia que habían adquirido, para contener una presión obrera que se había reducido considerablemente. Esto provocó profundos cambios políticos en varios países y el fin de la alternancia entre la derecha y la izquierda.

El peso de la descomposición sobre el aparato político de la burguesía

Si consideramos las características esenciales de la descomposición tal y como se manifiesta hoy en día, vemos que todas ellas tienen un punto en común, a saber, la falta de perspectiva para la sociedad, que es particularmente evidente en el caso de la burguesía en el plano político e ideológico. Esto determina, en

consecuencia, la incapacidad de las distintas formaciones políticas para proponer proyectos a largo plazo, coherentes y realistas.

Así es como caracterizamos la situación en nuestras «Tesis sobre la descomposición»: «*Entre las características más importantes de la descomposición de la sociedad capitalista, hay que subrayar la creciente dificultad de la burguesía para controlar la evolución de la situación en el plano político. La base de este fenómeno es, claro está, que la clase dominante cada día controla menos su aparato económico, infraestructura de la sociedad. El atolladero histórico en que está metido el modo de producción capitalista, los fracasos sucesivos de las diferentes políticas instauradas por la burguesía, la huida ciega permanente en el endeudamiento con el cual va sobreviviendo la economía mundial, todos esos factores repercuten obligatoriamente en un aparato político incapaz, por su parte, de imponer a la sociedad, y en especial a la clase obrera, la «disciplina» y la adhesión que se requieren para movilizar todas las fuerzas y todos las energías para la guerra mundial, única «respuesta» histórica que la burguesía puede ofrecer. La falta de la menor perspectiva (si no es la de ir parcheando la economía) hacia la cual pueda movilizarse como clase, y cuando el proletariado no es todavía una amenaza de su supervivencia, lleva a la clase dominante, y en especial a su aparato político, a una tendencia a una indisciplina cada vez mayor y al sálvese quien pueda. Es un fenómeno que nos permite explicar el hundimiento del estalinismo y del bloque imperialista del Este.*

Ese derrumbe es globalmente consecuencia de la crisis económica mundial del capitalismo; pero tampoco puede analizarse sin tener en cuenta lo que las circunstancias históricas de su aparición han hecho de específico en los regímenes estalinistas (véase al respecto las «Tesis sobre la crisis económica y política en la URSS y en los países del Este», Revista internacional nº 60) (...)

Esa tendencia general a que la burguesía pierda el control de su política, si ya es uno de los primeros factores en el hundimiento del bloque del Este, se va a agudizar

todavía más precisamente por ese hundimiento, a causa de :

- *la agravación de la crisis económica resultante;*
- *el desmembramiento del bloque occidental que la desaparición de su rival supone;*
- *la agudización de las rivalidades particulares que el alejamiento momentáneo de la perspectiva de guerra mundial va a provocar entre sectores de la burguesía, tanto entre las diferentes fracciones nacionales como entre camarillas de un mismo Estado.*⁽⁸⁾

El declive de los partidos burgueses tradicionales creó un cierto vacío político a nivel internacional, tanto en la derecha como en la izquierda. Además, en un contexto en el que ya no existían directrices desde arriba comenzó a favorecer la entrada en la escena política de aventureros y magnates financieros sin experiencia política, pero deseosos de resolver los asuntos a su manera. Esto marcó el comienzo de un cambio en el panorama político nacional de varios países, que intentaremos describir a continuación.

Inestabilidad y creciente fragmentación del aparato político

Esta aceleración de la crisis del sistema a todos los niveles se manifiesta de diferentes maneras. El problema fundamental es la pérdida de control de la burguesía sobre la dinámica política del país. Esto se refleja tanto en su incapacidad para orientar las elecciones de la población hacia el equipo de gobierno más adecuado para la situación, como hacía en el pasado, como en su dificultad para formular estrategias válidas para contener (y mucho menos superar) la crisis del sistema. En resumen, la burguesía carece cada vez más de la «cabeza pensante» que en el pasado le había permitido mitigar las dificultades en su camino.

El primer efecto de esto es una pérdida de cohesión dentro de la burguesía, que, sin un plan general común, es incapaz de mantener la unidad de sus diversos componentes. Esto conduce a una tendencia al «sálvese quien pueda», con una dificultad cada vez mayor para crear

(7) Para un análisis de este interesante punto, véase «Los ataques de la mafia: ajuste de cuentas entre capitalistas», *Revolution Internationale* nº 215, septiembre de 1992 (en francés).

(8) Extractos de los puntos 9 y 10 de «Tesis sobre la descomposición», ya citadas.

alianzas estables. Esto es evidente a nivel de los distintos países, donde cada vez es más difícil formar gobiernos estables debido a los resultados electorales cada vez más impredecibles.

En Francia, tras el éxito de la coalición populista de Marine Le Pen en las elecciones europeas, Macron sorprendió a todos al anunciar la disolución de la Asamblea Nacional y convocar nuevas elecciones legislativas. Sin embargo, el resultado fue un Parlamento ingobernable, dividido en tres bloques más o menos iguales: la izquierda (de forma muy frágil, unida momentáneamente por el oportunismo electoral), el centro macronista y la extrema derecha. Tras meses de estancamiento institucional, se formó un gobierno de centro-derecha, que fue torpedeado por una moción de censura parlamentaria tras solo tres meses. Posteriormente, se formó el gobierno centrista de Bayrou, un gobierno minoritario y, por lo tanto, completamente precario. En el momento de escribir este artículo, Bayrou ha sido derrocado y la propia presidencia de Macron está siendo cuestionada por una gran parte del electorado.

También en Gran Bretaña la política burguesa se caracteriza por una gran inestabilidad, con cinco nuevos gobiernos en siete años. Y las perspectivas del actual gobierno de Starmer se han oscurecido desde la victoria del Partido Laborista en las elecciones del año pasado con un 34% de los votos, ya que su apoyo ha caído al 23%, mientras que Reform UK, el partido populista nacionalista liderado por Nigel Farage, es el más popular, según las últimas encuestas, con un 29%.

En Alemania, tras la caída del gobierno de Olaf Scholz, formado por el SPD, los Verdes y los Liberales han sido calificados por el instituto Infratest dimap^[9] como «el más impopular de la historia alemana»^[10], el nuevo Gobierno de Friedrich Merz, apoyado por una coalición entre la CDU y el SPD, ya está perdiendo terreno según las últimas encuestas, mientras que el partido populista y nacionalista AfD

está ganando terreno y ahora solo está a 3 puntos de la CDU.

El Gobierno español de Pedro Sánchez, basado en una alianza entre el PS y varios partidos regionales catalanes y vascos, se formó y se mantiene gracias a concesiones históricas, como la ley de amnistía para los líderes del movimiento independentista implicados en la organización del referéndum ilegal sobre la independencia de Cataluña celebrado en 2017. Por lo tanto, este Gobierno se sustenta en el chantaje político de un partido sobre otro.

Hemos citado ejemplos de los países más poderosos de Europa (pero también existen situaciones similares en Austria, los Países Bajos y Polonia, entre otros) porque, en comparación con los gobiernos que existían en estos mismos países en un pasado no muy lejano, las actuales administraciones palidecen. Por ejemplo, Willly Brandt en Alemania, promotor de la Ostpolitik y ganador del Premio Nobel de la Paz en 1971, fue canciller de 1969 a 1974; Angela Merkel, considerada una de las mujeres más poderosas del mundo, ocupó este cargo desde 2005 hasta 2021 (¡15 años completos!) y Margaret Thatcher, apodada la «Dama de Hierro», que dejó su huella en un largo período de influencia política, fue primera ministra británica desde mayo de 1979 hasta noviembre de 1990, ¡un total de 11 años! Esta comparación nos hace darnos cuenta de lo frágil, volátil y precaria que es la situación actual.

Pero la misma fragmentación es evidente a nivel internacional, donde el Brexit^[11], decidido por el referéndum consultivo de 2016, y luego la operación «arancelaria» de Trump^[12] este año, por citar solo algunos ejemplos importantes, han marcado, uno tras otro, momentos importantes de ruptura en las anteriores colaboraciones internacionales entre Estados.

El auge y la caída de los ecologistas, producto de la decadencia

En un contexto en el que el comunismo se consideraba un fracaso, en

el que la clase obrera ya no se manifestaba en las calles como antes, pero en el que la presión económica seguía existiendo y los desastres medioambientales se multiplicaban, comenzaron a surgir en todo el mundo movimientos ecologistas de todo tipo. Los primeros aparecieron en los años setenta y ochenta y se extendieron y desarrollaron en varios países, abogando no solo por el respeto a la naturaleza, sino también por el rechazo al militarismo y la guerra.

Desgraciadamente, al considerar los problemas medioambientales de forma aislada y no como una manifestación de cómo el capitalismo destruye la naturaleza, especialmente en su fase decadente, las personas que protestaban contra estos problemas llegaron a creer que las cosas podían resolverse dentro del sistema existente y se unieron a nuevas ramificaciones burguesas, cada una con su propio líder que buscaba un espacio político en el cual expresarse.

Sin embargo, estos movimientos siguieron siendo muy minoritarios, incluso cuando intentaron competir en las elecciones, y resultaron ser efímeros. Esto se explica por el hecho de que estos movimientos surgieron y lucharon a menudo por causas medioambientales específicas: oposición a la construcción de una presa o una central nuclear, contaminación causada por las grandes industrias, etc. En consecuencia, una vez que la atención se desvió del tema específico, el peso de la opinión que lo rodeaba también dejó de apoyarlo.

Sin embargo, en algunos países, como Alemania y Bélgica, los partidos políticos «verdes» han logrado «abrirse paso» e incluso entrar en el gobierno. Fundados bajo el impulso de ciertas personalidades, entre ellas Daniel Cohn-Bendit, líder del movimiento estudiantil de 1968 en Francia, los Verdes alemanes han crecido de forma constante desde principios de la década de 1980, obteniendo 27 escaños (5,6%) en el Bundestag en 1983 y la victoria en las elecciones regionales de Hesse en 1985, donde Joschka Fischer, otro líder del movimiento, fue nombrado ministro de Medio Ambiente. El descrédito de los demás partidos tradicionales favoreció naturalmente el crecimiento de «recién llegados» como los Verdes en Alemania. Pero el problema es que, como hemos tratado de de-

(9) «Wissen, was Deutschland denkt» («Saber lo que piensa Alemania»).

(10) «Scholz trails conservative CDU/CSU in election polls» (Scholz va por detrás de la conservadora CDU/CSU en las encuestas electorales), sitio web In Focus.

(11) «Brexit, Trump: contratiempos para la burguesía que en nada son un buen presagio para el proletariado», Revista Internacional n.º 157, verano de 2016.

(12) «Aranceles estadounidenses, guerras comerciales, proteccionismo... ¡El capitalismo no tiene ninguna solución a la crisis económica mundial!», CCI Online, junio de 2025.

sarrollar anteriormente, gobernar un país no es una tarea fácil. Es cierto que la burguesía ha acumulado una gran experiencia, pero esta no puede transferirse fácil e inmediatamente a un partido de nueva formación. Por otra parte, los Verdes alemanes demostraron inmediatamente ser como cualquier otro político burgués. Tras presentar en 1980 un programa electoral superficial que incluso hablaba de «desmantelar» el ejército alemán e iniciar la «disolución» de alianzas militares como la OTAN y el Pacto de Varsovia, en 1999 renunciaron por primera vez a su pacifismo, cuando Joschka Fischer defendió el despliegue de aviones de la OTAN para bombardear Serbia. La misma situación se repitió cuando en el programa electoral de 2021 se opuso al envío de armas a zonas de guerra y pidió un «nuevo impulso al desarme», prioridades que posteriormente se incluyeron en el acuerdo de coalición con el que se formó el Gobierno de Scholz. Luego dieron un giro de 180 grados, en consonancia con su naturaleza burguesa, gracias a la labor del vicecanciller y ministro de Economía y Clima, Robert Habeck, y de la ministra de Asuntos Exteriores, Annalena Baerbock, los dos miembros más destacados del Partido Verde en el gabinete de Olaf Scholz. Ambos lograron convencer al canciller para que enviara armas pesadas a Ucrania. La respuesta de Habeck en Kiel a los manifestantes que lo tildaron de «belicista» fue significativa: «En esta situación, en la que la gente defiende su vida, su democracia y su libertad, Alemania y los Verdes deben estar preparados para afrontar la realidad»⁽¹³⁾.

El pudrimiento del aparato político burgués

El auge de la extrema derecha y el fortalecimiento del populismo

Un fenómeno llamativo que se ha producido en las últimas décadas es el rápido desarrollo de los movimientos populistas y, a su estela, de los partidos de extrema derecha. Un rápido vistazo a las actuales formaciones gubernamentales en todo el mundo muestra, por ejemplo que, en Europa, siete países, entre ellos Italia, los Países Bajos, Suecia y Finlandia, ya han establecido

una mayoría gubernamental con un importante componente populista, mientras que en otros casos, como Francia, Alemania y el Reino Unido, el movimiento populista ha ganado una considerable representación política o ha logrado un éxito rotundo (Brexit). El fenómeno sigue creciendo, hasta el punto de que algunos de sus representantes ocupan ahora importantes cargos ministeriales, por ejemplo, en Italia y los Países Bajos. En Sudamérica, con Bolsonaro en Brasil y Milei en Argentina, y en Asia, con Modi en la India, los populistas han sido elegidos jefes de Estado. Por último, pero no por ello menos importante, en Estados Unidos, el país más poderoso del mundo, un aventurero populista al frente del movimiento MAGA (Make America Great Again) ha ganado un segundo mandato como jefe del Estado federal.

La tendencia al «vandalismo» político de estos movimientos, que se manifiesta en el rechazo a las «élites», el rechazo a los extranjeros, la búsqueda de chivos expiatorios, el repliegue en la «comunidad autónoma», las teorías conspirativas, la creencia en un líder fuerte y providencial, etc., es ante todo el producto de la putrefacción ideológica que transmite la falta de perspectiva de la sociedad capitalista⁽¹⁴⁾, que afecta en primer lugar a la clase capitalista.

Pero el avance y el desarrollo del populismo en la vida política de la burguesía ha estado determinado sobre todo por una de las principales manifestaciones de la descomposición de la sociedad capitalista: la creciente dificultad de la burguesía para controlar la evolución de la situación en el plano político, a través de sus partidos más «experimentados», que han perdido no solo su credibilidad, sino también su capacidad para gestionar y controlar la situación en el plano político: «El retorno de Trump es una expresión clásica del fracaso político de las facciones de la clase dirigente que tienen una comprensión más lúcida de las necesidades del capital nacional; por lo tanto, es una clara expresión de una pérdida más general del control político por parte de la burguesía estadounidense, pero esta es una tendencia global y es particularmente significativo que

la ola populista esté teniendo un impacto en otros países centrales para el capitalismo: así, hemos visto el ascenso de la AfD en Alemania, el RN de Le Pen en Francia y Reform en el Reino Unido. El populismo es la expresión de una fracción de la burguesía, pero sus políticas incoherentes y contradictorias expresan un nihilismo y una creciente irracionalidad que no sirven a los intereses generales del capital nacional. El caso de Gran Bretaña, que ha sido dirigida por una de las burguesías más inteligentes y experimentadas, y que se pegó un tiro en el pie con el Brexit es un claro ejemplo. Las políticas internas y externas de Trump no serán menos perjudiciales para el capitalismo estadounidense: en términos de política exterior, al alimentar el conflicto con sus antiguos aliados mientras corteja a sus enemigos tradicionales, pero también a nivel doméstico, a través del impacto de su «programa» económico autodestructivo. Sobre todo, la campaña de venganza contra el «Deep State» y las «élites liberales», la focalización con ciertas minorías y la «guerra anti-woke» darán lugar a enfrentamientos entre facciones de la clase dominante que podrían llegar a ser extremadamente violentos en un país donde una enorme proporción de la población posee armas; el asalto al Capitolio el 6 de enero de 2021 palidecería al hacer la comparación. Y ya podemos ver, de forma embrionaria, los inicios de una reacción de parte de la burguesía que más tiene que perder con las políticas de Trump (por ejemplo, el estado de California, la Universidad de Harvard, etc.). Tales conflictos llevan la amenaza de arrastrar a gran parte de la población y representan un peligro extremo para la clase obrera, para los esfuerzos por defender sus intereses de clase y forjar su unidad contra todas las divisiones que le inflige la desintegración de la sociedad burguesa. Las recientes manifestaciones «Hands Off» organizadas por el ala izquierda del Partido Demócrata son un claro ejemplo de este peligro, ya que han logrado canalizar ciertos sectores y reivindicaciones de la clase obrera hacia una defensa general de la democracia contra la dictadura de Trump y compañía. De nuevo, aunque estos conflictos internos

(13) EUROPATODAY – «Alemania envía tanques a Ucrania porque los pacifistas se han convertido en intervencionistas».

(14) Véase el punto 8 de las «Tesis sobre la descomposición».

puedan ser especialmente agudos en EE. UU., son producto de un proceso mucho más amplio. El capitalismo decadente ha confiado durante mucho tiempo en el aparato estatal para evitar que esos antagonismos desgarren la sociedad, y en la fase de descomposición del Estado capitalista también se ve obligado a recurrir a las medidas más dictatoriales para mantener su dominación. Pero al mismo tiempo, cuando el propio aparato estatal se ve desgarrado por violentos conflictos internos, se produce un fuerte impulso hacia una situación en la que «el centro no puede sostenerse, la anarquía se desata por el mundo», como dijo el poeta WB Yeats. Los «Estados fallidos» que vemos más claramente en el Medio Oriente, África y el Caribe son una imagen de lo que ya se está gestando en los centros más desarrollados del sistema. En Haití, por ejemplo, la maquinaria oficial del Estado es cada vez más impotente frente a la competencia de las bandas criminales, y en algunas partes de África, la competencia entre bandas ha alcanzado el paroxismo de la «guerra civil». Pero en los propios Estados Unidos, la actual dominación del Estado por el clan Trump se asemeja cada vez más al gobierno de una mafia, con su abierta adhesión a los métodos del chantaje y las amenazas.»⁽¹⁵⁾

Esta situación tiene repercusiones muy significativas en todo el panorama político y económico mundial. De hecho, mientras los distintos países, a pesar de la competencia entre ellos, lograron mantener una política de cooperación en determinadas cuestiones, como la política económica en particular o la política imperialista, se pudo frenar, al menos en parte, la caída en el abismo de la decadencia y la descomposición del sistema. Pero hoy en día, las políticas ciegas e irresponsables (desde un punto de vista burgués) de muchos países, incluido el propio Estados Unidos, no solo no logran frenar la crisis del sistema, sino que, de hecho, la aceleran.

Irracionalidad y pérdida de vista de los intereses del Estado

Estas profundas divisiones dentro de la burguesía expresan el peso del «sálvese quien pueda», lo que signi-

fica que los distintos componentes ya no se sienten vinculados por un interés superior en la defensa de los intereses del Estado, o de un «orden internacional», sino que persiguen los intereses de facciones políticas particulares, camarillas o familias económicas específicas, a cualquier precio. Además, a menudo ocurre que los grupos de interés que ascenden en la sociedad hasta alcanzar importantes cargos gubernamentales no tienen formación política previa. Todo ello significa que la política que sigue la burguesía hoy en día se caracteriza cada vez más por un alto grado de improvisación e irracionalesidad que, naturalmente, en un contexto de creciente desorden, no hace sino acelerar el caos mundial. Ya hemos mencionado medidas totalmente irrationales, como la decisión de celebrar un referéndum sobre el Brexit en Gran Bretaña y la política arancelaria de Trump. Simplemente añadiremos algunos detalles sobre la composición del equipo para el segundo mandato de Trump, el líder del país más poderoso del mundo: cada quien puede examinar por sí mismo lo que está sucediendo de manera similar en otros países.

He aquí un juicio que apareció en un periódico italiano (¡desde luego, no un periódico de izquierda!) a principios de año: «Ningún presidente ha reclutado jamás a tal multitud de delincuentes, extremistas, sinvergüenzas, estafadores e individuos indeseables».⁽¹⁶⁾ Echemos un vistazo más de cerca a algunos de los miembros de la administración Trump 2. La primera opción de Trump para el puesto de fiscal general fue Matt Gaetz, pero tuvo que retirarse. ¿El motivo? No porque fuera su abogado, que le había guiado con habilidad diabólica a través de sus problemas legales. El verdadero motivo era que se enfrentaba a acusaciones de acoso sexual y consumo de drogas, lo que sin duda no es ideal para un ministro de Justicia.

Luego está el sensacional caso del famoso antivacunas Robert F. Kennedy Jr., nombrado para dirigir el Departamento de Salud y Servicios Humanos, a pesar de haber declarado su deseo de abolir las vacunas contra la poliomielitis y ser conocido como un teórico de la conspiración. Más de 75 premios Nobel se opusie-

ron al nombramiento de Kennedy Jr. como secretario de Salud, alegando que «pondría en peligro la salud pública». Más de 17 000 médicos (de un total de 20 000), miembros del Comité para la Protección de la Salud, se opusieron al nombramiento de Kennedy Jr., alegando que este ha socavado la confianza pública en las vacunas durante décadas y supone una amenaza para la salud nacional. El epidemiólogo Gregg Gonsalves, de la Universidad de Yale, que también se opuso al nombramiento de Kennedy Jr., afirmó que poner a Kennedy al frente de una agencia sanitaria sería como «poner a un terraplanista al frente de la NASA».

Pete Hegseth, conocido homófobo, ha sido nombrado director del Pentágono (con un presupuesto de 800 000 millones de dólares y 3 millones de empleados). Y, sorpresa, también está siendo demandado por acoso sexual.

En cuanto al resto de miembros del Gobierno, los informes sugieren que la mayoría son extremistas, están mal formados o son especialmente antisistema. Lo que les une es su lealtad absoluta a su líder. A Trump no le importa si juran lealtad a la Constitución; solo necesita que le juren lealtad a él y que lo demuestren.

Trump se distinguió inmediatamente al eliminar a miles de funcionarios que consideraba problemáticos o que, en su opinión, desempeñaban funciones incompatibles con su mandato. Pero fue aún más brutal con quienes se le oponían directamente, utilizando métodos vengativos dignos de las disputas mafiosas.

La política contra aquellos a quienes Trump considera traidores es su eliminación directa. Varios ejemplos lo ilustran:

El 22 de agosto, el FBI registró la casa de John Bolton en Maryland, quien fue asesor de seguridad nacional en la primera administración Trump, pero que posteriormente se volvió muy crítico con el presidente.

Se ha autorizado una investigación del gran jurado sobre los orígenes de la investigación de los vínculos de Trump con Rusia.

Se está llevando a cabo otra investigación sobre el senador demócrata de California Adam Schiff, acusado de fraude fiscal, pero que había acusado a Trump de beneficiarse de las

(15) «Resolución sobre la situación internacional (mayo de 2025)», Revista Internacional 174, verano de 2025.

(16) «Gangs of America alla corte di Trump», (Las bandas de Estados Unidos en la corte de Trump), periódico online Il Foglio, 27 de enero de 2025.

fluctuaciones del mercado bursátil tras varios anuncios arancelarios.

Otra investigación está en curso contra la fiscal general de Nueva York, Letitia James, quien presentó un escrito legal para poner fin a las detenciones de inmigrantes.

El despido de la gobernadora de la Reserva Federal Lisa Cook, que se opuso a las demandas de Trump de bajar los tipos de interés y luego fue acusada de falsificar documentos para obtener condiciones más favorables para una hipoteca...

Las últimas noticias se refieren al exdirector del FBI y opositor de Trump, Comey, que está siendo procesado por «delitos graves».

Gansterismo y vandalismo

Lo que antes se consideraba una característica de los países periféricos, los llamados países del Tercer Mundo, a saber, el gansterismo y el vandalismo en la política, está ahora muy extendido en los países más avanzados del mundo, incluido Estados Unidos, un país que en su día fue aclamado como el faro de la democracia. Una vez más, el caso Trump es prueba de ello.

Empecemos diciendo que Trump heredó tanto el racismo como las buenas relaciones con la mafia italoamericana de su padre, Fred Sr.⁽¹⁷⁾. Mientras que su padre tenía buenas relaciones con los Gambino, los Genovese y los Lucchese, su hijo las tiene con los Franzese y los Colombo. El episodio que llevó a la construcción de la Torre Trump es especialmente conocido. En 1979, cuando se colocó el primer ladrillo, una huelga en las fábricas de cemento bloqueó la venta de este material. Pero Trump evitó el bloqueo sindical comprándolo directamente a S & A Concrete. Los propietarios ocultos de la empresa constructora eran Anthony «Fat Tony» Salerno, de la familia Genovese, y Paul Castellano, de la familia Gambino, dos familias ya cercanas a su padre y cuyos líderes se reunían regularmente en casa de Cohn, el versátil abogado de Trump en aquella época. Pero también hizo importantes negocios con la mafia rusa: en 2011, Trump salió de diez años de pleitos, múltiples quiebras y 4 000 millones de libras de deuda... y esta vez se salvó gracias al «dinero ruso» de Felix Sa-

ter, cuyo padre, Michael Sheferovsky, era amigo íntimo no solo de la familia Genovese, sino también de Semion Yudkovich Moguilevitch, el «jefe de jefes» de la mafia rusa.

Numerosas mujeres ya han afirmado que Trump las violó en concursos de belleza u otros eventos. También sabemos que Trump pagó mucho dinero para silenciar a las dos mujeres que lo acusaron de tener relaciones ilícitas con él, la estrella porno Stormy Daniels y la ex conejita de *Playboy* Karen McDougall. Esta acusación condujo a su condena, pero fue eximido de enjuiciamiento. A principios de 2024, dos jurados distintos determinaron que Trump había difamado a la escritora E. Jean Carroll al negar sus acusaciones de agresión sexual. Se le ordenó pagar un total de 88 millones de dólares. También es bien conocida su asociación con Epstein, acusado de violación, abuso y, sobre todo, tráfico internacional de niños. Aparece con Trump en docenas de fotos. Por último, Trump también fue declarado culpable de treinta y cuatro cargos de falsificación de documentos comerciales, que salieron a la luz durante la investigación sobre los pagos realizados a Stormy Daniels.

¿Podrá el proletariado aprovechar esta pérdida de control por parte de la burguesía?

Todos los elementos que hemos relatado en este artículo demuestran claramente un debilitamiento de la capacidad de la burguesía para gestionar su sistema político y, por lo tanto, una mayor dificultad para hacer frente a la crisis global del sistema, tanto en lo económico como en lo medioambiental, etc. De eso no hay duda.

Pero debemos tener cuidado de no imaginar que esta debilidad de la burguesía puede convertirse en una ventaja, en una fuerza para el proletariado. Hay al menos dos razones para ello. La primera se refiere al proceso que conducirá a la revolución. Las crecientes debilidades de la burguesía no son en absoluto activos que permitan a la clase obrera desarrollar su fuerza. Dado que el proyecto de esta clase es completamente antagónico a todo lo que representa el capitalismo, el debilitamiento de la burguesía no beneficia al proletariado (que solo dispone de su unidad y su conciencia). En segundo lugar,

aunque muestra claros signos de declive, la burguesía hace gala de una considerable vigilancia y lucidez en materia de lucha de clases, fruto de dos siglos de experiencia de confrontación con la clase obrera. Esta experiencia la lleva no solo a estar alerta, sino sobre todo a impedir cualquier acción de la clase obrera explotando los propios efectos de la descomposición contra el proletariado.

Por ejemplo, toda la propaganda populista, que a menudo encuentra eco en algunos de los sectores más vulnerables y menos conscientes de la clase obrera, se construye explotando los temores de la gente a la competencia por el empleo o la vivienda por parte de los inmigrantes o de aquellos que son «diferentes». En segundo lugar, y lo que es más importante, explota el bombo populista para atraer a los trabajadores a campañas antipopulistas en defensa del Estado democrático.

Sin embargo, las manifestaciones de la descomposición (a través de crisis ecológicas, desastres medioambientales cada vez más frecuentes, pero sobre todo la propagación e intensificación de las guerras, acompañadas naturalmente por el empeoramiento de la crisis económica) están obligando cada vez más a ciertos elementos a buscar una alternativa a la barbarie actual, aunque todavía sean una minoría. Los ataques económicos que la burguesía ya se ve obligada a lanzar contra los trabajadores serán el mejor estímulo para la lucha de clases y permitirán la futura maduración política de las luchas. Solo así los trabajadores podrán no solo defenderse de las mistificaciones de la burguesía, sino también recuperar la comprensión de las causas profundas de la actual crisis del sistema y convertirla en una fuente de fuerza en su lucha.

Ezechiele, 27 de agosto de 2025

(17) De joven, su padre fue arrestado por ser uno de los miembros más activos del KKK.

Antisemitismo, sionismo, antisionismo: todos son enemigos del proletariado (Parte 2)

En la primera parte de este artículo, sostuvimos que el movimiento sionista fue una respuesta errónea al resurgimiento del antisemitismo a finales del siglo XIX. Errónea porque, a diferencia de la respuesta proletaria al antisemitismo y a todas las formas de racismo defendida por revolucionarios como Lenin y Rosa Luxemburgo: se trataba de un movimiento nacionalista burgués que surgió en un momento en que el capitalismo mundial se encaminaba rápidamente hacia la época de la decadencia, en que el Estado-nación, en palabras de Trotsky en 1916, había «superado su función de marco para el desarrollo de las fuerzas productivas»⁽¹⁾. Y como explicaba Rosa Luxemburgo en su folleto *Junius* (1915), el resultado concreto de este cambio histórico era que, en el nuevo periodo, la nación ya no servía «más que para enmascarar como fuera las aspiraciones imperialistas»: las nuevas naciones solo podían surgir como peones de las grandes potencias imperialistas, al tiempo que se veían obligadas a desarrollar sus propias ambiciones imperialistas y a oprimir a los grupos nacionales que se interponían en su camino. Hemos demostrado que, desde el principio, el sionismo solo podía convertirse en una fuerza política sería asociándose con la potencia imperialista que veía una ventaja en la creación de un «hogar nacional judío» en Palestina, mientras que la actitud colonial del sionismo hacia la población que ya vivía allí allanaba el camino para la política de exclusión y limpieza étnica que se materializó en 1948 y que hoy alcanza su terrible paroxismo en Gaza. En este segundo artículo, repasaremos las principales etapas de este proceso, pero al hacerlo, mostraremos que, al igual que el sionismo se reveló claramente como un velo que ocultaba los deseos imperialistas, la respuesta nacionalista árabe al sionismo, ya sea laica o religiosa, no está menos atrapada en la trampa mortal de la competencia interimperialista.

Tras la Declaración Balfour

Antes de la Primera Guerra Mundial, aún no se sabía qué potencia imperialista estaría más interesada en promover el proyecto sionista: la búsqueda inicial de apoyo por parte de Theodore Herzl lo había llevado al emperador alemán y sus aliados otomanos. Pero las líneas del frente trazadas para la guerra mostraron claramente que era Gran Bretaña la que más tenía que ganar con la formación de un «pequeño Ulster judío leal» en Oriente Medio, aunque los británicos hacían simultáneamente todo tipo de promesas sobre la futura independencia a los líderes árabes, líderes que necesitaban para luchar contra el Imperio otomano en declive, que se había aliado entonces con Alemania y las potencias centrales.

El líder sionista y consumado diplomático Chaim Weizmann había ad-

quirido cada vez más influencia en las altas esferas del Gobierno británico y sus esfuerzos se vieron recompensados con la publicación de la (tristemente) famosa Declaración Balfour en noviembre de 1917. La declaración estipulaba que «el gobierno de Su Majestad ve con buenos ojos la creación en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y hará todo lo posible para facilitar la consecución de este objetivo», al tiempo que insistía en que «quedó claramente entendido que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina».

La Declaración Balfour parecía justificar los métodos de la corriente dominante del movimiento sionista, apoyada principalmente por la izquierda sionista, que consideraba necesario seguir esta corriente dominante hasta que la creación de una patria judía «normalizara» las relaciones de

clase dentro de la población judía⁽²⁾. Para estas corrientes, el acuerdo con el imperialismo británico confirmaba la necesidad de desarrollar relaciones diplomáticas y políticas con las potencias dominantes de la región, mientras que la reunión de los judíos en Palestina se lograría en gran medida gracias al apoyo financiero de los capitalistas judíos de la diáspora y de instituciones como el Fondo Nacional Judío, la Asociación de Colonización Judía de Palestina y el Banco Colonial Judío. Las tierras se obtendrían mediante la compra fragmentaria de terrenos pertenecientes a propietarios árabes ausentes, una forma «pacífica» y «legal» de expropiar a los fellahs pobres y allanar el camino para la creación de ciudades judías y empresas agrícolas que constituirían los núcleos del futuro Estado judío.

Pero la guerra también había estimulado el crecimiento del nacionalismo árabe, y en 1920 las primeras reacciones violentas al aumento de la inmigración judía y al anuncio por parte de Gran Bretaña de su proyecto de crear un hogar nacional judío tomaron forma en los «disturbios de Nabi Musa»⁽³⁾.

– esencialmente un pogromo contra los judíos de Jerusalén. Estos acontecimientos dieron lugar a su vez a un nuevo sionismo «revisionista» liderado por Vladimir Jabotinsky, que había tomado las armas junto a las fuerzas británicas para reprimir los disturbios.

En nuestro artículo «Más de un siglo de enfrentamientos entre israelíes y palestinos» (*Revista Internacional* n.º 172), señalamos que Jabotinsky representaba un giro a la derecha del sionismo, que no dudaba en alinearse con el régimen extremadamente antisemita de Polonia (uno de los muchos ejemplos de colaboración entre el proyecto antisemita de expulsión de los judíos de Europa y la voluntad sio-

(2) Véase la primera parte de este artículo en la *Revista Internacional* n.º 173, bajo el subtítulo: «Trabajadores de Sión: la fusión imposible del marxismo y el sionismo»

(3) Nabi Musa es una fiesta musulmana que, en aquella época (20 de abril de 1920), atraía a grandes multitudes a Jerusalén. Los disturbios adoptaron un lema «musulmán» como «La religión de Mahoma fue fundada por la espada», paralelo al preferido por los pogromistas de muchas confesiones: «Masacral a los judíos», que hoy se refleja en el grito de guerra preferido de los pogromistas judíos en Israel: «Muerte a los árabes». (Véase Simón Seba Monteforte, *Jerusalén: The Biography*, 2011).

(1) *Nashe Slovo*, 4 de febrero de 1916. *Nashe Slovo* (*Nuestra Palabra*) era un diario dirigido por Trotsky durante la Primera Guerra Mundial (N. del T.).

nista de orientar estas políticas hacia la emigración a Palestina). Aunque el propio Jabotinsky se burlaba a menudo del fascismo de Mussolini, su movimiento tenía sin duda su origen en una raíz común: el desarrollo de una forma particularmente decadente y totalitaria de nacionalismo, cuyo crecimiento se vio acelerado por la derrota de la revolución proletaria. Esto se ilustró con la aparición, dentro del revisionismo, de la facción abiertamente fascista Birionim, y luego del grupo Lehi en torno a Abraham Stern, que, al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, estaba dispuesto a entablar conversaciones con el régimen nazi con el fin de formar una alianza antibritánica⁽⁴⁾. El propio Jabotinsky consideraba cada vez más a los ocupantes británicos de Palestina después de la Primera Guerra Mundial como el principal obstáculo para la formación de un Estado judío.

Aunque Jabotinsky siempre defendió que la población árabe disfrutaría de igualdad de derechos en su proyecto de Estado judío, fueron los disturbios antijudíos de 1920 los que le llevaron a abandonar el sueño de Herzl/Weizmann de un proceso pacífico de inmigración judía. Jabotinsky siempre se había opuesto a las ideas de lucha de clases y socialismo y, por lo tanto, al sueño alternativo de la izquierda sionista: un nuevo tipo de colonización que implicaría, en cierto modo, el desarrollo de una alianza fraternal entre los trabajadores judíos y árabes. En 1923, Jabotinsky publicó su ensayo *The Iron Wall* (El muro de hierro), en el que reclamaba un Estado judío no solo en la orilla occidental del Jordán, sino también en la orilla oriental, algo que los británicos prohibían. Según él, dicho Estado solo podía formarse mediante la lucha militar: «La colonización sionista debe cesar o continuar sin tener en cuenta a la población indígena. Esto significa que solo puede continuar y desarrollarse bajo la protección de una potencia independiente de la población indígena, detrás de un muro de hierro que la población indígena no pueda atravesar».

Aunque los sionistas de izquierda y de centro criticaron duramente la postura de Jabotinsky, calificándolo de fascista, lo que llama la atención en *The Iron*

Wall es que anticipa con precisión la evolución real de todo el movimiento sionista, desde las facciones liberales y de izquierda que lo dominaron durante las primeras décadas después de 1917 hasta la derecha que reforzó su control sobre el Estado de Israel a partir de la década de 1970: el reconocimiento de que un Estado judío solo podía formarse y mantenerse mediante el uso de la fuerza militar. La izquierda sionista, incluida su ala «marxista» en torno al Hashomer Hazair y el Mapam, se convertiría de hecho en el componente más esencial del aparato militar del Yishuv judío preestatal, la Haganá. Los kibutz «socialistas», en particular, desempeñarían un papel clave como avanzadillas militares y proveedores de tropas de élite para la Haganá. Incluso el término «Muro de Hierro» tiene una connotación premonitoria con la construcción del muro de seguridad (también conocido como muro del apartheid...) alrededor de las fronteras de Israel después de 1967, a principios de la década del 2000. Y, por supuesto, aunque Jabotinsky pueda parecer liberal en comparación con sus herederos contemporáneos de la extrema derecha israelí, los partidarios de un Gran Israel «desde el río hasta el mar» y el recurso descarado a una fuerza militar desenfrenada, ahora combinado abiertamente con el llamamiento a la «reubicación» de la población árabe palestina de Gaza y Cisjordania, se han impuesto cada vez más en la política sionista dominante. Esto da testimonio del brutal realismo de Jabotinsky, pero sobre todo del carácter inevitablemente imperialista y militarista, no solo del sionismo, sino también de todos los movimientos nacionales de la época.

1936: El callejón sin salida de la «revuelta antiimperialista» y la respuesta internacionalista

La derrota de la oleada revolucionaria en Rusia y Europa dio lugar a una nueva oleada de antisemitismo, especialmente en Alemania, con la infame teoría de la «puñalada por la espalda», una conspiración contra los comunistas y los judíos, supuestamente responsables del colapso militar de Alemania. Varios países europeos comenzaron a adoptar leyes antisemitas, prefigurando las leyes raciales nazis en Alemania. Al sentirse cada vez más amenazados, los judíos comenzaron a abandonar Europa, un éxodo que se aceleró considerablemente tras la llegada al poder de los nazis en 1933.

No todos los exiliados se dirigieron a Palestina, pero la inmigración judía al Yishuv aumentó considerablemente. Esto exacerbó las tensiones entre judíos y árabes. El aumento de la compra de tierras a los propietarios árabes o «effendi» por parte de las instituciones sionistas provocó el despojo de los campesinos árabes o fellahin, ya empobrecidos; el impacto de la crisis económica mundial en Palestina a principios de los años 30 no hizo más que agravar sus dificultades económicas. Todos estos elementos estallaron en 1929 en una nueva oleada de violencia intercomunitaria más generalizada, desencadenada por conflictos de acceso a los principales lugares religiosos de Jerusalén, y que tomó la forma de sangrientos pogromos antisemitas en Jerusalén, Hebrón, Safed y otros lugares, pero también de contraataques igualmente brutales por parte de multitudes judías. Se cometieron cientos de asesinatos en ambos bandos. Pero estos acontecimientos no fueron más que el preludio de la «Gran Revuelta Árabe» de 1936.

Una vez más, los acontecimientos comenzaron con un estallido de violencia pogromista, desencadenado esta vez por el asesinato de dos judíos por un grupo islamista fundamentalista, los Qassemitas, y seguido de represalias indiscriminadas contra los árabes, en particular atentados con bombas en lugares públicos perpetrados por el Irgún de Jabotinsky, que se había separado de la Haganá en 1931. Estas sangrientas acciones terroristas fueron descritas por el Irgún como la política de «defensa activa» de la población judía. Pero esta vez, el levantamiento árabe fue mucho más generalizado que en 1929, tomando la forma de una huelga general en Jerusalén y otros centros urbanos, y luego de una guerrilla en las zonas rurales. Sin embargo, aunque la profunda miseria económica y social alimentaba la ira de las masas árabes, la huelga general no adquirió en ningún momento un carácter proletario. Esto no se debió simplemente a que movilizara a los trabajadores junto con los comerciantes y otros pequeños propietarios, sino sobre todo a que sus reivindicaciones se formulaban íntegramente desde una perspectiva nacionalista, pidiendo el cese de la inmigración judía y la independencia de los británicos. Desde el principio, la dirección del movimiento estuvo en manos de los partidos nacionalistas burgueses, aunque estos partidos, basados en gran medida en antiguas

(4) La ideología del grupo Stern era, en realidad, una extraña mezcla de fascismo y antiimperialismo de izquierda, una especie de «bolchevismo nacional» que se autodenominaba «terrorista» y estaba dispuesto a pasar de una alianza con la Alemania nazi a una alianza con la Rusia estalinista, todo ello con el objetivo de expulsar a los británicos de Palestina.

rivalidades entre clanes, a menudo se enfrentaban violentamente para decidir quién debía dirigir el movimiento (mientras que otras facciones palestinas se alineaban con los británicos). La reacción de las autoridades británicas fue extremadamente brutal, infligiendo castigos colectivos mortales a las aldeas sospechosas de haber participado en el movimiento. La Haganá y escuadrones policiales judíos especialmente designados actuaron junto al ejército británico para reprimir la revuelta. Al final del levantamiento, en marzo de 1939, más de 5000 árabes, 400 judíos y 200 británicos habían perdido la vida.

El *Socialist Workers Party* (SWP, Partido Socialista de los Trabajadores), con sede en el Reino Unido, describe esta revuelta como la «primera Intifada» y la presenta como un ejemplo de resistencia contra el imperialismo británico, con un fuerte componente social revolucionario: «*La revuelta se trasladó al campo, donde, a lo largo del invierno de 1937 y hasta 1938, los rebeldes tomaron el control y expulsaron a los británicos. Una vez que tuvieron el campo bajo su control, los rebeldes comenzaron a instalarse en las ciudades. En octubre de 1938, controlaban Jaffa, Gaza, Belén, Ramala y la ciudad vieja de Jerusalén. Se trataba de un movimiento popular masivo, con comités locales que tomaban el control de gran parte del país y gobernaban en interés no de los palestinos ricos, sino de la gente común*⁽⁵⁾».

Pero no olvidemos que el SWP, como muchos otros trotskistas, también consideraba la masacre perpetrada por Hamás el 7 de octubre como parte de la «resistencia» contra la opresión de los palestinos⁽⁶⁾. A diferencia de la presentación que hace el SWP del movimiento de 1936, Nathan Weinstock, en su obra de referencia *El sionismo contra Israel*, opina que, en última instancia, «la lucha antiimperialista se había desviado hacia un conflicto intercomunitario y se había convertido en un apoyo al fascismo. (El muftí se había acercado cada vez más a los nazis)». En aquella época, Weinstock era miembro de la Cuarta Internacional trotskista.

Weinstock concluye que «la evolución de la revuelta árabe parece confirmar

negativamente la teoría de la revolución permanente». En otras palabras, en los países semicoloniales, las tareas «democráticas», como la independencia nacional, ya no podían ser llevadas a cabo por una burguesía muy débil, y solo podían ser implementadas por el proletariado una vez que este hubiera establecido su propia dictadura. Esta teoría, cuyos elementos esenciales fueron desarrollados por Trotsky a principios de los años 1900, fue en su origen un verdadero intento de resolver los dilemas que se planteaban en una época en la que la fase ascendente del capitalismo llegaba a su fin, pero sin que estuviera del todo claro que el capitalismo como sistema mundial estaba a punto de entrar en su época de declive, dejando obsoletas todas las tareas «democráticas» del período anterior. Así, la tarea principal del proletariado victorioso en cualquier parte del mundo no es impulsar los vestigios de una revolución burguesa dentro de sus propias fronteras, sino ayudar a propagar la revolución por todo el mundo lo más rápidamente posible, so pena de quedar aislado y condenado a la muerte.

La consecuencia lógica de esto es que, en este período de decadencia en el que el mundo entero está dominado por el imperialismo, ya no hay movimientos «antiimperialistas», sino solo alianzas cambiantes en un tablero interimperialista global. La observación de Weinstock sobre el muftí -título de un alto dignatario religioso a cargo de los lugares sagrados musulmanes en Jerusalén, en este caso Amín Al Husseini, conocido por sus relaciones amistosas con Hitler y su régimen- pone de relieve una realidad más amplia: al oponerse al imperialismo británico, el nacionalismo palestino de los años treinta se vio obligado a aliarse con los principales rivales de Gran Bretaña, Alemania e Italia. *La Fracción Italiana de la Izquierda Comunista*, en un artículo escrito en respuesta a la huelga general de 1936, ya subrayaba las rivalidades interimperialistas que se daban en la región: «Nadie puede negar que el fascismo tiene todo el interés en avivar este fuego. El imperialismo italiano nunca ha ocultado sus miras hacia Oriente Próximo, es decir, su deseo de sustituir a las potencias mandatarias en Palestina y Siria»⁽⁷⁾. Este esquema no podía sino repetirse en la historia futura. Como se destaca

en nuestra introducción al artículo de Bilan, «Bilan muestra que cuando el nacionalismo árabe entró en conflicto abierto con Gran Bretaña, esto solo abrió la puerta a las ambiciones del imperialismo italiano (y también alemán); posteriormente, pudimos ver cómo la burguesía palestina se volcó hacia el bloque ruso, luego hacia Francia y otras potencias europeas en su conflicto con Estados Unidos».

En 1936, ante la capitulación de los antiguos internacionalistas ante la presión de la ideología antifascista, los compañeros de Bilan reconocieron «el aislamiento de nuestra Fracción», que se había acentuado considerablemente con la guerra en España. Este aislamiento también puede aplicarse a los problemas planteados por los conflictos en Palestina: el artículo de Bilan es una de las pocas posiciones internacionalistas contemporáneas sobre la situación en esta región. Sin embargo, cabe mencionar los artículos escritos por Walter Auerbach, que había formado parte de un círculo comunista de izquierda en Alemania del que también formaba parte Karl Korsch⁽⁸⁾. Auerbach huyó de Alemania en 1934 y vivió unos años en Palestina antes de instalarse en Estados Unidos, donde trabajó con el grupo comunista consejista en torno a Paul Mattick. Los artículos de Auerbach son interesantes porque muestran cómo la colonización sionista de Palestina, al introducir o desarrollar relaciones de producción capitalistas, provocó el despojo de los fellahs y, por lo tanto, la intensificación de su descontento social. También insisten en que los elementos ultranacionalistas, incluso fascistas, dentro del sionismo estaban destinados a convertirse en cada vez más dominantes.

Pero, sobre todo, los artículos siguen claramente anclados en una perspectiva internacionalista. En respuesta a los acontecimientos de 1936, el artículo titulado «*The land of promise: report from Palestine*» (La tierra prometida: reportaje desde Palestina) afirma que:

«*El agravamiento de las relaciones entre árabes y judíos, que comenzó en abril de 1936 y condujo a una guerrilla y a una huelga de las masas árabes, ocultó los disturbios sociales de la clase obrera bajo un sentimiento nacionalista vivo y belicoso. En ambos bandos, las masas se organizaron para*

(5) Véase el artículo *The first intifada: when Palestine rose against the British* (*La primera intifada: cuando Palestina se levantó contra los Británicos*), Socialist Workers (21/5/21).

(6) Véase en inglés en nuestra página web The SWP justifies Hamas slaughter, CCI (13/10/2023).

(7) Véase en nuestra página web *El conflicto judío-árabe: la posición de los internacionalistas en los años 30*, «Bilan» n.º 30 y 31, (1936).

(8) Véase el artículo con traducción Walter Auerbach on *The Arab Revolt in Palestine* (Walter Auerbach sobre *La Revuelta árabe en Palestina*) Walter Auerbach & Paul Mattick.

«auto protegerse y defenderse». Por parte judía, los miembros de todas las organizaciones participaron en esta autoprotección. En sus llamamientos, los diferentes partidos rechazaron la responsabilidad de los enfrentamientos, achacándola bien a los árabes, bien a los partidos rivales. Cabe señalar que, en esta situación, ninguna organización intentó liderar la lucha contra su propia burguesía».

Bordiga es el autor del lema «*El peor producto del fascismo es el antifascismo*»: la naturaleza extremadamente brutal del fascismo, que aboga por la unidad de todas las clases puramente «nacionales», tiende a dar lugar a una oposición que, a su vez, pretende subordinar los intereses de la clase obrera a los de un amplio Frente Popular, como ocurrió en Francia y España en la década de 1930. En ambos casos, la clase obrera se ve empujada a abandonar su identidad e independencia de clase en beneficio de tal o cual facción de la burguesía. En última instancia, el fascismo y el antifascismo son ideologías que pretenden arrastrar al proletariado a la guerra imperialista.

También se puede decir que el peor producto del sionismo es el antisionismo. El punto de partida del sionismo es que los trabajadores judíos solo pueden luchar contra el antisemitismo aliándose con la burguesía judía o renunciando a sus intereses de clase en nombre de la construcción nacional. El antisionismo, derivado de las dolorosas consecuencias de esta construcción nacional en Palestina, parte también de una alianza de todas las clases «árabes», «palestinas» o «musulmanas», lo que, en la práctica, solo puede significar el dominio de la burguesía autóctona y, detrás de ella, la hegemonía del imperialismo mundial. El ciclo mortal de violencia intercomunitaria que vimos en 1929 y 1936 era totalmente hostil al desarrollo de la solidaridad de clase entre los proletarios judíos y árabes, y esto ha seguido siendo cierto desde entonces.

De la Shoah...

«[...] La única tendencia hacia este objetivo de la evolución capitalista ya se manifiesta en fenómenos que hacen de la fase final del capitalismo un período de catástrofes» (Rosa Luxemburgo, La acumulación del capital, capítulo 31).

La guerra en España, que tuvo lugar al mismo tiempo que la revuelta en Palestina, fue una indicación mucho

más clara de los dramáticos retos de la época. El aplastamiento del proletariado español por las fuerzas del fascismo y la «República democrática» completó la derrota mundial de la clase obrera y abrió el camino a una nueva guerra mundial que, como había predicho la *Internacional Comunista* en sus primeras proclamaciones, superaría con creces a la primera en términos de barbarie, sobre todo debido al número mucho mayor de víctimas civiles. Los trasladados forzados de población y los gulags establecidos por el régimen estalinista en Rusia ya daban una idea de la venganza asesina de la contrarrevolución contra una clase obrera derrotada, mientras que la propia guerra ilustraba la determinación del capital de mantener su sistema obsoleto, incluso a costa de la destrucción y la matanza masiva a lo largo del planeta. El programa sistemático de exterminio de los judíos y otras minorías, como los gitanos o los discapacitados, puesto en marcha por el régimen nazi fue sin duda el resultado de una inhumanidad calculada y, por tanto, totalmente irracional, de un nivel cualitativamente nuevo; pero esta Shoah, esta catástrofe que se abatió sobre los judíos de Europa, solo puede entenderse como parte de una catástrofe mayor, de un Holocausto más amplio que fue la propia guerra. Auschwitz y Dachau no pueden disociarse de la destrucción de Varsovia tras los levantamientos de 1943 y 1944, ni de los millones de cadáveres rusos que dejó a su paso la invasión alemana de la URSS; pero estos crímenes del nazismo tampoco pueden disociarse de los bombardeos terroristas de los aliados sobre Hamburgo, Dresde, Hiroshima y Nagasaki, ni de la hambruna mortal impuesta a las masas de Bengala por los británicos bajo el mando de Churchill en 1943.

Además, aunque las democracias utilizaron la evidente残酷 del nazismo como coartada para sus propios crímenes, éstas fueron en gran medida cómplices de la capacidad del régimen hitleriano para llevar a cabo su «solución final» a la cuestión judía. En un artículo basado en una crítica de la película *El pianista*⁽⁹⁾, dimos varios ejemplos de esta complicidad: en la conferencia de Bermudas sobre la cuestión de los refugiados, organizada por Estados Unidos y Gran Bretaña en abril de 1943, que tuvo lugar exac-

tamente en el momento del levantamiento del gueto de Varsovia, se tomó la decisión de no acoger a la enorme masa de personas desesperadas que se enfrentaban al hambre y al exterminio en Europa. El mismo artículo también hace referencia a la historia del húngaro Bordiga, que acudió a los Aliados ofreciéndoles intercambiar un millón de judíos por 10 000 camiones. Como explica el folleto *Auschwitz*, la gran coartada del PCI: «*¡No solo los judíos, sino también las SS se dejaron engañar por la propaganda humanitaria de los Aliados! ¡Los Aliados no querían a ese millón de judíos! Ni por 10 000 camiones, ni por 50,000, ni siquiera a cambio de nada. Las mismas ofertas por parte de Rumanía y Bulgaria también fueron rechazadas. Según las palabras de Roosevelt, «transportar a tanta gente desorganizaría el esfuerzo bélico».*

El movimiento sionista oficial también desempeñó su papel en esta complicidad, ya que se opuso sistemáticamente al «refugismo», es decir, a los proyectos destinados a salvar a los judíos europeos permitiéndoles cruzar las fronteras de otros países que no fueran Palestina. El tono de esta política ya había sido marcado antes de la guerra por Ben Gurión, el líder «laborista» del Yishuv:

«*Si los judíos se enfrentan a la elección entre el problema de los refugiados y el rescate de los judíos de los campos de concentración, por un lado, y la ayuda al museo nacional en Palestina, por otro, prevalecerá el sentimiento de compasión judío y toda la fuerza de nuestro pueblo se dedicará a ayudar a los refugiados en los distintos países. El sionismo desaparecerá de la agenda, no solo de la opinión pública mundial en Inglaterra y Estados Unidos, sino también de la opinión pública judía. Ponemos en peligro la propia existencia del sionismo si permitimos que el problema de los refugiados se separe del problema palestino*»⁽¹⁰⁾. La verdadera indiferencia de Ben Gurión ante el sufrimiento de los judíos europeos quedó aún más patente cuando declaró, el 7 de diciembre de 1938: «*Si supiera que es posible salvar a todos los niños de Alemania trasladándolos a Inglaterra, pero solo a la mitad de ellos trasladándolos a Palestina, elegiría la segunda opción, porque nos enfrentamos no solo al juicio de esos*

(9) Véase el artículo *A propósito del filme «El pianista» de Polanski. Nazismo y Democracia: todos son culpables de la masacre de judíos*) Revue Internationale 113, CCI.

(10) Memorandum para el Ejecutivo Sionista, 17/12/1938, citado en *El sionismo durante el Holocausto*, Greenstein (2022).

niños, sino también al juicio histórico del pueblo judío».

Cualquier idea de colaboración directa entre el sionismo y los nazis se considera un «tropo antisemita» en muchos países occidentales, aunque existen casos bien documentados, como el acuerdo Havara en Alemania al comienzo del régimen nazi, que permitía a los judíos dispuestos a emigrar a Palestina conservar una parte importante de sus fondos. Al mismo tiempo, las organizaciones sionistas pudieron operar legalmente bajo el régimen nazi, ya que ambas partes tenían un interés común en lograr una Alemania «sin judíos», siempre y cuando los emigrantes judíos se trasladaran a Palestina.

Esto no pone en duda el hecho de que efectivamente hubo acuerdos de este tipo que realmente entran dentro de la teoría de la conspiración antisemita. El presidente de la actual «Autoridad Palestina», Mahmud Abás, escribió a principios de los años 80 una tesis doctoral que sin duda puede incluirse en esta categoría, ya que afirma que los sionistas exageraron el número de judíos asesinados por los nazis para ganarse la simpatía hacia su causa, al tiempo que ponían en duda la realidad de las cámaras de gas.

Sin embargo, la colaboración entre las facciones de la clase dominante -incluso cuando están simbólicamente en guerra entre sí- es una realidad fundamental del capitalismo y puede adoptar muchas formas. La voluntad de las naciones en guerra de suspender las hostilidades y unir sus fuerzas para aplastar al enemigo común, la clase obrera, cuando la miseria de la guerra la empuja a defenderse, quedó demostrada durante la Comuna de París en 1871 y, de nuevo, al final de la Primera Guerra Mundial. Y Winston Churchill, cuya reputación como el mayor antinazi de todos los tiempos es casi oficialmente reconocida en Gran Bretaña y en otros lugares, no dudó en aplicar esta política en Italia en 1943, cuando ordenó una pausa en la invasión aliada desde el sur para dejar que «los italianos se cocinaran en su propio jugo», un eufemismo para permitir que el poder nazi aplastara las huelgas masivas de los trabajadores en el norte industrial.

Lo que es ciertamente cierto es que el movimiento sionista y, sobre todo, el Estado de Israel, han utilizado constantemente la experiencia del Holocausto, el espectro del exterminio de los judíos, para justificar las acciones

militares y policiales más despiadas y destructivas contra la población árabe de Palestina, y para asimilar cualquier crítica al Estado israelí con antisemitismo. Pero volveremos, hacia el final de este artículo, al laberinto de justificaciones ideológicas y distorsiones desarrolladas por ambas (o todas) las partes en los conflictos actuales en Palestina.

Volviendo al curso de los acontecimientos desencadenados por la guerra, la masacre de los judíos en Europa aceleró la inmigración hacia Palestina, a pesar de los desesperados intentos de los británicos por reducirla al mínimo, llevando a cabo una política extremadamente represiva que condujo a la deportación de los refugiados judíos a campos en Alemania y a la tragedia del *Struma*, un barco lleno de supervivientes judíos al que se le negó la entrada en Palestina y que, tras ser abandonado por las autoridades turcas, acabó hundiéndose en el mar Negro con casi todos sus pasajeros a bordo. La represión británica provocó una guerra abierta entre la potencia mandataria y las milicias sionistas, en particular el Irgún, que lideró el uso de tácticas terroristas, como la explosión del hotel King David y el asesinato del mediador diplomático sueco, el conde Bernadotte. La propuesta de poner fin al mandato británico y dividir Palestina entre árabes y judíos ya había sido presentada por la comisión británica Peel en 1937, ya que la «revuelta árabe» y el descontento sionista habían mostrado claramente que el mandato británico estaba llegando a su fin. A partir de entonces, las dos principales potencias surgidas de la guerra mundial, Estados Unidos y la URSS, consideraron que, en aras de su futura expansión, les convenía eliminar a las antiguas potencias coloniales, como Gran Bretaña, de la estratégica región de Oriente Medio. En 1947, ambos países votaron a favor de la partición en la recién creada ONU, mientras que la URSS suministraba al Yishuv un gran número de armas a través del régimen estalinista en Checoslovaquia. Después de haber sido ampliamente silenciada por los Aliados durante la guerra, la verdad sobre los campos de concentración nazis salía ahora a la luz y suscitaba sin duda mucha simpatía por la suerte de los millones de víctimas y supervivientes judíos, lo que reforzaba la determinación de los sionistas de utilizar todos los medios a su alcance para lograr la creación de un Estado. Pero la dinámica subyacente a

la formación del Estado de Israel se derivaba del realineamiento imperialista de la posguerra y, en particular, de la relegación del imperialismo británico a un papel puramente secundario en el nuevo orden.

.. a la Naqba

Al igual que en el caso de las relaciones entre los nazis y los sionistas, las causas de la Naqba (que, al igual que el Holocausto, significa catástrofe) constituyen un campo minado histórico y, sobre todo, ideológico. La «guerra de independencia» de 1948 se saldó con la huida de 750,000 refugiados palestinos de sus hogares y la ampliación de las fronteras del nuevo Estado de Israel más allá de las zonas inicialmente designadas por el plan de partición de la ONU. Según la versión oficial sionista, los refugiados huyeron porque la alianza militar árabe que lanzó su ofensiva contra el joven Estado judío instó a los palestinos a huir de las zonas afectadas por los combates para poder regresar una vez que el proyecto sionista fuera aplastado. Sin duda es cierto que las fuerzas árabes, que en realidad estaban mal equipadas y mal coordinadas, hicieron todo tipo de declaraciones grandilocuentes sobre una victoria inminente y, por lo tanto, sobre la posibilidad de que los refugiados regresaran rápidamente a sus hogares. Pero investigaciones posteriores, en particular las de historiadores israelíes disidentes como Ilan Pappe, han reunido una gran cantidad de pruebas que indican una política sistemática de terror llevada a cabo por el nuevo Estado israelí contra la población palestina, con expulsiones masivas y la destrucción de pueblos, lo que justifica el título de la obra más conocida de Pappe: *La limpieza étnica de Palestina* (2006).

La masacre de Deir Yassin, un pueblo situado cerca de Jerusalén, en abril de 1948, perpetrada principalmente por el Irgún y el Lehi, y que supuso el asesinato a sangre fría de más de 100 aldeanos, entre ellos mujeres y niños, es la atrocidad más tristemente célebre del conflicto de 1948. De hecho, fue condenada por la Agencia Judía para Palestina y la Haganá, que atribuyeron la responsabilidad a grupos armados «disidentes». Aunque algunos historiadores israelíes siguen negando que se tratara de una masacre y no de una simple batalla⁽¹¹⁾, este suceso se

(11). Véase, por ejemplo, Eliezer Tauber, *Deir Yassin: la masacre que nunca tuvo lugar*. Menachim

presenta generalmente como una excepción que no se ajustaba a las «elevadas normas morales» de las fuerzas de defensa israelíes (una excusa que se repite constantemente en el marco de la actual ofensiva sobre Gaza). De hecho, el libro de Pappe demuestra de manera convincente que Deir Yassin fue la norma y no la excepción, ya que muchos otros pueblos y barrios palestinos -Dawayima, Lydda, Safsaf, Sasa, barrios enteros de Haifa y Jaffa, por citar solo algunos- sufrieron actos de terror y destrucción similares, aunque el número de víctimas en cada uno de ellos no fue, por lo general, tan elevado. El Irgun y el Lehi expresaron claramente su motivación para atacar Deir Yassin: no solo para tomar el control de un lugar estratégico, sino sobre todo para sembrar el pánico entre toda la población palestina y convencerla de que no tenía futuro en el Estado judío. Este ataque «ejemplar» y otros similares contra pueblos palestinos sin duda lograron su objetivo, acelerando el éxodo masivo de refugiados que temían, con razón, correr la misma suerte que los habitantes de Deir Yassin. El historiador israelí Benny Morris escribió en *The Birth of the Palestinian Refugee Problem* (El Nacimiento del Problema de los Refugiados Palestinos, 1988) que Deir Yassin «probablemente tuvo el efecto más duradero de todos los acontecimientos de la guerra al precipitar la huida de los aldeanos árabes de Palestina». La responsabilidad de la masacre tampoco puede atribuirse únicamente a las bandas de extrema derecha. La Haganá, incluidas las unidades de élite del Palmach, apoyó la operación y no hizo nada para impedir la masacre de civiles⁽¹²⁾. Lejos del frente, Ben Gurión y los dirigentes

Begin, antiguo terrorista del Irgún y más tarde primer ministro de Israel, también presentó Deir Yassin como una conquista militar totalmente legítima. Negó que se tratara de una masacre, pero admitió que, tras el ataque, «el pánico se apoderó de los árabes de Eretz Israels. La aldea de Kolonia, que anteriormente había repelido todos los ataques de la Haganá, fue evacuada durante la noche y cayó sin más combate. Beit-Iksa también fue evacuada. [...] En el resto del país, los árabes también comenzaron a huir aterrizados, incluso antes de entrar en conflicto con las fuerzas judías. [...] La leyenda de Deir Yassin nos ayudó especialmente a salvar Tiberíades y conquistar Haifa», Begin, *The Revolt*, 1977.

(12) Cabe destacar que la intervención de la aldea vecina de Givat Shaul, donde vivía un grupo de judíos haredim (ultraortodoxos) que mantenían buenas relaciones con los habitantes de Deir Yassin, fue determinante para detener las masacres. Cuando los haredim se enteraron de lo que estaba sucediendo en Deir Yassin, se apresuraron a acudir al pueblo árabe, denunciando a los tiradores sionistas como ladrones y asesinos, y exigieron -y parecen haber conseguido- el cese inmediato de la masacre. Existe una enorme brecha moral entre esta intervención y las actividades de los «sionistas religiosos» dentro del actual Gobierno israelí.

del nuevo Estado coordinaban todas las acciones militares destinadas a «neutralizar» las zonas habitadas por árabes y ampliar las fronteras del Estado judío.

Se ha debatido mucho sobre el grado de coordinación del plan destinado a expulsar al mayor número posible de árabes más allá de esas fronteras, a menudo centrado en el llamado «plan Dalet», que se presentaba como una estrategia de defensa del Estado judío, pero que sin duda implicaba precisamente el tipo de acciones «ofensivas» contra las zonas habitadas por árabes palestinos que tuvieron lugar antes y durante la invasión por parte de los ejércitos árabes. Pero el hecho de que el éxodo masivo de árabes palestinos en 1948 coincidiera exactamente con los intereses del Estado sionista queda sin duda confirmado por el hecho de que tantas aldeas destruidas (incluida la propia Deir Yassin) se convirtieron inmediatamente en colonias judías o desaparecieron, y que a los antiguos residentes nunca se les permitió regresar.

No es casualidad que la expulsión masiva de palestinos coincidiera con las terribles masacres intercomunitarias que tuvieron lugar en la India y Pakistán tras otra partición del imperio británico, o que la guerra en la antigua Yugoslavia en la primera mitad de los años noventa popularizara el término «limpieza étnica». Como predijo Rosa Luxemburgo, todo el período de decadencia capitalista ha demostrado que el nacionalismo -incluso, y quizás, sobre todo, cuando se trata del nacionalismo de un grupo que ha sufrido las persecuciones más horribles- solo puede alcanzar sus objetivos oprimiendo aún más a otros grupos étnicos o minorías.

El Estado sionista al servicio del imperialismo

El Estado de Israel nació, por tanto, con el pecado original de la expulsión de gran parte de la población árabe de Palestina. Su afirmación de que es «la única democracia de Oriente Medio» siempre ha sido contradicha por esta simple realidad: aunque ha concedido el derecho de voto a los árabes que permanecieron dentro de las fronteras iniciales del Estado de Israel, el «carácter judío del Estado» solo puede mantenerse mientras los ciudadanos árabes sigan siendo minoría; y, siguiendo la misma lógica, desde 1967, Israel gobierna sobre la población árabe de Cisjordania sin ninguna intención de concederle la ciu-

dadanía israelí. Pero, aparte de eso, la mera existencia de la más pura democracia burguesa nunca ha significado el fin de la explotación y la represión de la clase obrera, y en Israel esto se aplica no solo a los proletarios árabes, sino también a los trabajadores judíos israelíes, cuyas luchas por las reivindicaciones de clase siempre se topan con el «muro de hierro» del sindicato estatal, el Histadrut (véase más abajo). En el plano exterior, el compromiso declarado de Israel con la democracia e incluso con el «socialismo», que fueron las justificaciones ideológicas preferidas del Estado sionista hasta finales de la década de 1980, nunca ha impedido que Israel mantenga vínculos muy estrechos, incluso en materia de ayuda militar, con los régimes más manifiestamente «antidemocráticos» y abiertamente racistas, como la Sudáfrica del apartheid y la sanguinaria junta argentina -también antisemita- después de 1976. Por encima de todo, Israel siempre ha estado dispuesto a satisfacer sus propios apetitos imperialistas en estrecha colaboración con el imperialismo dominante de la posguerra: Estados Unidos. Israel participó en la aventura de Suez en 1956, liderada por las antiguas potencias imperialistas Gran Bretaña y Francia, pero después de eso se resignó a convertirse en el gendarme de Estados Unidos en Oriente Medio, especialmente durante las guerras de 1967 y 1973, que fueron en esencia guerras por poder entre Estados Unidos y la URSS por el dominio de la región.

Desde la década de 1980, Israel está cada vez más bajo el control de gobiernos de derecha que han abandonado en gran medida la vieja retórica democrática y socialista de la izquierda sionista. Bajo Begin, Sharon y, sobre todo, Netanyahu, la justificación del mantenimiento de Israel como potencia militarista y expansionista por derecho propio tiende a basarse casi exclusivamente en referencias al Holocausto y a la lucha por la supervivencia de los judíos en un mar de antisemitismo y terrorismo. Y ha habido mucho que justificar, desde la facilitación de la masacre de palestinos en los campos de refugiados de Sabra y Chatila en el Líbano por parte de las milicias falangistas en 1982 hasta los repetidos bombardeos de Gaza (2008-2009, 2012, 2014, 2021) que precedieron a su destrucción total actual. La barbarie irracional que se desarrolla hoy ante nuestros ojos en Gaza conserva su carácter imperialista, aunque, en el

contexto mundial del «sálvese quien pueda», Israel ya no sea el servidor fiable de los intereses estadounidenses que era antes.

«La resistencia antisionista»: excusas para un bando imperialista rival

Los crímenes del Estado israelí se relatan ampliamente en las publicaciones de la izquierda y la extrema izquierda capitalista. No ocurre lo mismo con las políticas represivas y reaccionarias de los regímenes árabes y las bandas guerrilleras a las que apoyan, así como de las potencias imperialistas mundiales. Durante el conflicto de 1948, también resurgieron las masacres intercomunitarias que habían marcado los años 1929 y 1936. En represalia por Deir Yassin, un convoy que se dirigía al hospital Hadassah de Jerusalén, custodiado por la Haganá pero que transportaba principalmente médicos, enfermeras y suministros médicos, fue emboscado. El personal médico y los pacientes fueron masacrados, al igual que los combatientes de la Haganá. Tales acciones revelan la intención asesina de los ejércitos árabes, que pretendían aplastar al nuevo Estado sionista. Mientras tanto, la monarquía hachemita de Transjordania, tras un acuerdo secreto con los británicos, mostró su profunda preocupación por la creación de un Estado palestino al anexionar Cisjordania y rebautizarse simplemente como Jordania. Al igual que en Egipto, Líbano, Siria y otros lugares, la mayoría de los refugiados palestinos que habían huido a Cisjordania fueron hacinados en campamentos, mantenidos en la pobreza y utilizados para justificar su conflicto con Israel. Como era de esperar, la miseria infligida a la población refugiada, no solo por el régimen sionista que la había expulsado, sino también por sus anfitriones árabes, la convirtió en un elemento altamente inestable. A falta de una alternativa proletaria, las masas palestinas se convirtieron en presa de bandas nacionalistas armadas que tendían a formar un Estado dentro del Estado en los propios países árabes, a menudo asociadas con otras potencias regionales como fuerza intermediaria: el caso de Hezbolá en el Líbano es un ejemplo evidente. En los años 1970 y 1980, el auge de la Organización para la Liberación de Palestina en Jordania y el Líbano condujo a sangrientos enfrentamientos entre las fuerzas del Estado y las bandas guerrilleras, siendo los ejemplos más conocidos

el Septiembre Negro en Jordania en 1970 y las masacres en los campos de refugiados de Sabra y Chatila en el Líbano en 1982 (perpetradas por las Falanges Libanesas con el apoyo activo del ejército israelí).

El ala izquierda del capital es perfectamente capaz de denunciar los «regímenes árabes reaccionarios» de Oriente Medio y de exponer sus frecuentes acciones represivas contra los palestinos, pero eso no ha impedido que los trotskistas, maoístas e incluso algunos anarquistas apoyaran a esos mismos regímenes en sus guerras contra Israel o Estados Unidos, ya fuera pidiendo la victoria de Egipto y Siria en la guerra de 1973⁽¹³⁾ o uniéndose a la defensa del «antiimperialista» Saddam Husein contra Estados Unidos en 1991 o 2003. Pero la especialidad de la extrema izquierda es el apoyo a la «resistencia palestina», y esto se ha mantenido constante desde la época en que la OLP proponía sustituir el régimen sionista por un «Estado democrático laico en el que árabes y judíos disfrutaran de los mismos derechos» y el Frente Democrático Popular para la Liberación de Palestina (PDLFP), más a la izquierda, hablaba del derecho a la autodeterminación de la nación hebrea, hasta las actuales organizaciones yihadistas como Hamás y Hezbolá, que no ocultan su deseo de «echar a los judíos al mar», como dijo una vez el líder de Hezbolá, Nasrallah. De hecho, la resistencia palestina «marxista» de los años 70 y 80 no dudó en llevar a cabo atentados con bombas indiscriminados en Israel y asesinar a civiles, como en 1972, cuando el grupo Septiembre Negro mató a los 11 atletas israelíes que había tomado como rehenes, o en la masacre del aeropuerto de Lod perpetrada ese mismo año por el Ejército Rojo Japonés en nombre del Frente Popular para la Liberación de Palestina. El recurso a tales métodos nunca ha molestado a los trotskistas, que a menudo invocan la excusa utilizada por el SWP tras el ataque de Hamás del 7 de octubre de 2023: «el pueblo palestino tiene todo el derecho

a responder como considere oportuno a la violencia que el Estado israelí le inflige cada día⁽¹⁴⁾».

El ala izquierda del capitalismo tampoco se preocupó por el hecho de que el «antiimperialismo» de los movimientos nacionalistas palestinos significara desde el principio la búsqueda de alianzas con otras potencias imperialistas cuyos intereses sórdidos entran en conflicto con los de Israel o Estados Unidos. Desde los esfuerzos del Muftí por obtener el apoyo del imperialismo italiano y alemán en los años 30, pasando por Yasser Arafat cortejando a la URSS o George Habash del FPLP volviéndose hacia la China de Mao, hasta el «eje de la resistencia» que une a Hamás y Hezbolá con Irán y los hutíes, sin olvidar a otros grupos de «liberación» creados directamente por regímenes como Siria e Irak, el nacionalismo palestino nunca ha sido una excepción a la regla según la cual la liberación nacional es imposible en la era de la decadencia capitalista, ya que no ofrece más que la sustitución de un amo imperialista por otro.

Pero en esta continuidad también ha habido una evolución, o más bien una degeneración adicional que corresponde al advenimiento de la fase final de la decadencia capitalista, la fase de descomposición, marcada por un claro aumento de la irracionalidad tanto a nivel ideológico como militar. La sustitución de las mistificaciones democráticas y «socialistas» en la ideología del nacionalismo palestino por el fundamentalismo islámico y el antisemitismo abierto -la carta fundacional de Hamás hace amplia y directa referencia a los *Protocolos de los Sabios de Sión*, un panfleto sobre la conspiración judía para dominar el mundo fabricado por la policía secreta zarista- refleja esta irracionalidad a nivel del pensamiento y las ideas. Al mismo tiempo, la acción del 7 de octubre, genocida en su voluntad de matar a todos los judíos que se encontraban a su alcance, pero también suicida en la medida en que solo podía provocar un genocidio aún más devastador de la propia Gaza, revela la lógica autodestructiva y de tierra quemada de todos los conflictos interimperialistas actuales.

Y, por supuesto, el auge del yihadismo va de la mano del creciente dominio

(13) Los trotskistas «ortodoxos» que publicaban *Red Weekly* (12 de octubre de 1973) afirmaban que en esta guerra «los objetivos de las clases dirigentes árabes no son los mismos que los nuestros», pero que «el apoyo al esfuerzo bélico egipcio-sirio es obligatorio para todos los socialistas»; los precursores del SWP, los trotskistas menos ortodoxos de International Socialism (n.º 63), insistieron en que, dado que Israel era el gendarme de Estados Unidos, «la lucha de los ejércitos árabes contra Israel es una lucha contra el imperialismo occidental». Véase *La guerra árabe-israelí y los bárbaros sociales de la «izquierda»* en World Revolution n.º 1, CCI.

(14) Véase en inglés en nuestra página web *The SWP justifies Hamás slaughter*, CCI (13/10/2023), citando el artículo con traducción: *Armaos con los argumentos: por qué es justo apoyar la resistencia palestina*.

de la política israelí por parte de la derecha sionista ultrarreligiosa, que reivindica el derecho divino de reducir Gaza a ruinas, envía a sus secuaces a bloquear el suministro de alimentos a Gaza y pretende sustituir a toda la población árabe palestina de Gaza y «Judea-Samaria» (Cisjordania) por colonias judías. La derecha religiosa en Israel es la cara siniestra de la manipulación que el sionismo lleva mucho tiempo haciendo de los sueños de los profetas bíblicos. Pero para marxistas como Max Beer, los mejores profetas eran producto de la lucha de clases en el mundo antiguo y, aunque sus esperanzas para el futuro estaban arraigadas en la nostalgia de una forma primitiva de comunismo, aspiraban sin embargo a un mundo sin faraones ni reyes, e incluso a la unificación de la humanidad más allá de las divisiones tribales⁽¹⁵⁾. El llamamiento de los sionistas religiosos a la aniquilación de la Gaza árabe y a la aplicación por parte del Estado de las divisiones religiosas/étnicas no hace más que demostrar hasta qué punto esos antiguos sueños han sido pisoteados en el barro bajo el reinado del capital.

Encontrar la salida del laberinto ideológico

La instrumentalización del Holocausto y del antisemitismo por parte del actual gobierno israelí es cada vez más flagrante. Cualquier crítica a las políticas de Israel en Gaza o Cisjordania, incluso cuando proviene de personalidades «respetables» como Emmanuel Macron o Keir Starmer, se asimila inmediatamente a un apoyo a Hamás. El régimen de Trump en Estados Unidos también se presenta como un adversario intransigente del antisemitismo y utiliza esta fábula para hacer pasar sus políticas represivas contra los estudiantes y académicos que han participado en manifestaciones contra la destrucción de Gaza. La oposición de Trump al antisemitismo es, por supuesto, pura hipocresía. El «movimiento MAGA» mantiene numerosos vínculos con una serie de grupos abiertamente antisemitas y fascistas, mientras que su postura «proisraelí» está alimentada en gran medida por la derecha cristiana evangélica, cuyo sistema de creencias «requiere» el regreso de los judíos a Sión como preludio del regreso de Cristo y el Armagedón. De lo que los evangélicos suelen hablar

menos es de su convicción de que, durante esos últimos días, los judíos tendrán la opción de reconocer a Cristo o morir y arder en el infierno.

Y al mismo tiempo, la izquierda antisionista, aunque insiste en que el antisionismo y el antisemitismo son dos cosas totalmente distintas y que muchos grupos judíos, tanto «socialistas» como ultrarreligiosos, han participado en manifestaciones por la «Palestina libre», echa más leña al fuego de la derecha por su incapacidad congénita para denunciar el apoyo a Hamás y, por consiguiente, el odio puro y simple hacia los judíos, inscrito en su ADN. Además, cuando la derecha insiste en el aumento del antisemitismo desde el 7 de octubre, no necesita inventarse nada, ya que efectivamente se ha producido un número creciente de ataques contra judíos en Europa y Estados Unidos, incluidos los asesinatos y tentativas de asesinato que tuvieron lugar en Estados Unidos en mayo (Washington DC) y junio (Boulder, Colorado) 2025. La derecha y el establishment sionista explotan al máximo estos acontecimientos, utilizándolos para justificar una acción más despiadada por parte del Estado israelí. Y esto, a su vez, contribuye a la propagación del antisemitismo. En 1938, Trotsky advirtió que la emigración judía a Palestina no era una solución a la ola de antisemitismo que barría Europa y que, de hecho, podía convertirse en una «trampa sangrienta para varios cientos de miles de judíos»⁽¹⁶⁾. Hoy en día, Israel tiene todo lo necesario para ser una trampa sangrienta para varios millones de judíos; y, al mismo tiempo, las políticas cada vez más mortíferas llevadas a cabo para su «defensa» han creado una nueva forma de antisemitismo que responsabiliza a todos los judíos de las acciones del Estado israelí.

Se trata de un verdadero laberinto ideológico del que no se puede salir siguiendo las mistificaciones de la derecha pro-sionista o de la izquierda antisionista. La única salida a este laberinto es la defensa sin concesiones de la perspectiva proletaria internacionalista, basada en el rechazo de todas las formas de nacionalismo y de todos los bandos imperialistas.

No nos hacemos ilusiones sobre la debilidad de esta tradición en Oriente Medio. La izquierda comunista internacional, única corriente política inter-

nacionalista coherente, nunca ha tenido una presencia organizada en Palestina, Israel u otras partes de la región. En Israel, por ejemplo, el ejemplo más conocido de una tendencia política opuesta a los principios fundacionales del Estado, el Matzpen trotskista y sus diversas ramificaciones, consideraba que su deber internacionalista era apoyar a alguna de las diferentes organizaciones nacionalistas palestinas, en particular a las versiones más izquierdistas como el PFLP. Hemos dejado claro que el apoyo a una forma «opuesta» de nacionalismo no tiene nada que ver con una verdadera política internacionalista, que solo puede basarse en la necesidad de unificar la lucha de clases más allá de todas las divisiones nacionales.

Sin embargo, la fractura social existe en Israel, Palestina y el resto de Oriente Medio, como en todos los demás países. Contra los izquierdistas que consideran a los trabajadores israelíes como simples *colonos*, como una élite privilegiada que se beneficia de la opresión de los palestinos, podemos señalar que los trabajadores israelíes han lanzado numerosas huelgas para defender su nivel de vida -que se ve continuamente erosionado por las exigencias de una economía de guerra extremadamente inflada- y a menudo desafiando abiertamente a la Histadrut. La clase obrera israelí anunció su participación en la reanudación internacional de las luchas después de 1968: durante las huelgas que estallaron en 1969, comenzó a formar comités de acción al margen del sindicato oficial. Las huelgas fueron lideradas por los estibadores de Ashdod, que fueron denunciados en la prensa como agentes de Fatah. En 1972, en respuesta a la devaluación de la libra israelí y rechazando los llamamientos de la Histadrut a hacer sacrificios en nombre de la defensa nacional, los trabajadores se manifestaron para obtener aumentos salariales frente a la sede del sindicato y libraron encarnizadas batallas contra la policía. Ese mismo año, en Egipto, especialmente en Helwan, Port Said y Shubra, estalló una oleada de huelgas y manifestaciones en respuesta al aumento de los precios y la escasez; al igual que en Israel, esto condujo rápidamente a enfrentamientos con la policía y a numerosas detenciones. Al igual que en Israel, los trabajadores comenzaron a formar sus propios

(15) Estudios sobre materialismo histórico (con traducción).

(16) León Trotsky, *Sobre el problema judío*.

Polémica con el medio político proletario

Cuando se cae en la trampa de la lucha por la democracia burguesa contra el populismo...

La idea de que las actuales movilizaciones democráticas son ambiguas o fluctuantes en su naturaleza de clase significa que podrían transformarse en movimientos proletarios. Y la Tendencia Comunista Internacionalista (TCI), entre otras peligrosas confusiones que afectan el medio político proletario no ha dudado en aceptar esta lógica oportunista, infundada y errónea, a pesar de que los dos tipos de movimientos son completamente antagónicos e incompatibles entre sí.

En agosto de 2024, incluso antes de la elección de Donald Trump para un segundo mandato presidencial, la CCI propuso a otros grupos de la Izquierda Comunista la realización de un llamamiento común⁽¹⁾ contra los intentos crecientes de la burguesía de movilizar a la población detrás de la falsa elección entre: ser oprimidos por gobiernos liberales democráticos o por gobiernos populistas de derecha. Este llamamiento tenía por objeto reforzar la denuncia de las mentiras y las falsas alternativas de la democracia burguesa, que solo la Izquierda Comunista es capaz de asumir de manera coherente e intransigente.

Lamentablemente, este llamamiento de la CCI fue rechazado por casi todos los grupos a los que iba dirigido, igualmente la mayoría de los grupos de la Izquierda Comunista rechazaron un llamado similar para una declaración internacionalista común contra la guerra imperialista en Ucrania en febrero de 2022. Hoy, un año después, el llamamiento de la CCI contra las campañas democráticas no ha perdido nada de su relevancia como expresión política de la Izquierda Comunista. Al contrario, ¡es aún más pertinente!

Seis meses después del regreso de Trump al poder, los ataques contra la clase obrera no han dejado de intensificarse: expulsiones y detenciones militarizadas masivas de trabajadores inmigrantes, recortes masivos en las prestaciones sociales y de salud, más de 150,000 puestos de trabajo suprimidos en la función pública federal... Tanto el ala «liberal» de la burguesía como los autoproclamados «socialistas» (Sanders, Ocasio-Cortez, etc.), todos ellos alineados con el Partido Demócrata, han lanzado una campaña a gran escala para movilizar a la población contra estas medidas. No, por supuesto, para movilizar a la clase obrera contra estos ataques, sino para impedir que se desarrolle tal movilización. La propaganda de los liberales y la izquierda presenta los ataques de la derecha populista no como el resultado del sistema capitalista en su conjunto, del que ellos también son responsables, sino como el resultado del desprecio populista por las reglas

democráticas, del desprecio de Trump por el «Estado de derecho», la falta de respeto por la independencia del poder judicial burgués, por el carácter sagrado de la Constitución estadounidense y por todas las demás innumerables fachadas humanitarias que ocultan la dictadura del capital sobre el trabajo. El objetivo que se perseguía era orquestar movimientos masivos de protesta, no para proponer una respuesta de la clase obrera, en el terreno de sus propios intereses de clase, contra todas las fracciones de la burguesía (tanto de derecha como de izquierda), sino para contener y desviar la revuelta hacia una defensa del Estado «democrático» contra sus desviaciones populistas. Y esto dio sus frutos.

La resistencia al régimen de Trump en Estados Unidos se ha caracterizado por las protestas patrióticas de numerosos funcionarios federales contra los despidos masivos orquestados por el Departamento de Eficiencia Gubernamental (DOGE) de Elon Musk, por la revuelta en el terreno de la «democracia» y el «Derecho» burgués contra las expulsiones masivas de trabajadores inmigrantes por parte del Servicio

de Inmigración y Control de Aduanas (ICE, por sus siglas en inglés), y finalmente por la defensa humanitaria del nacionalismo palestino contra el apoyo de Trump a la masacre de inocentes en Gaza por parte de Israel.

Y estas acciones de protesta democrática han tendido a repercutir en otros países, ya que la elección de Trump contribuyó a aumentar la polarización dentro de la burguesía de otros países entre las facciones populistas y democráticas durante el año 2025. En Corea del Sur, las facciones democráticas movilizaron enormes manifestaciones contra el intento de golpe de Estado del presidente Yoon Suk-yeol. En Turquía, multitudes masivas salieron a las calles para «defender la democracia turca» en apoyo al líder de la oposición contra los dictados autoritarios del presidente Erdogan. En Serbia también se han producido manifestaciones democráticas masivas contra la corrupción del presidente Vučić. Movimientos similares, más o menos importantes, pero que reflejan la misma motivación, han tenido lugar en la mayoría de los demás países.

¿Cuál debe ser la política de la clase obrera, única fuerza objetivamente interesada y capaz de derrocar el actual sistema social moribundo, ante estos movimientos a menudo masivos de la población? ¿Y cuál es, entonces, el papel de la fracción más avanzada de la clase obrera, cuya tarea es formular una orientación para el conjunto de la clase?

Los comunistas deben denunciar claramente los ataques tanto democráticos como populistas de la burguesía y advertir a la clase obrera del peligro de movilizarse detrás de lo que, en realidad, son luchas entre diferentes fracciones de la clase dominante. Deben llamar a los trabajadores a luchar en su propio terreno, en defensa de sus propios intereses contra la clase dominante en su conjunto. Pero, ¿qué tendencia política responde hoy a esta necesidad?

Hemos planteado la misma pregunta en nuestro Llamamiento: «¿Cuáles son las fuerzas políticas que realmente defienden los intereses de

(1) «Por un llamamiento de la Izquierda Comunista contra la campaña internacional en favor de la democracia burguesa», publicado en la página web de la CCI y enviado a todos los grupos de la Izquierda Comunista (2024).

la clase obrera contra los crecientes ataques de la clase capitalista? No son los herederos de los partidos socialdemócratas que vendieron su alma a la burguesía durante la Primera Guerra Mundial y que, junto con los sindicatos, movilizaron a la clase obrera para la masacre de varios millones de personas bajo el uniforme y en las trincheras. Tampoco los últimos apologistas del régimen “comunista” estalinista que sacrificó a decenas de millones de trabajadores por los intereses imperialistas de la nación rusa durante la Segunda Guerra Mundial. Ni el trotskismo o la corriente anarquista oficial que, salvo algunas excepciones, prestaron un apoyo crítico a uno u otro bando en esta carnicería imperialista. Hoy en día, los descendientes de estas últimas fuerzas políticas se alinean, de manera “crítica”, detrás de la democracia burguesa liberal y de izquierda contra la derecha populista para contribuir a desmovilizar a la clase obrera.

Solo la Izquierda Comunista, aunque poco numerosa, se ha mantenido fiel a la lucha independiente de la clase obrera durante los últimos cien años. Durante la ola revolucionaria obrera de 1917-23, la corriente política dirigida por Amadeo Bordiga, que entonces dominaba el Partido Comunista Italiano, rechazó la falsa elección entre los partidos fascista y antifascista, que habían trabajado conjuntamente para aplastar violentamente el impulso revolucionario de la clase obrera. En su texto “El principio democrático” de 1922, Bordiga denunció la naturaleza del mito democrático al servicio de la explotación capitalista y el asesinato.

En la década de 1930, la Izquierda Comunista denunció a las fracciones de izquierda y derecha de la burguesía, fascistas o antifascistas, que preparaban el próximo baño de sangre imperialista. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, solo esta corriente pudo mantener una posición internacionalista, llamando a la transformación de la guerra imperialista en una guerra civil de la clase obrera contra toda la clase capitalista en cada nación. La Izquierda Comunista rechazó la macabra elección entre la carnicería democrática o fascista, entre las atrocidades de Auschwitz o Hiroshima.»

Hoy en día, la corriente comunista de izquierda sigue siendo minorita-

ria y «a contracorriente» de todos esos restos políticos surgidos del período contrarrevolucionario que duró unos 50 años tras la derrota de la Revolución de Octubre. Pero, la perspectiva de una nueva ofensiva de la clase obrera contra el capitalismo mundial resurgió con la reanudación de la crisis económica capitalista abierta y el despertar masivo de la lucha internacional de la clase obrera a finales de los años sesenta. La perspectiva de la reconstitución del Partido Comunista sobre la base de las posiciones de la Izquierda Comunista volvió a plantearse.

El rechazo de estos llamamientos de la CCI por parte de la mayoría de los grupos de la Izquierda Comunista sugiere que la mayoría de los grupos de esta tradición política se encuentran en un estado de esclerosis y degeneración, incapaces de reconocer que sus propios micro partidos forman parte de una tradición más amplia, ni de percibir la importancia, para la clase obrera de hoy y del futuro, de la intransigencia en esta posición contra la democracia que la fracción italiana de la Izquierda Comunista desarrolló en los años treinta. En consecuencia, la mayoría de estos grupos son incapaces de defenderla de manera coherente dentro de la clase obrera hoy y en el futuro, y caen, en la práctica, en el discurso oportunista dominante de la izquierda.

Estos grupos han publicado en su prensa algunos artículos y volantes en respuesta a las campañas y movimientos democráticos actuales que reflejan esta confusión. Uno de ellos en particular es representativo de su visión y lo utilizaremos para poner de relieve una ilusión más general.

Tendencia Comunista Internacional: Cómo difuminar la distinción entre movimientos proletarios y movimientos de defensa de la democracia burguesa

Un artículo del 22 de julio de 2025 titulado «Como consecuencia de la crisis capitalista: manifestaciones y disturbios, y la necesidad de una expresión independiente de la clase», publicado en el sitio web de la TCI, hace balance del alcance de las movilizaciones en defensa de la democracia burguesa. Enseguida, el artículo lamenta que la clase obrera no haya sido capaz de «afirmarse como una fuerza política independiente en estas manifestacio-

nes» y propone como solución que la clase obrera retome su lucha a un nivel más alto y forme un partido comunista internacional para vincular esta lucha al derrocamiento revolucionario del capitalismo. Además, es necesaria una lucha internacionalista contra la guerra imperialista. Por el momento, nada que destacar.

En la descripción que hace el artículo de las grandes manifestaciones contra los ataques de la derecha populista en varios países durante el último año, se omite por completo el hecho de que estas se inspiraron en la campaña democrática llevada a cabo por el resto de la burguesía en los principales países capitalistas, no, por supuesto, dirigidas contra los ataques de la derecha populista contra las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera, sino contra las «prácticas antidemocráticas» del populismo. Y esta es una política que la burguesía lleva practicando desde hace al menos una década, desde que el populismo se convirtió en una tendencia política dominante al seno de los Estados burgueses. Además, el artículo parece ignorar por completo que la burguesía lleva mucho tiempo utilizando sus divisiones políticas como arma ideológica en contra de su adversario, la clase proletaria, para pacificarla, desviarla de su combate si es posible y ahogar su lucha revolucionaria en sangre, como lo demostró brutalmente en la contrarrevolución liderada por los socialdemócratas en Alemania en 1919. Sin embargo, se supone que la TCI, siguiendo la tradición de la Izquierda Comunista, ha aprendido la lección de la amenaza que la democracia representaba para el proletariado. Más adelante examinaremos esta tradición histórica de rechazo intransigente de la democracia por parte de la Izquierda Comunista.

Sin embargo, su artículo es incapaz de identificar la naturaleza burguesa de estas protestas democráticas y pasa por alto la distinción esencial que los revolucionarios deben hacer entre las protestas democráticas y los movimientos verdaderamente proletarios: «Durante el último año, hemos sido testigos de algunas de las mayores manifestaciones de las últimas décadas en varios países. Estas luchas no tenían un carácter de clase claro y variaban considerablemente en cuanto a sus principales reivindicaciones y factores desencadenantes. Pero, aunque la clase obrera no dominó estas

manifestaciones, gran parte de la clase (y en cierta medida las organizaciones obreras y las actividades de huelga) se movilizó claramente, ningún aspecto de las condiciones de vida de los proletarios se libra de la aceleración de la crisis del capitalismo. A continuación, describiremos brevemente algunas de estas manifestaciones, lo que consideramos sus limitaciones y lo que creemos que es el camino a seguir».

A continuación, el artículo relata las luchas en Corea del Sur, Grecia, Turquía, Estados Unidos y otros lugares, que demuestran que, lejos de carecer de un «carácter de clase claro», se sitúan claramente, a pesar de la presencia de numerosos trabajadores en su seno, en el terreno de la defensa de los valores democráticos burgueses contra el «autoritarismo» y la «corrupción» vinculados al auge del populismo político, y no tienen nada que ver con la defensa de los intereses propios de los trabajadores como clase⁽²⁾.

Por lo tanto, el artículo omite advertir a la clase trabajadora sobre el peligro de implicarse en estas manifestaciones. Por el contrario, sugiere que es posible hacerlas «avanzar» (¿hacia dónde?) superando sus supuestas limitaciones.

El artículo confirma este error al concluir: «En resumen, se puede decir que estas luchas están dirigidas contra la corrupción y un desarrollo cada vez más autoritario, y contra un Estado que ya no proporciona los servicios básicos ante el agravamiento de la crisis capitalista. No se trata de luchas puramente proletarias, pero está claro que en ellas participan elementos importantes de la clase obrera. Son la expresión de un descontento y una frustración generales que se acumulan bajo la superficie y que a veces deben estallar».

Las recientes luchas democráticas en diversos países demuestran que están muy lejos de ser luchas proletarias, ni siquiera «impuras». Por el contrario, muestran que el descontento general y la frustración de la población siempre son anticipados o recuperados por la burguesía y ahogados en movimientos mistificadores destinados a defender la democracia e impedir la lucha de clases, a pesar de la presencia de nu-

merosos elementos de la clase obrera en su seno.

Para ser justos con la TCI, hay que señalar que el artículo extrae las lecciones de la Primavera Árabe de 2011 en Egipto y subraya que este movimiento de masas, a pesar de las huelgas masivas en la industria textil, se ahogó en el océano contaminado de la lucha por la democracia burguesa. Pero el artículo no logra aplicar esta lección a los movimientos democráticos de 2025.

Dada la incapacidad del artículo de la TCI para advertir sobre el peligro de confundir la lucha proletaria con la lucha por la democracia, o sobre el peligro de actuar como si fuera posible convertir un movimiento en terreno burgués en una lucha proletaria, se entiende mejor por qué este grupo rechazó el llamamiento de la CCI, que anticipaba y adoptaba una posición clara contra las campañas y las luchas democráticas. Este llamamiento elimina efectivamente la posibilidad de que tales campañas puedan transformarse en movimientos de clase.

El rechazo del llamamiento por parte de los demás grupos no se debió a un desacuerdo con la letra del llamamiento, sino con su espíritu: el llamado pone de manifiesto una brecha entre la Izquierda Comunista y todas las demás tendencias políticas (desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda) e impide cualquier concesión oportunista a estas últimas.

Del mismo modo, la TCI rechazó el llamamiento internacionalista de la CCI de 2022, no porque estuviera en desacuerdo con los principales argumentos teóricos de dicho llamado, sino porque, en la práctica, la TCI pretendía que era posible crear un movimiento internacionalista contra la guerra más allá de la intransigencia de la tradición de la Izquierda Comunista: una pretensión que dio lugar al engaño de la iniciativa «Not war but the class war» (No a la guerra, sino a la guerra de clases).

Las movilizaciones democráticas no pueden ser transformadas en movimientos proletarios

La idea de que las movilizaciones democráticas actuales serían ambiguas o fluctuantes en su naturaleza de clase significaría que podrían, potencialmente, ser transformadas en movimientos proletarios. Y la TCI no ha dudado en asumir esta lógica

infundada y errónea, a pesar de que ambos tipos de movimientos son completamente antagónicos e incompatibles entre sí. El subtítulo del artículo ilustra perfectamente esta ilusión: «*De la guerra callejera a la guerra de clase*».

Otro ejemplo se encuentra en un volante (11 de junio de 2025) de su afiliado estadounidense, el *Internationalist Workers Group*, contra la ofensiva del ICE. Al tiempo que destaca que la presidencia demócrata de Barack Obama había deportado a más inmigrantes que Trump, el volante afirma: «*Los trabajadores, en todas partes, deben estar preparados para defenderte a sí mismos, a sus vecinos y a sus compañeros de trabajo contra las redadas del ICE. Desde los comités de acción vecinal hasta las luchas en los lugares de trabajo, pasando por las manifestaciones masivas, la lucha debe ser liderada por la clase trabajadora utilizando su inmensa fuerza*»⁽³⁾.

Pero el volante omite mencionar que la respuesta de clase en los barrios a las redadas del ICE ya había sido saboteada con mucha antelación por el Partido Demócrata, como lo demuestran estas declaraciones de apoyo de sus representantes: «*Él [Trump] ha declarado la guerra. La democracia está siendo atacada ante nuestros ojos.*» (Gavin Newsome, gobernador de California); «*Estamos en guerra por el alma de nuestro país, por nuestra democracia.*» (Dolores Huerta, antigua líder sindical y activista por los derechos civiles); «*La protesta, llevada a cabo pacíficamente, es la base de nuestra democracia.*» (Andrew Ginther, alcalde de Columbus, Ohio); «*Defendemos la democracia, la justicia y el Estado de derecho.*» (Consejo Democrático Judío de América).

La lucha desesperada de los trabajadores inmigrantes contra las acciones militarizadas de la ICE hoy en día (una agencia que existe desde el ataque a las Torres Gemelas en 2001) ya se había puesto en marcha para defender la democracia estadounidense contra la «ilegalidad» de las medidas trumpistas y contra el desprecio populista por los «derechos humanos», contra el desprecio por las leyes y los procedimientos democráticos. Esas mismas leyes que antes ocultaban la brutalidad de las expulsiones de inmigrantes ilegales por parte de los demócratas. En

(2) Para un informe completo, leer los dos artículos siguientes: Manifestación en defensa de la democracia en Estados Unidos: *La burguesía intenta encerrar a la clase obrera en la trampa del antifascismo y Corea del Sur, Serbia, Turquía...* Los trabajadores no deben dejarse arrastrar a movilizaciones en defensa de la democracia burguesa (disponible en francés).

(3) *Contra la deportación y el imperialismo: No a la guerra, sino a la guerra de clases* (disponible en español).

otras palabras, las protestas contra el ICE hoy en día no son una lucha de clases contra los ataques del Estado capitalista a los trabajadores inmigrantes, sino una campaña a favor de la *legalidad* burguesa y la restricción por parte de la «ley» de la brutalidad contra los trabajadores inmigrantes.

Sin embargo, el volante de la TCI llama a la clase obrera a tomar las riendas de la lucha contra la ICE, a transformarla en un movimiento de clase. Esto significaría, si fuera posible en la actualidad, el rechazo de todas las divisiones y fronteras nacionales y la confrontación no solo con el rostro militarizado del Estado encarnado por la ICE, sino también con su rostro democrático alternativo y sus «derechos». En resumen, significaría un movimiento completamente diferente en un terreno de clase diferente. Esto solo sería posible si la clase obrera ya hubiera desarrollado a nivel político su propia lucha de clases por sus propios intereses. Pero, como lo reconoce el volante y el artículo de la TCI, esto aún está lejos de ser una realidad.

Sin embargo, ni el artículo ni el volante mencionan las luchas salariales de los trabajadores a escala internacional durante el último año y desde 2022 (incluido en los Estados Unidos), que se han desarrollado en un terreno de clase, que se distinguen claramente de las campañas y movimientos democráticos, y que constituyen la única base para la futura lucha política completamente diferente del proletariado como movimiento autónomo.

Una repetición de otros errores oportunistas como los cometidos en el movimiento Black Lives Matter

Lamentablemente, el volante y el artículo de la TCI no son un error aislado, sino una repetición de otros errores importantes cometidos por los grupos de la Izquierda Comunista, como el de la TCI (¡otra vez!) que imaginó que los disturbios y manifestaciones de «Black Lives Matter» contra el asesinato de George Floyd por la policía, que estallaron en 2020 durante el primer mandato de Trump, eran un movimiento de la clase obrera: «*En 1965, al igual que en 2020, la policía mata, y la clase responde desafiando el orden social corrupto por el que asesina. La lucha continúa*»⁽⁴⁾.

(4) Sobre Minneapolis: Brutalidad policial y lucha de clases (disponible en inglés).

La TCI añadió que el movimiento «*no va lo suficientemente lejos*» y que no debería apoyar al Partido Demócrata. Pero, eso no tiene sentido si el movimiento ya va en la dirección equivocada⁽⁵⁾. Tiene aún menos sentido si se tiene en cuenta que los izquierdistas, los especialistas en afirmar que las movilizaciones democráticas pueden, de hecho, «*ir más lejos*», ya ocupan por completo ese terreno político burgués y no necesitan en absoluto la ayuda de grupos comunistas de izquierda descarriados.

Al igual que en el artículo sobre las luchas democráticas actuales, la TCI declaraba entonces de manera perentoria, sin preocuparse por la situación concreta de la clase obrera, que «*la rebelión urbana debe transformarse en revolución mundial*».

Orígenes e historia de este piadoso deseo oportunista sobre las movilizaciones democráticas

El llamamiento de la CCI contra las campañas democratistas se basa en el importante logro de la fracción italiana *Bilan* en los años 1930, para la cual las «luchas democráticas» y la «lucha proletaria» son antagónicas, y cualquier confusión sobre esta cuestión resulta fatal.

La posición de *Bilan* puede resumirse así: Las experiencias «democráticas» desde 1918 han demostrado que la defensa de la democracia es una negación de la lucha de clases, sofoca la conciencia del proletariado y conduce a su vanguardia a la traición; «*El proletariado encuentra, por el contrario, la razón de su misión histórica en la proclamación de la falsedad del principio democrático, en su propia naturaleza y en la necesidad de suprimir las diferencias de clase y las clases mismas*» (Fascismo - Democracia: Comunismo; *Bilan* nº 13 -noviembre-diciembre de 1934).

La mayoría de *Bilan* defendió entonces esta oposición de principio contra la ideología democrática a costa de una escisión con una minoría de la fracción que la abandonó y partió a combatir a España en 1936, con la ilusión de que el conflicto militar del ala republicana democrática contra el ala fascista de la burguesía era el precursor de una revolución proletaria, en lugar de, como demostró la realidad, la preparación de la masacre de la clase obrera en una guerra impe-

rialista. La minoría de *Bilan* confirmaba así en la práctica la posición de Vercesi según la cual la defensa de la democracia conduce a la vanguardia proletaria a la traición. En los años treinta, el rechazo del antifascismo, es decir, el rechazo de la defensa de la democracia burguesa, era la prueba decisiva de una tendencia comunista⁽⁶⁾.

Cabe señalar que, sin tener que renegar de su intervención junto a los republicanos en España, los miembros de esta minoría de *Bilan* se integraron más tarde en el Partido Comunista Internacionalista (PCInt), antecesor de todos los grupos de la Izquierda Comunista que rechazaron el llamamiento de la CCI contra las campañas democráticas.

El PCint se fundó en 1943 en Italia como partido internacionalista de la izquierda italiana, pero era muy heterogéneo en el plano político. Muchos militantes que no habían roto con las posiciones frentistas y antifascistas se unieron a este nuevo partido. Los propios fundamentos sobre los que se creó el partido contenían todo tipo de ambigüedades, lo que significaba que el partido constituía una regresión política con respecto a las posiciones de la Fracción antes de la guerra, las posiciones de *Bilan*. Aunque se mantuvo en el campo proletario en sentido general, el PCint no logró distanciarse de las posiciones erróneas de la Internacional Comunista, por ejemplo, sobre la cuestión sindical y la participación en las campañas electorales.

Solo el grupo de la Izquierda Comunista de Francia supo, durante ese período, mantener una posición intransigente contra la democracia burguesa y continuar la labor política de *Bilan* después de la Segunda Guerra Mundial⁽⁷⁾.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, el PCInt desarrolló una actitud ambigua hacia los grupos de partisans antifascistas en Italia —totalmente alineados con la guerra imperialista junto a los Aliados— que, debido a la presencia de trabajadores entre ellos, pensaba que podía de alguna manera unir a la revolución proletaria gracias a la participación del PCInt en sus filas⁽⁸⁾.

(6) Véase el folleto de la CCI «*La Izquierda Comunista italiana 1926-1945*», en particular el capítulo «*1933-1939: Balance, etapas importantes en el camino hacia la derrota*».

(7) Para más información sobre este grupo del que proviene directamente la CCI, véase: *Los orígenes de la CCI y del BIPR, I - La Fracción italiana y la Izquierda Comunista de Francia. Revista Internacional* nº 90. Tercer trimestre de 1997.

(8) *Las ambigüedades sobre los «partisans» en la constitución del Partido Comunista Internacio-*

(5) Para un informe completo, leer: *Los grupos de la Izquierda Comunista frente al movimiento Black Lives Matter: una incapacidad para identificar el terreno de la clase obrera*.

Contribución a una historia del movimiento obrero en Egipto

Después de Senegal y Sudáfrica, abordaremos en una nueva serie la historia del movimiento obrero en Egipto. Esta nueva contribución persigue el mismo objetivo principal que las anteriores: aportar elementos que atestigüen la realidad viva de la historia del movimiento obrero africano a través de sus luchas contra la burguesía⁽¹⁾

El surgimiento de la clase obrera en Egipto

Con los inicios del desarrollo del capitalismo en Egipto, el proletariado manifiesta su presencia en las primeras concentraciones industriales del país. Como señala el autor Jacques Couland:

«Se sabe que Egipto fue uno de los primeros (de la región) en orientarse hacia el capitalismo. Tal es al menos la apreciación general sobre la experiencia de Muhammad Ali en la primera parte del siglo XIX. Habría entonces un desfase entre la precocidad de los primeros intentos de crear nuevas relaciones de producción y el acceso a formas de organización significativas de una toma de conciencia de las nuevas relaciones sociales que de ello se derivan. Algunos autores sitúan la aparición de la clase obrera egipcia en los monopolios industriales estatales creados por Muhammad Ali. arsenales, astilleros, hilanderías y talleres de tejido reunieron a unos treinta mil trabajadores en un Egipto cuya población se estimaba entonces en menos de tres millones de habitantes. (...) De entre estimaciones a menudo contradictorias, retengamos la más precisa que marca el fin de una etapa. Se estima que la mano de obra urbana empleada era de 728 000 personas, es decir, el 32% de la población urbana (2 300 000 habitantes); a ello se suman, en el campo, 334 000 empleos no agrícolas. La industria, la artesanía y la construcción ocupaban a 212 000 trabajadores urbanos (29% de los empleos urbanos) y a 23 000 en el campo. Según otra estimación, la concentración más importante era la de los ferrocarriles, con unos veinte mil trabajadores, de los cuales una cuarta parte eran extranjeros.»⁽²⁾

El proceso que condujo al surgimiento y luego al desarrollo de las fuerzas productivas en Egipto en la segunda mitad del siglo XIX vio a la clase obrera constituir hasta un tercio de la población urbana, especialmente como consecuencia del traslado de parte de la producción algodonera desde Estados Unidos hacia Egipto, mientras la guerra civil perturbaba la economía estadounidense. Parece que la formación de una parte de la clase obrera en este país se remonta a los monopolios industriales estatales bajo el antiguo régimen semi feudal de Muhammad Ali.

La numerosa mano de obra en la construcción (puertos, ferrocarriles, muelles) y la industria tabacalera, incluía una proporción importante de europeos contratados directamente por las empresas industriales europeas. Esto se confirmará posteriormente en la cronología de los enfrentamientos de clase entre la burguesía y la clase obrera, donde una minoría de obreros de origen europeo, anarquistas o socialistas, desempeñó un papel importante en la politización y el desarrollo de la conciencia dentro de la clase obrera egipcia.

Una minoría precursora del movimiento obrero egipcio

Esta surge de la expansión del capitalismo, como indica la siguiente cita:

«Presentar un panorama de la historia del radicalismo en el Egipto de principios del siglo XX exige no limitarse a las redes árabes ni expresarse únicamente en árabe. El Cairo y Alejandría eran ciudades cosmopolitas, multiétnicas y multilingües, y el socialismo y el anarquismo encontraron muchos simpatizantes entre las comunidades mediterráneas inmigrantes. Uno de los grupos más

activos era una red de anarquistas compuesta sobre todo (aunque no exclusivamente) por trabajadores e intelectuales italianos, cuyo ‘cuartel general’ estaba en Alejandría, pero que tenía contactos y miembros en El Cairo y otros lugares.»⁽³⁾

En Egipto también existían otras corrientes del movimiento obrero no anarquistas:

«Cabe recordar que desde principios de siglo se observan grupos socialistas armenios, italianos, griegos, aunque aislados, con la aparición de tendencias bolcheviques en su seno hacia 1905. Se sabe que en 1913 Salamat Musa publicó un opúsculo titulado «Al-Ishtirakiya» ('El Socialismo'), que se asemeja, pese a vacilaciones teóricas, al fabianismo. Pero el marxismo también llegó a estas costas. Las investigaciones permitieron encontrar un artículo anónimo publicado en 1890 en «Al-Mu'ayyid» bajo el título La Economía Política, que denota un buen conocimiento de los trabajos de Marx. Aunque este hito merece mencionarse solo como curiosidad, no ocurre lo mismo con el libro de un joven maestro de Mansurah, Mustafa Hasanayni: 'Tarikh al-Madhab al-Ishtirakiyah' ('Historia de los principios socialistas'), hallado en 1965 y cuya fecha de publicación también es 1913; su documentación es más amplia y precisa (cuadros de influencia de los distintos partidos socialistas); la asimilación del marxismo es más evidente, como se desprende del programa a largo plazo propuesto para Egipto.»

Así, junto a las corrientes anarquistas, existían otras corrientes o individuos de izquierda marxista, algunos influenciados por el partido bolchevique. Es probable que muchos de ellos estuvieran entre quienes decidieron abandonar el PSE (Partido Socialista Egipcio) para formar el PCE (Partido Comunista Egipcio) y adherirse a la III Internacional en 1922. De este modo, se reunían las condiciones para la participación del proletariado

(1) (véase Contribución a una historia del movimiento obrero en África, Revista Internacional, N.º 145, segundo trimestre de 2011).

(2) Jacques Couland, *Histoire syndicale et ouvrière*

égyptienne

, en René Gallissot «Mouvement ouvrier, communisme et nationalismes dans le monde arabe». Editions ouvrières, Paris 1978.

(3) Ilham Khuri-Makdisi: *Intellectuels, militants et travailleurs: La construction de la gauche en Égypte, 1970-1914*, Cahiers d'histoire, Revue d'histoire critique, 105-106, 2008.

egipcio en la ola de luchas revolucionarias de los años 1917-23.

Fue en este contexto que los trabajadores, tanto egipcios como inmigrantes de origen europeo, participaron activamente en los primeros movimientos de lucha bajo la era del capitalismo industrial en el Egipto dominado por los europeos.

Primeros movimientos de luchas reivindicativas (1882-1914)

La primera expresión de lucha reivindicativa se sitúa en un contexto donde las condiciones laborales de la clase obrera emergente, particularmente penosas, favorecieron el desarrollo de la combatividad.

Los salarios eran muy bajos y las jornadas laborales podían alcanzar hasta 17 horas diarias. Fueron los estibadores quienes, primero, dieron el ejemplo con frecuentes huelgas entre 1882 y 1900, para exigir aumentos salariales y mejoras en sus condiciones de vida. Poco a poco, otros sectores obreros se sumaron, hasta el punto de que las huelgas se volvieron permanentes durante los 15 años previos a la Primera Guerra Mundial. Más allá de los salarios y las condiciones laborales, los trabajadores luchaban por reformas que les beneficiaran, especialmente por el derecho a formar asociaciones o sindicatos para defenderse.

En 1911, los ferroviarios de El Cairo lograron, entre otros avances, fundar su propio sindicato: la «*Asociación de los trabajadores de los depósitos ferroviarios de El Cairo*». Gracias a su lucha, el proletariado egipcio consiguió reformas reales. Entre 1882 y 1914, tuvo que aprender la lucha de clases frente a la dureza de las condiciones impuestas por los capitalistas europeos, quienes controlaban los medios de producción en Egipto y también eran responsables de la contratación de mano de obra y de la organización del trabajo. Esto se tradujo en una práctica de segregación entre obreros egipcios y europeos, otorgando «ventajas» solo a los segundos, como estrategia deliberada del empresariado para dividir las luchas. Así, los movimientos huelguísticos (en 1882 y 1896) fueron iniciados por obreros egipcios. Por otro lado, en 1899 y 1900, los obreros italianos

también se declararon en huelga, pero sin los egipcios. Sin embargo, el proletariado en Egipto, consciente de su explotación, pronto manifestó su combatividad y, en ciertos momentos, su solidaridad entre trabajadores de todas las nacionalidades, como en la célebre huelga de las fábricas de cigarrillos, que unió a egipcios y europeos.

La primera expresión de lucha abierta de la clase obrera se produjo en el mismo año (1882) de la ocupación de Egipto por el imperialismo británico. Algunos historiadores han querido ver en ello una forma de resistencia al colonialismo inglés, es decir, una defensa de la «nación egipcia» como un todo, uniendo clases explotadoras y explotadas, con la clase obrera aliándose a su «burguesía progresista» (egipcia) contra el colonialismo y las fuerzas reaccionarias, en busca de una nueva nación. La historia ha mostrado los límites de esta teoría con la entrada definitiva del capitalismo en su decadencia. En realidad, la continuidad de las huelgas demostró que la clase obrera buscaba ante todo defenderse de los ataques de los capitalistas, sin importar su nacionalidad. No obstante, como lo ilustran las luchas posteriores, el proletariado egipcio no pudo evitar la penetración de ideologías nacionalistas, especialmente tras la fundación en 1907 del partido egipcio «Watani» («nacional»), que mostró claramente su intención de apoyarse en el movimiento obrero para reforzar su influencia.

En todo caso, fue en el transcurso de esta lucha que la clase obrera egipcia pudo desarrollar su propia identidad, como una clase asociada entre productores explotados, originarios o no del mismo país, de culturas diversas, incluyendo italianos, griegos, etc. En el fondo, la trayectoria de la clase obrera egipcia no difiere de la de otras fracciones del proletariado mundial, obligadas a vender su fuerza de trabajo para sobrevivir y a luchar colectivamente contra la clase explotadora.

El imperialismo británico aprovecha la guerra de 1914-1918 para romper las huelgas obreras

El estallido de la guerra sacudió las relaciones dentro de la clase domi-

nante, es decir, entre el imperialismo británico y las fracciones de la burguesía egipcia. Como potencia colonial, Gran Bretaña decidió instaurar un protectorado en Egipto a finales de 1914, imponiendo así su autoridad y sus opciones imperialistas a las fracciones de la burguesía nacional egipcia. De este modo, puso bajo estricto control a los partidos y otras organizaciones sociales (sindicatos), especialmente al Partido «Watani», muy presente en el ámbito obrero, que fue objeto de la represión, disuelto y con sus principales dirigentes encarcelados. Este partido nacionalista había sido creado en 1907 a raíz de importantes movimientos huelguísticos previos al estallido de la Primera Guerra Mundial, en los que el proletariado egipcio luchaba con firmeza contra los ritmos de producción impuestos por las empresas, especialmente aquellas en manos de europeos.

Este partido, junto con otra corriente nacionalista Wafd (delegación), desempeñó un papel central en el desvío de las luchas proletarias hacia reivindicaciones y perspectivas nacionalistas, y en el encuadramiento sindical de los trabajadores. En otras palabras, este partido logró desorientar a muchos obreros inexpertos, con escasa conciencia de clase. Para atraer mejor a los trabajadores influenciados por ideas socialistas, el líder de este partido no dudó en reivindicar ideas «laboristas», acercándose así a la derecha de la Segunda Internacional.

La clase obrera retoma la lucha tras la carnicería de 1914-1918, pero se enfrenta a los aparatos políticos de la burguesía

La instauración del estado de guerra, con su paquete de medidas represivas, tenía como objetivo impedir o reprimir las luchas. El proletariado egipcio, como otros en el mundo, fue paralizado y dispersado. A pesar de ello, algunos sectores obreros manifestaron su descontento en plena guerra, principalmente los trabajadores de las fábricas de cigarrillos de Alejandría, que se declararon en huelga entre agosto y octubre de 1917, y los de El Cairo en 1918. Pero, por supuesto, sin éxito debido al contexto especialmente represivo. Sin embargo, al finalizar la guerra, las luchas se reanudaron con más fuerza. Entre diciembre de 1918 y marzo de 1919, se produjeron numerosos movimien-

tos huelguísticos en los ferrocarriles, fábricas de cigarrillos, imprentas, etc. Estas huelgas fueron organizadas al margen del Partido Watani.

A pesar de su deseo de autonomía, los trabajadores enfrentaron al mismo tiempo la represión ejercida por la potencia colonial y al trabajo de sapa de los partidos nacionalistas (Watani y Wafd), muy influyentes dentro de la clase obrera, cuyo control se disputaban. De hecho, la clase obrera se vio obligada, por un lado, a luchar por la defensa de sus propios intereses contra el imperialismo británico que dominaba toda la sociedad, y por otro, no pudo evitar «aliarse» con los mismos nacionalistas, también víctimas de la represión colonial. Esto lo ilustra la siguiente cita:

«El anuncio del arresto (el 8 de marzo) de la delegación (Wafd) constituida para negociar con los británicos provocó una generalización de las huelgas obreras y su participación, junto con otros sectores de la sociedad, en las grandes manifestaciones que marcaron las tres últimas semanas de marzo. La huelga de transportes, relevada por acciones de sabotaje de los campesinos, contribuyó significativamente a obstaculizar los desplazamientos de las tropas británicas. En los meses siguientes, el movimiento reivindicativo y la creación de sindicatos continuaron. Gracias a su fuerza, el movimiento logró un primer éxito: la creación, el 18 de agosto de 1919, de una Comisión de conciliación y arbitraje que favoreció los primeros contratos colectivos de trabajo, aunque volvió a hacer necesario recurrir a la asesoría de abogados. La preocupación del Partido Watani (de influencia menguante) era que las intervenciones obreras, a través del Sindicato de Industrias Manuales, se limitaran a reivindicaciones nacionales, considerando que la creación de cooperativas de compra podría aliviar muchas dificultades. Pero el Wafd, que se afirmaba como fuerza política, comprendió la importancia de los sindicatos y trató de controlarlos: 'Son un arma poderosa que no debe ser subestimada', por su capacidad de movilización rápida al llamado del movimiento nacional. (...) Aunque estas rivalidades deben ser señaladas, lo que predominaba en esa época eran las tendencias favorables a la organización autónoma de los trabajadores. El centro de este

movimiento estaba en Alejandría, impulsado por una dirección mixta de socialistas extranjeros y egipcios (árabes o naturalizados como Rosenthal), que habían percibido el eco de la Revolución de octubre de 1917.» (J. Couland, Ibid.) Como se puede ver a continuación.

El eco y la influencia de la revolución de octubre de 1917 en la clase obrera egipcia

La revolución de 1917 tuvo sin duda alguna un gran impacto en el movimiento obrero egipcio, especialmente entre los elementos politizados más conscientes, que iniciaron un proceso de acercamiento a la Internacional Comunista. Y ello en un contexto de repetidas huelgas en las empresas y de luchas por el control de los sindicatos, que enfrentaban a las fracciones verdaderamente proletarias con los partidos nacionalistas egipcios, a saber, Watani y Wafd.

«En torno a una federación constituida inicialmente por los sindicatos de cigarrillos, sastres e imprentas a partir de 1920, y no sin algunos retrocesos, se constituyó finalmente en febrero de 1921 una Confederación General del Trabajo (CGT) que agrupaba a 3000 miembros. (Más tarde, ese mismo año) se fundó el Partido Socialista Egipcio (PSE). La CGT se afirmó como miembro de la Internacional Sindical Roja, mientras que el propio PSE decidió adherirse a la Internacional Comunista en julio de 1922 y se transformó en el Partido Comunista Egipcio (PCE) en enero de 1923. La escisión de un grupo de intelectuales, entre los que se encontraba Salamat Mussa, que se oponían a esta evolución, no afectó al carácter nacional egipcio del PCE, cuyos miembros se estimaban en 1500 en 1924.» (J. Couland, Ibid.)

La transformación del PSE en PCE y la adhesión de la CGT a la Internacional Sindical Roja fueron elementos de clarificación y decantación dentro del movimiento obrero egipcio. De hecho, esto condujo, por un lado, a la instalación de una mayoría de obreros al frente de la dirección de la CGT y del PCE y, por otro, a la reafirmación de la fracción de derecha del PSE, que adoptó posiciones reformistas y nacionalistas en oposición a la Internacional Comunista. A partir de entonces, se estableció la lucha entre las fuerzas revolucionarias interna-

cionalistas y las fuerzas reformistas, acompañadas por el capital nacional egipcio. Por otra parte, durante el período de decantación, los dos partidos nacionalistas Watan/Wafd decidieron crear sus propios sindicatos con el fin de competir y oponerse frontalmente a los sindicatos afiliados a la Internacional Sindical Roja. Y con el mismo objetivo, llevaron a cabo violentas campañas contra las organizaciones obreras comunistas, como lo demuestra la declaración de Fahmi (líder sindicalista de este movimiento) ante un grupo de obreros: «*Hay que desconfiar del comunismo, cuyo «principio» es «la ruina (y) el caos del mundo».* Mientras que el partido Wafd, en su breve presencia en el poder en 1924, tomó inmediatamente medidas de guerra contra el PCE y la CGT:

«La CGT, que abandona el reformismo parlamentario, está muy activa. Dirige decenas de huelgas, pero no solo en empresas extranjeras; las empresas egipcias tampoco se libran. Las ocupaciones de fábricas, cuyo ejemplo había dado los ferroviarios y los trabajadores del transporte público antes de la guerra, son frecuentes. Este movimiento no puede dejar indiferentes a los capitalistas egipcios, cuya organización se concreta aún más con la creación del Banco Misr en 1920 y la Federación de Industrias en 1922. Tampoco lo es el Wafd, llevado triunfalmente al poder por los votantes y que se instala en el Gobierno el 28 de enero de 1924. La primera medida consiste en prohibir por la fuerza el congreso convocado para los días 23 y 24 de febrero de 1924 en Alejandría por el PCE. La segunda fue utilizar las ocupaciones de fábricas para intentar acabar tanto con la CGT como con el PCE. La evacuación de las fábricas se logró el 25 de febrero en la empresa de aceites Egoline de Alejandría y, con más dificultad, los días 3 y 4 de marzo en las fábricas Abu Sheib de Alejandría. No obstante, a principios de marzo, esto sirvió de pretexto para una oleada de detenciones de líderes comunistas y sindicales, todos ellos egipcios, así como para registros y confiscaciones de documentos. Los militantes fueron acusados de disuadir, entre el 10 de octubre de 1923 y el 1 de marzo de 1924, ideas revolucionarias contrarias a la Constitución, de incitar al crimen y a la agresión contra los empresarios.

Su juicio se celebró en septiembre de 1924 y varios de ellos fueron condenados a duras penas» (J. Couland, Ibíd.).

Este episodio represivo supuso en realidad un punto de inflexión en la relación de fuerzas entre la clase obrera y la burguesía a favor de esta última, tanto dentro como fuera del país. De hecho, en el propio Egipto, debido a su combatividad en respuesta al deterioro de sus condiciones de vida, el proletariado egipcio acabó coaligando en su contra, por un lado, a los partidos nacionalistas (*Watan/Wafd*) y, por otro, a toda la burguesía egipcia e inglesa, que sufrió los embates de las huelgas durante ese periodo. En el exterior, la contrarrevolución ya estaba en marcha desde 1924. Desde entonces, la clase obrera egipcia, incapaz de apoyarse en organizaciones verdaderamente proletarias, ni en la Tercera Internacional, que no hizo más que sufrir derrota tras derrota a lo largo del período contrarrevolucionario, tanto bajo el dominio colonial británico como bajo el reinado de la burguesía egipcia que se había vuelto «independiente» (en 1922).

La Tercera Internacional frente al movimiento obrero egipcio en los años veinte

Hemos visto que la vanguardia de la clase obrera egipcia en formación, que luchaba en condiciones de vida muy difíciles, acabó acercándose al movimiento obrero internacional al adherirse a la Internacional Comunista y romper así con los elementos reformistas y nacionalistas del antiguo partido (PSE). En este periodo en el que la clase obrera, enfrentada a condiciones de vida muy difíciles, comenzaba a forjarse una identidad de clase, la Tercera Internacional se embarcó en un rumbo oportunista, especialmente en su política con los nuevos partidos comunistas de Oriente y Medio Oriente. El congreso de Bakú constituyó un trágico ejemplo de ello, que supuso un claro retroceso del espíritu internacionalista proletario y, en consecuencia, un avance flagrante del oportunismo, como ilustra la siguiente cita:

«Los hermosos discursos del congreso, así como las declaraciones de solidaridad entre el proletariado europeo y los campesinos de Oriente, a pesar de muchas cosas correctas sobre la necesidad de los soviets y la

revolución, no bastaban para ocultar el rumbo oportunista hacia un apoyo indiscriminado a los movimientos nacionalistas: 'Hacemos un llamamiento, camaradas, a los sentimientos guerreros que animaron a los pueblos de Oriente en el pasado, cuando estos pueblos, liderados por sus grandes conquistadores, avanzaron sobre Europa. Sabemos, camaradas, que nuestros enemigos dirán que invocamos la memoria de Gengis Kan y la de los grandes califas conquistadores del islam. Pero estamos convencidos de que ayer (en el congreso, -nota del editor) sacasteis cuchillos y revólveres no con el objetivo de conquistar, no para convertir Europa en un cementerio. Los blandisteis, junto con los trabajadores de todo el mundo, con el objetivo de crear una nueva civilización, la del trabajador libre' (palabras de Radek). Y el manifiesto de este congreso añade en conclusión una exhortación a los pueblos de Oriente para que se unan a la primera guerra santa real, bajo la bandera roja de la Internacional Comunista» (Los comunistas y la cuestión nacional, parte 3. Revista Internacional N.º 42).

Este llamamiento, lanzado desde Bakú a todo Oriente para «levantarse como un solo hombre» bajo la bandera de la Internacional, reintrodujo por la ventana el panislamismo que había sido expulsado por la puerta en el segundo Congreso de la Internacional y resurgió, precedido en ello por el «Tratado de amistad y fraternidad» firmado en 1921 entre la URSS y Turquía, mientras el gobierno de Mustafá Kemal masacraba a los comunistas turcos (Los comunistas y la cuestión nacional, parte 3. Revista Internacional N.º 42).

Las consecuencias fueron dramáticas: «Los resultados de todo este oportunismo fueron fatales para el movimiento obrero. Con la revolución mundial sumida en una derrota cada vez más profunda y el proletariado ruso agotado y diezmado por el hambre y la guerra civil, la IC se convirtió cada vez más en el instrumento de la política exterior de los bolcheviques, que se encontraban a sí mismos en el papel de administradores del capital ruso. La política de apoyo a las luchas de liberación nacional, que había sido un error muy grave del movimiento obrero, se había transformado a finales de los años veinte en una estrategia impe-

rialista de una potencia capitalista» (Los comunistas y la cuestión nacional, parte 3. Revista Internacional N.º 42).

De hecho, en los años que siguieron al congreso de Bakú y a lo largo de la década de 1930, la Tercera Internacional aplicó orientaciones nefastas y contradictorias hacia las colonias, siempre inspiradas en la defensa de los intereses estratégicos del imperialismo ruso. En pocas palabras, tras este congreso, la orientación general era: «*En las colonias y semicolonias, los comunistas deben orientarse hacia la dictadura del proletariado y del campesinado, que se transforma en dictadura de la clase obrera. Los partidos comunistas deben inculcar por todos los medios a las masas la idea de la organización de los soviets campesinos.* (...)»

«El proletariado internacional, cuya única patria es la URSS, baluarte de sus conquistas y factor esencial de su liberación internacional, tiene el deber de contribuir al éxito de la construcción del socialismo en la URSS y de defenderla contra los ataques de las potencias capitalistas por todos los medios». (Tesis del VI Congreso, 1928)

«En diferentes países árabes, la clase obrera ha desempeñado y sigue desempeñando un papel cada vez más importante en la lucha por la liberación nacional (Egipto, Palestina, Irak, Argelia, Túnez, etc.). En diferentes países, las organizaciones sindicales de la clase obrera ya se están constituyendo o se están restableciendo tras su destrucción, aunque la mayoría de ellas están en manos de los nacional-reformistas. Las huelgas y manifestaciones obreras, la participación activa de las masas obreras en la lucha contra el imperialismo, el alejamiento de algunos sectores de la clase obrera de los nacional-reformistas, todo ello indica que la joven clase obrera árabe ha emprendido el camino de la lucha para cumplir su papel histórico en la revolución antiimperialista y agraria, en la lucha por la unidad nacional»⁽⁴⁾.

Este curso oportunista no era otra cosa que la contrarrevolución estalinista en marcha en Oriente. En este contexto, tras el congreso de Bakú, la clase obrera egipcia tuvo que lu-

(4) «*Les Tâches des communistes dans le Mouvement national*», en *La Correspondance internationale*, N.º 1, 4 enero 1933, publicado por René Gallissot, Ibid.

char por la defensa de sus intereses de clase, mientras su vanguardia era masacrada por los nacionalistas egipcios en el poder (Wafd) sin ninguna reacción por parte de la IC, ya prisiónera de su política de apoyo a los movimientos nacionalistas orientales y árabes.

Pero Stalin tuvo que cambiar de estrategia cuando muchos partidos nacionalistas árabes escaparon a su control y se acercaron cada vez más a las potencias imperialistas rivales (Inglaterra, Francia). A partir de entonces, la IC decidió denunciar el «nacional-reformismo» en las filas de la burguesía árabe, encarnado especialmente por el partido Wafd. Este fue denunciado por la IC por «trai-ción», ¡por haber suprimido la consigna «independencia (nacional)!»!

De hecho, esta «directiva» de la III Internacional se dirigía al PC egipcio y al «Sindicato Rojo», ordenándoles que aplicaran esta «enésima nueva orientación» para disputar a los traidores «nacionales» aliados del «imperialismo inglés» el control de los sindicatos egipcios.

El impacto cruzado del nacionalismo transmitido por la degenerada III Internacional

Esta situación confirma también que los sindicatos se habían convertido en auténticos instrumentos de control de la clase obrera al servicio de la burguesía. En otras palabras, entre el Congreso de

Bakú y el final de la Segunda Guerra Mundial, la clase obrera egipcia, aunque combativa, estaba literalmente desorientada, zarandeada y controlada por las fuerzas contrarrevolucionarias estalinistas y nacionalistas egipcias.

La degenerada IC se puso exclusivamente al servicio del imperialismo ruso, apoyando y difundiendo sus proyectos y políticas imperialistas y consignas como «clase contra clase», «frente de cuatro clases», etc. Las consecuencias de esta orientación y, más en general, de la contrarrevolución estalinista, tuvieron un impacto profundo y duradero en la clase obrera, tanto en Egipto como en el resto del mundo, sumándose al veneno del nacionalismo de las luchas de «liberación nacional», en las que las luchas obreras se desviaron durante mucho tiempo. El proletariado egipcio es muy representativo de esta situación, ya que desde mediados de los años veinte sus filas están infestadas de un gran número de agentes estalinistas encargados de aplicar orientaciones contrarrevolucionarias. Esta misma «doctrina» fue aplicada al pie de la letra por los estalinistas egipcios, que calificaban sistemáticamente de «lucha de liberación nacional» (o «anti-imperialista») cualquier movimiento huelguístico más o menos importante en una empresa «extranjera» (dirigida por un europeo) durante el periodo colonial. Por su parte, desde los años 1920/1930, los partidos nacionalistas egipcios (*Wafda y Watani*), con su estrategia de conquista del poder, empujaban a los trabajadores a la huelga sobre

todo contra las empresas extranjeras implantadas en Egipto, al tiempo que intentaban evitar a las empresas nacionales, con mayor o menor éxito según los casos. Más significativo es el hecho de que algunos historiadores no dudaron en asimilar a luchas de «liberación nacional» los movimientos de huelga que tuvieron lugar al mismo tiempo que los levantamientos nacionalistas contra la ocupación inglesa (1882, 1919 y 1922). De hecho, los trabajadores salieron a la lucha ante todo contra el deterioro de sus condiciones de trabajo y de vida, antes de que su lucha se desviara inmediatamente hacia reivindicaciones nacionalistas, no sin resistencia por parte de algunos de ellos.

Desde la creación del primer sindicato (reconocido) por los ferroviarios en 1911, la burguesía siempre ha intentado (y a menudo lo ha conseguido) controlar eficazmente a la clase obrera para alejarla de su condición de clase explotada y revolucionaria. Así, tras su creación en 1907, el partido Wattman se introdujo en las filas obreras y logró hacerse aceptar como nacionalista y «laborista», apoyándose en los sindicatos, antes de que otras organizaciones burguesas (liberales, islamistas, estalinistas) se sumaran a esta empresa. Sin embargo, a pesar de la obstinación de la burguesía por impedirle luchar en su terreno de clase, la clase obrera siguió luchando, aunque con enormes dificultades. Esto es lo que veremos en la continuación de este artículo.

Lassou (enero de 2025)

Viene de la pág. 6

¿Nos dirigimos hacia una tercera guerra...

blemente atrapados en reivindicaciones de cambio democrático. Y también en este caso hemos visto cómo la TCI ha perdido la cabeza y se ha quedado rezagada respecto a estos movimientos. El artículo de este número de la Revista Internacional, «Cuando se cae en la trampa de la lucha por la democracia burguesa contra el populismo», nos da varios ejemplos⁽⁸⁾.

(8) Véase también el artículo publicado por la TCI: «Declaración sobre las manifestaciones en Nepal» [solo en inglés], firmado por el NWBCW South Asia, en el que se ofrece a los jóvenes nepalíes la perspectiva de «llevar a cabo una lucha política y violenta y apoderarse de las fábricas, los recursos alimentarios, los recursos energéticos, los transportes y las armas».

Estas movilizaciones —a las que se suman las grandes manifestaciones «No Kings» contra Trump en Estados Unidos, que reunieron aún más abiertamente a millones de personas bajo la bandera de la defensa de la democracia burguesa contra el autoritarismo— demuestran el peligro que representa la situación actual para la clase obrera, que corre el riesgo de ser arrastrada hacia un falso terreno, y la importancia central de las luchas defensivas de la clase obrera, de las reacciones a la crisis económica en el terreno proletario, ya que estas luchas son la base indispensable para que la clase obrera se reconozca como una

fuerza social distinta, como una clase para sí misma. Y esto es, a su vez, el único punto de partida para que la clase obrera sea capaz de plantear el problema de la lucha contra el sistema capitalista en su conjunto, con sus guerras, su represión, sus pandemias y su devastación ecológica. En suma, para desarrollar su propia perspectiva revolucionaria autónoma y mostrar así el único camino a seguir para todos los sectores de la población oprimidos y empobrecidos por el capitalismo en descomposición.

Amos, noviembre de 2025

Viene de la pág. 8

Presentación de 26º Congreso de la CCI

la extrema gravedad de lo que está en juego para la humanidad, no deberían ser factores desalentadores. Al contrario, es importante que la conciencia sobre estos problemas se convierta en la determinación de liderar la lucha contra el capitalismo. Este era el estado de espíritu que animaba a Marx, como lo demuestra una carta a Johann Philipp Becker: «Siempre he observado que todas las naturalezas verdaderamente forjadas, una vez que han emprendido el camino revolucionario, obtienen constante-

mente nueva fuerza de la derrota y se vuelven cada vez más resueltas a medida que el río de la historia las lleva más lejos.»

Este es el estado de espíritu que animó a los militantes que ya estaban presentes cuando se fundó la CCI o que se le unieron más tarde y que, décadas después, siguen presentes en nuestra organización a pesar de las dificultades encontradas. Esta generación, evidentemente, se irá disminuyendo y le corresponde a

ella transmitir su experiencia a los militantes más jóvenes que tendrán que tomar el relevo para constituir el puente hacia el partido del futuro, un poco a imagen de las fracciones del pasado, destacándose la Izquierda Comunista de Italia. Y en el legado que hay que transmitir, junto a los principios, los análisis y las lecciones elaboradas a lo largo de décadas de actividad política, ocupa un lugar destacado esta mentalidad militante.

CCI, noviembre de 2025

Viene de la pág. 19

Informe sobre la lucha de clases...

Muchos de estos grupos han reclutado con éxito entre los jóvenes, un eco atenuado de lo que ocurrió tras los combates de mayo-junio de 1968 en Francia.

No hay duda de que el papel de los sindicatos y de la izquierda del capital continuará en el período venidero.

El peso de la descomposición y la instrumentalización de sus principales manifestaciones por parte de la burguesía

Como hemos mencionado anteriormente, en los debates ha surgido la idea de que las luchas actuales de la clase podrían permitir retrasar los efectos de la descomposición, o que la descomposición debilita la capacidad de la burguesía para contraatacar a la clase obrera. Tales argumentos cuestionan la idea de que la descomposición no favorece la lucha de la clase obrera. El miedo, el repliegue y la desesperación provocados por la generalización de la barbarie bélica; el nihilismo, la atomización, la irracionalidad del pensamiento generados por la ausencia de futuro y la destrucción de las relaciones sociales, son numerosos obstáculos para el desarrollo de una lucha colectiva, unida y solidaria, y para la maduración del pensamiento.

Pero también vemos cómo la burguesía utiliza los productos de su propia descomposición contra el desarrollo de las luchas obreras, en particular:

- Las campañas contra el populismo y la extrema derecha, el producto

más «químicamente puro» de la descomposición, reviven la ideología ancestral del antifascismo y la defensa de la democracia. Estas campañas, que sin duda se intensificarán tras la victoria de Trump en las elecciones estadounidenses, tienen la doble ventaja de persuadir a los trabajadores de que antepongan la defensa de la ilusión democrática a la lucha por sus propios intereses de clase «egoístas», y de contrarrestar la amenaza de la unidad de clase al arrastrar a diferentes sectores de la clase obrera detrás de los bandos capitalistas rivales.

- Esta estrategia de división también se encuentra en las diferentes formas de «guerras culturales», que aprovechan el conflicto entre los «woke» y los «anti woke» en torno a numerosas cuestiones (género, migración, medio ambiente, etc.), así como en torno a los conflictos cada vez más violentos entre los partidos políticos.

- El desarrollo de campañas antiinmigración por parte de los partidos de derecha y extrema derecha tiene como objetivo instigar un ambiente de pogromo, convirtiendo a los migrantes y extranjeros en chivos expiatorios y haciéndolos responsables del descenso del nivel de vida. Este tipo de veneno ideológico solo puede contrarrestarse con la capacidad de la clase para forjar su unidad y solidaridad frente a los ataques materiales a los que se enfrentan todos los proletarios. La situación también estará marcada por revueltas de las capas intermedias y por

movimientos interclasistas, que la burguesía utilizará para desnaturalizar las luchas y el proceso de reflexión.

La necesidad de que el proletariado reaccione en su propio terreno de clase

Ante este enorme asalto ideológico, la única respuesta posible desde el punto de vista del proletariado debe ser:

- La recuperación de las lecciones de las luchas pasadas que puedan poner de manifiesto el papel saboteador de los sindicatos y de la izquierda y preparar el terreno para las luchas autoorganizadas y unificadas de una fase superior de la ruptura.

- El desarrollo, en el marco de las luchas abiertas y en torno a ellas, de la toma de conciencia del proletariado como clase opuesta al capital, lo cual es indispensable tanto para la capacidad de la clase de defender sus reivindicaciones inmediatas como para el desarrollo de una comprensión de su misión histórica como sepulturero del capital.

No hace falta decir que la organización revolucionaria tiene un papel insustituible que desempeñar en la evolución de la conciencia en esta dirección. La capacidad de la CCI para asumir su papel depende precisamente de su capacidad para evaluar los inmensos retos a los que se enfrentará la clase obrera en las próximas décadas.

CCI, 31 de diciembre de 2024

Viene de la pág. 26

Informe sobre la crisis económica

que desaparezcan 200 000 granjas — ¡la mitad del total!). En respuesta, los gobiernos (particularmente en la UE) están impulsando una mayor industrialización de la producción animal y vegetal, acompañada del abandono de cualquier objetivo ‘verde’. Esta intensificación del productivismo agrícola, en la que el capitalismo global se lanza precipitadamente (y que es una causa principal de la destrucción ambiental), fomenta el desarrollo de zoonosis, como la que se está incubando en los Estados Unidos, que potencialmente podría tener consecuencias similares a las de la gripe española de 1918.

Finalmente, la introducción de la IA en la producción es un intento del capitalismo de aumentar el crecimiento del PIB global y revertir la disminución general de la productividad laboral durante las últimas dos décadas: «*La automatización afectará a una proporción creciente de la fuerza laboral. En las últimas dos décadas, ha reemplazado principalmente ocupaciones de habilidades medias, como operadores de máquinas, metalúrgicos y oficinistas. La automatización ahora afectará a ocupaciones de altos ingresos, como médicos, abogados, ingenieros y profesores universitarios. Aunque se crearán nuevos empleos, habrá una falta de coincidencia entre los trabajos perdidos y los trabajos recién creados.*

Esta falta de coincidencia podría prolongar el período de desempleo para muchos trabajadores...»⁽¹⁴⁾ «*La automatización podría eliminar el 9% de los empleos existentes y cambiar radicalmente alrededor de un tercio de ellos en los próximos 15 a 20 años»*⁽¹⁵⁾ El cuarenta por ciento de las horas trabajadas podría desaparecer en los países centrales. Esta “cuarta revolución industrial”, otro intento más de escapar temporalmente de las contradicciones de la sobreproducción, reduce el tamaño del mercado solvente, mientras que el aumento en la composición orgánica del capital, que corresponde a su generalización, exige una acumulación aún mayor. En última instancia, la IA solo puede reforzar aún más el callejón sin salida.

Además, el auge de la IA, que consume grandes cantidades de agua para enfriar infraestructuras a veces ubicadas en áreas áridas (¡y) y electricidad (el consumo se multiplicará por diez en los Estados Unidos para 2026), tiene enormes repercusiones ambientales. Estimula el consumo de combustibles fósiles, como en el caso de Estados Unidos, que planea aumentar la perforación en un 18%, o China, donde depende del carbón. ¡También se espera que la IA cause

escasez en ciertas regiones de los Estados Unidos!

La economía capitalista está, por tanto, cada vez más marcada por la incertidumbre, la desestabilización y el caos, la fragilidad y el debilitamiento del sistema, y el crecimiento sin fin de su crisis. La desaparición de la coordinación internacional para hacer frente a la crisis y el repliegue en el aislamiento nacional también expresan la incapacidad del capitalismo para producir nuevos motores capaces de reactivar la economía global, mientras que Estados Unidos en los años 80 y China después de 2008 aún pudieron desempeñar este papel. Debido al debilitamiento general del sistema capitalista, todos los Estados se están hundiendo en la crisis: la ausencia de mercados extra capitalistas suficientes está cambiando ahora las condiciones bajo las cuales los principales Estados capitalistas deben lograr la acumulación ampliada: cada vez más, esto solo puede lograrse, como condición de su propia supervivencia, a expensas directas de rivales del mismo rango, debilitando sus economías.

CCI

(14) «*Le monde en 2040 selon la CIA*», un libro de Laurent Barucq, p. 102

(15) Idem p 101.

Viene de la pág. 30

Siete meses de la presidencia de Trump...

Lamentablemente, una parte de la izquierda comunista, voluntariamente ciega a la realidad, cede terreno por oportunismo a los «movimientos democráticos» que se inscriben en las falsas oposiciones propuestas por la burguesía, con la falsa esperanza de convertirlos en verdaderas luchas proletarias.

Para defender sus intereses, la clase obrera deberá combatir a todas las facciones de la clase dominante y no dejarse arrastrar a una lucha que no es la suya. Desde Marx, el movimiento revolucionario rechaza la mistificación de la democracia y la igualdad en el capitalismo —ya sea liberal o populista— porque el orden burgués siempre ha estado impulsado por la explotación de clase, cimentada por la opresión

estatal. Para Marx, el sinónimo de «Libertad, Igualdad y Fraternidad» era «Infantería, Caballería y Artillería».

A la dictadura del capital, sea cual sea su forma —liberal, democrática, fascista, populista o estalinista—, la clase obrera deberá oponerse finalmente con su propia dictadura de clase, la de los consejos obreros, desplegados por primera vez durante las revoluciones de 1905 y 1917.

En conclusión, los siete meses del segundo mandato del presidente Trump han respondido perfectamente a la necesidad del capitalismo estadounidense de multiplicar las guerras, la explotación y el empobrecimiento de la clase obrera, así como la represión. La contribución particular de Trump ha sido destruir irremediablemente la

fachada de la democracia liberal estadounidense en todos los ámbitos, debilitando aún más el liderazgo imperialista estadounidense en la escena mundial y estimulando masivamente el caos capitalista, tanto dentro como fuera de sus fronteras.

El peligro presente y futuro para la clase obrera es verse arrastrada al conflicto cada vez más violento entre las alas populista y liberal de la burguesía.

Debe mantenerse autónoma en su propio terreno de clase, prosiguiendo la lucha por sus propios intereses de clase, lo que la enfrentará inevitablemente a la clase dominante en su conjunto, y no a una u otra de sus facciones rivales.

Como, 11.10.2025

Viene de la pág. 46

Antisemitismo, sionismo, antisionismo...

comités de huelga en oposición a los sindicatos oficiales.

Al mismo tiempo, los estudiantes de izquierda y los nacionalistas palestinos que comenzaron a participar en las manifestaciones obreras exigiendo la liberación de los huelguistas encarcelados hicieron «*declaraciones de apoyo al movimiento guerrillero palestino, exigiendo el establecimiento de una economía de guerra (incluida la congelación de los salarios) y la formación de una «milicia popular» para defender la «patria» contra la agresión sionista...*». Estos acontecimientos ponen de manifiesto el antagonismo total entre las luchas de clase y las «guerras de liberación nacional» en la era imperialista⁽¹⁷⁾». En 2011, durante las manifestaciones y ocupaciones callejeras contra los recortes en las ayudas sociales y el alto coste de la vida, se corearon consignas contra Netanyahu, Mubarak y Assad como enemigos comunes, mientras que otras subrayaban que tanto los árabes como los judíos sufrían la falta de viviendas dignas. También se han realizado esfuerzos para fomentar el diálogo que trascienda las divisiones entre judíos, árabes y refugiados africanos⁽¹⁸⁾. En

(17) *World Revolution 3, «La lucha de clases en Oriente Medio».*

(18) *Revueltas sociales en Israel: «Mubarak,*

2006, miles de funcionarios públicos de Gaza se declararon en huelga para protestar por el impago de sus salarios por parte de Hamás.

Todos estos movimientos revelan implícitamente la naturaleza internacional de la lucha de clases, aunque sus manifestaciones en esta región se han visto profundamente obstaculizadas durante mucho tiempo por los odios alimentados por ciclos interminables de terrorismo y masacres, y por la voluntad de las diferentes burguesías de desviar y sofocar cualquier manifestación de oposición a la violencia intercomunitaria y a la guerra entre Estados. Recientemente, en Gaza, hemos asistido a manifestaciones callejeras que pedían la dimisión de Hamás y el fin de la guerra. Poco después, se supo que el Gobierno israelí apoyaba e incluso armaba a ciertos clanes y facciones de Gaza para tomar el control de estas opiniones anti-Hamás. En Israel, un número cada vez mayor de reservistas militares no se presenta a su puesto y algunos de ellos han lanzado un llamamiento explicando por qué ya no están dispuestos a servir en el ejército. Por primera vez, pequeñas minorías cuestionan los objetivos de la guerra continua contra Hamás, no solo

porque reduce inevitablemente las posibilidades de liberación de los rehenes supervivientes, sino también por el terrible sufrimiento que infinge a la población palestina, un tema tabú en el clima de trauma colectivo creado por los acontecimientos del 7 de octubre y su manipulación deliberada por parte del Estado israelí. Pero la ideología pacifista que domina el movimiento disidente israelí constituirá un obstáculo adicional para el surgimiento de una oposición verdaderamente revolucionaria a la guerra.

No obstante, estos primeros indicios de cuestionamiento en ambos lados del conflicto muestran que los internacionalistas tienen trabajo por delante para animar a este cuestionamiento a salir de su envoltura pacifista y patriótica. Es cierto que por ahora solo podemos esperar llegar a minorías muy pequeñas, y entendemos que, dado el nivel de intoxicación ideológica en Israel y Palestina, los pasos más importantes hacia una verdadera ruptura con el nacionalismo requerirán el ejemplo, la inspiración y nuevos grados de lucha de clases en los países centrales del capitalismo.

Amos, agosto de 2025

Assad, Netanyahu: ¡todos iguales!».

Viene de la pág. 50

Polémica con el medio político proletario

Cuando el PCI se escindió en 1952, esta confusión inicial en torno a su formación no se aclaró posteriormente, ni siquiera por parte de *Battaglia Comunista* (hoy TCI), a pesar de sus críticas al bordiguismo durante la escisión. Por lo tanto, era inevitable que siguiera manifestándose esta misma actitud conciliadora hacia las luchas democráticas.

En 1989, con la caída del muro de Berlín y el colapso de los régimes del bloque del Este, *Battaglia* interpretó erróneamente la ira de la población contra el odiado régimen de Nicolae Ceausescu en Rumanía como una «*verdadera insurrección popular*», cuando en realidad la población se movilizaba detrás de la oposición más

democrática para sustituirlo. En cuanto a las reivindicaciones democráticas de las luchas obreras de la época en la propia Rusia, *Battaglia*, aunque admitió que estas reivindicaciones podían ser utilizadas por un sector de la burguesía, declaró: «*Para estas masas impregnadas de antiestalinismo y de la ideología del capitalismo occidental, las primeras reivindicaciones posibles y necesarias son las que tienen por objeto derrocar el régimen «comunista», liberalizar el aparato productivo y conquistar las «libertades democráticas»*»⁽⁹⁾.

Es claro que la ambigüedad en la práctica de estos grupos en cuanto al rechazo de

las luchas democráticas tiene una larga historia. Pero, es imperativo que la intransigencia de clase sobre este principio sea reforzada por la Izquierda Comunista, no solo para la lucha de clases de hoy, sino también para la lucha revolucionaria del mañana y para la formación de su partido de clase, que dependerá en gran medida del rechazo de cualquier conciliación con cualquiera de las formaciones políticas de la clase dominante, que explota sus divisiones para obstaculizar esta perspectiva.

Como, 8 de septiembre 2025.

nalista en Italia; Revista Internacional nº 8. Primer trimestre de 1977.

(9) *Polémica: Frente a la conmoción en el Este una vanguardia en retraso. Revista Internacional nº 62. Tercer trimestre de 1990.*

MANIFIESTO DEL 50 ANIVERSARIO DE LA CORRIENTE COMUNISTA INTERNACIONAL

Nuestra organización, la Corriente Comunista Internacional, fue fundada en enero de 1975, hace poco más de medio siglo. Desde entonces, el mundo ha sufrido importantes transformaciones

y nos corresponde presentar al proletariado un balance de este período para poder identificar las perspectivas que se le presentan hoy a la humanidad.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

CORRIENTE COMUNISTA INTERNACIONAL

Septiembre 2025 / www.internationalism.org / 0.50 € España / \$5.00 Méx. / 1 Sol Perú / 0.50 USD EE. UU. Ecuador

MANIFIESTO DEL 50 ANIVERSARIO DE LA CORRIENTE COMUNISTA INTERNACIONAL

El capitalismo amenaza a la humanidad: La revolución mundial es la única solución realista

Nuestra organización, la Corriente Comunista Internacional, fue fundada en enero de 1975, hace poco más de medio siglo. Desde entonces, el mundo ha sufrido importantes transformaciones y nos corresponde presentar al proletariado un balance de este período para poder identificar las perspectivas que se le presentan hoy a la humanidad. Estas perspectivas son particularmente sombrías. Es una realidad que se percibe cada vez más intensamente entre la población, lo que explica, en particular, el crecimiento constante del consumo de drogas de todo tipo y el aumento de los suicidios, aún entre los niños. Incluso las instancias supremas de la burguesía mundial, desde la Organización de las Naciones Unidas hasta el Fondo Monetario, están cada vez más convencidas de que el capitalismo es la única forma de desarrollo posible para el mundo.

a los estudios de televisión para exhibir sus prejuicios, su incompetencia y sus mentiras. Mientroso en jefe, el entonces presidente estadounidense George Bush padre, prometió incluso en 1990 una era de paz basada en un «nuevo orden mundial, en el que el imperio de la ley sustituirá a la ley de la selva y en el que los fuertes respetarán los derechos de los más débiles». (Discurso ante el Congreso de los Estados Unidos, 23 de febrero de 1990)

Frente a la crisis ecológica, todas las «soluciones» propuestas por la clase dominante son inútiles. El capitalismo es un sistema cimentado en la explotación tanto de la clase obrera como de la naturaleza. Desde sus inicios se ha basado en la devastación y destrucción del medio ambiente natural, pero hoy en día está demostrando que su propia supervivencia es incompatible con la supervivencia de la humanidad y de la naturaleza. El capitalismo es una forma de sociedad obsoleta y decadente desde hace más de cien años.

Este largo declive ha llegado ahora a una fase terminal, un callejón sin salida en el que la guerra, las crisis de sobreproducción y la destrucción ecológica se retroalimentan para producir un terrible torbellino de destrucción. Pero hay una alternativa a la pesadilla que está haciendo realidad el capitalismo: la lucha internacional de la clase explotada por el derrocamiento del capitalismo y la construcción de una sociedad comunista.

MANIFIESTO SOBRE LA CRISIS ECOLÓGICA

Proletarios de todos los países, juntos!

CORRIENTE COMUNISTA INTERNACIONAL

MANIFIESTO SOBRE LA CRISIS ECOLÓGICA

0,50 €
\$5.00 Mex.
1 Sol

¿Es posible detener la destrucción del planeta?

El estado del planeta es catastrófico. El clima se calienta más rápido de lo previsto por los científicos, provocando incendios, sequías, tormentas, inundaciones... Los océanos se acidifican, y con ellos las precipitaciones; la vegetación bajo el agua o en tierra sufre las desastrosas consecuencias. La deforestación mundial batte récords cada año y el astuto cubre cada vez más la tierra. La contaminación es creciente.

Según la Plataforma Interdisciplinaria Científico-NORMATIVA sobre Diversidad Biológica y Servicios de los Ecosistemas (IPBES), el 70% de las enfermedades emergentes (Zika, Ebola, Niña, etc.) y casi todas las pandemias conocidas (por ejemplo, gripe, VIH, Covid-19) tienen su origen en zoonosis (enfermedades causadas por infecciones de origen animal). Las causas subyacentes de estas pandemias son las mismas que

humanas. El modo en que funciona la sociedad actual acaba por hacer que la Tierra sea inhabitable para la humanidad.

Todas las «soluciones» a la crisis ecológica propuestas por la clase dominante son ineficaces porque los problemas a los que nos enfrentamos están integrados en el sistema global que domina el planeta: el sistema capitalista, que vive de la explotación y la burocracia de-

naturalista, a la que considera un don gratuito que puede saquear a su antojo. Y aunque el capitalismo ha producido los medios científicos y tecnológicos que podrían servir para liberar a la humanidad de la pobreza y del trabajo alienado, el choque entre este capitalismo productivo y la motivación misma de la producción se ha hecho permanentemente. El capitalismo ha sido una forma de sociedad obsoleta y decadente en el que la guerra, las crisis de sobreproducción y la destrucción ecológica han llegado a un punto en el que todas estas manifestaciones del callejón sin salida actúan unas sobre otras para producir un terrible torbellino de destrucción. Pero hay una alternativa a la pesadilla que está realizando el capitalismo: la lucha internacional de la clase explotada por el derrocamiento del capitalismo y la construcción de una

¡APOYA LA PRENSA REVOLUCIONARIA DE LA CCI!

Contrariamente a las organizaciones burguesas que se benefician de subvenciones de la clase dominante y de su Estado para garantizar la defensa de los intereses del capital, la organización revolucionaria sólo vive gracias a las cuotas de sus militantes y el apoyo de sus simpatizantes.

Escríbenos para recibir nuestra prensa o nuestras publicaciones y consultar cómo nos puedes apoyar económicamente.

Como dijimos en la presentación de nuestro primer número de la Revista Internacional, “*la Revista será necesariamente y sobre todo la expresión del esfuerzo teórico de nuestra Corriente, pues solo este esfuerzo teórico en una coherencia de las posiciones políticas y de la orientación general puede servir de base y asegurar la condición primaria para el reagrupamiento y la intervención real de los revolucionarios*”.

La Revista Internacional no es la única publicación regular de la CCI, pero es nuestra publicación central, el órgano a través del cual la CCI obviamente habla con una sola voz y proporciona unas orientaciones básicas a las publicaciones territoriales.

Llamamos a todos nuestros lectores a apoyarnos en el esfuerzo de difusión de nuestra revista, alertándonos sobre los momentos y lugares en los que podríamos distribuirla.

Llamamos también a nuestros lectores a participar de la discusión de los artículos que publicamos en ella.

Con ambas finalidades, o para contactarnos por otro motivo pueden escribirnos a nuestro correo electrónico.

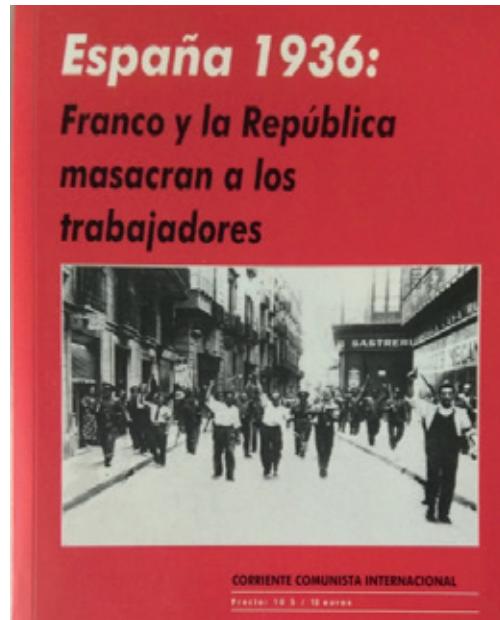
Al participar en este esfuerzo, participan en el combate contra todos los miasmas de la ideología burguesa y la descomposición del capitalismo que el proletariado deberá superar con el fin de abrirse el camino de la revolución comunista.

Libros y folletos de la CCI

Corresponde a los elementos revolucionarios que surgen de la lucha de clases contrastar y posicionarse claramente sobre los hechos, y reapropiarse de la continuidad de principios del combate de la Izquierda Comunista. Son estos principios y lecciones de la experiencia los que deberán servir de base, ser el punto de partida, para una polémica que permita dar una orientación clara a las luchas de nuestra clase y poner las bases firmes para la organización del futuro Partido.



La actividad de la Izquierda Comunista de Italia dentro de la Internacional Comunista y después, cuando fue expulsada y se constituyó en Fracción, es un ejemplo para las actuales generaciones de militantes comunistas, tanto por su fidelidad al combate del proletariado, como por su método, tanto en su funcionamiento como en su modo de enfocar todos los problemas que se le plantearon al proletariado en el periodo negro de la contrarrevolución.



Esta compilación dedicada a textos sobre la guerra de 1936, tanto de BILAN como otros aparecidos en nuestra Revista Internacional, no la hacemos por gusto por la erudición histórica. Las posiciones y discusiones de BILAN en aquel entonces, y las lecciones de principio extraídas tenían un alcance global que superaba el marco español y daba la base para entender la evolución de la situación mundial, de las fuerzas de la clase obrera, de sus formaciones políticas, etc.

Sumarios de los últimos números de la Revista Internacional

Nº 168 Primer semestre 2022

Guerra en Ucrania: Un paso de gigante en la barbarie y el caos generalizado

Informe sobre las tensiones imperialistas (mayo 2022): Significado e impacto de la guerra en Ucrania

Declaración conjunta de grupos de la Izquierda Comunista Internacional sobre la guerra en Ucrania

Volante internacional: ¡El capitalismo es la guerra, guerra al capitalismo!

¿Cómo puede el proletariado derrocar el capitalismo? Actualización del texto de orientación de 1990: Militarismo y descomposición

100 años después de la fundación de la IC: ¿Qué lecciones para las luchas del futuro? (IV)

El comunismo está en la agenda de la historia: Marc Chirik y el Estado del período de transición

Nº 169 Segundo semestre 2022

Frente a la guerra y la aceleración de la crisis del capitalismo: Los revolucionarios tienen una responsabilidad histórica

Tercer Manifiesto de la CCI: El capitalismo lleva a la destrucción de la humanidad, solo la revolución mundial del proletariado puede acabar con él

La aceleración de la descomposición capitalista plantea abiertamente la cuestión de la destrucción de la humanidad

“Verano de la ira” en Gran Bretaña: El retorno de la combatividad del proletariado mundial

Estados Unidos: Superpotencia en la decadencia del capitalismo hoy epicentro de la descomposición social (I)

Crítica de los llamados “comunistizadores” (partes I y II)

100 años de la fundación de la IC: ¿Qué lecciones podemos sacar para los futuros combates? (Parte V)

Nº 170 Primer semestre 2023

25º congreso de la CCI. Revolución comunista o destrucción de la humanidad: la responsabilidad crucial de las organizaciones revolucionarias

Balance del 25º congreso

Resolución sobre la situación internacional

Informe sobre las tensiones imperialistas

Actualización de las Tesis sobre la descomposición

Informe sobre la lucha de clases

Informe sobre la crisis económica

Nº 171 Segundo semestre 2023

Frente a la precipitación hacia el caos y la guerra: Desarrollo mundial de la lucha de clases

Resolución sobre la situación internacional
Complemento a la Resolución del 25 Congreso

Guerras y masacres en Israel, Gaza, Ucrania...
¡El capitalismo siembra la muerte en todo el mundo!
¿Cómo impedirlo?

Llamamiento de la Izquierda Comunista Guerra en Ucrania: dos años de confrontación imperialista, de barbarie y destrucción

Medio Oriente: la aterradora realidad de la descomposición del capitalismo

Las atrocidades de guerra utilizadas para justificar... nuevas atrocidades

EE. UU: Superpotencia en la decadencia del capitalismo, hoy epicentro de la descomposición social (II)

Tras la ruptura en la lucha de clases, la necesidad de politización de las luchas

Los llamados “comunistizadores” (III) Camatte:
del bordiguismo a la negación del proletariado

Nº 172 Primer semestre 2024

Frente al caos y la barbarie: las responsabilidades de los revolucionarios

Las campañas democráticas contra la conciencia de la clase obrera

Frente a la creciente mareas del populismo: La izquierda del capital no puede salvar este sistema moribundo

La profundización y extensión de las guerras

Más de un siglo de enfrentamientos palestino-israelíes

Semana de acción en Praga: el obstáculo del activismo

Dos años tras la Declaración Conjunta de la Izquierda Comunista

La lucha contra la guerra: solo es posible desde las posiciones de la Izquierda Comunista

Cómo se organiza la buguesía

Esta crisis será la más grave de la decadencia

Crítica a los communistizadores (Parte IV)

Nº 173 Junio 2025

¿A qué clase de mundo nos deberemos enfrentar?

Trump 2.0: nuevos pasos en el caos capitalista

Tres años de guerra en Ucrania:
caos, masacres y militarismo

La dinámica de la lucha de clases desde 2022

La cuestión nacional según la leyenda bordiguista

Antisemitismo, sionismo, anti-sionismo... Todos son enemigos del proletariado (parte 1)

Debate en el Medio Político Proletario sobre el periodo de descomposición del capitalismo

En defensa de nuestra organización y de la verdadera tradición de la Izquierda Comunista

Marxismo y ecología: Andreas Malm I y II

NUESTRAS POSICIONES

* Desde la Primera Guerra Mundial, el capitalismo es un sistema social decadente. En dos ocasiones ya, el capitalismo ha sumido a la humanidad en un ciclo bárbaro de crisis, guerra mundial, reconstrucción, nueva crisis. En los años 80, el capitalismo ha entrado en la fase última de su decadencia, la de su descomposición. Sólo hay una alternativa a ese declive histórico irreversible: socialismo o barbarie, revolución comunista mundial o destrucción de la humanidad.

* La Comuna de París de 1871 fue el primer intento del proletariado para llevar a cabo la revolución, en una época en la que las condiciones no estaban todavía dadas para ella. Con la entrada del capitalismo en su período de decadencia, la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia fue el primer paso de una auténtica revolución comunista mundial en una oleada revolucionaria internacional que puso fin a la guerra imperialista y se prolongó durante algunos años. El fracaso de aquella oleada revolucionaria, especialmente en Alemania en 1919-23, condenó la revolución rusa al aislamiento y a una rápida degeneración. El estalinismo no fue el producto de la revolución rusa. Fue su enterrador.

* Los regímenes estatalizados que, con el nombre de «socialistas» o «comunistas» surgieron en la URSS, en los países del Este de Europa, en China, en Cuba, etc., no han sido sino otras formas, particularmente brutales, de la tendencia universal al capitalismo de Estado propia del período de decadencia.

* Desde principios del siglo XX todas las guerras son guerras imperialistas en la lucha a muerte entre Estados, pequeños o grandes, para conquistar un espacio en el ruedo internacional o mantenerse en el que ocupan. Sólo muerte y destrucciones aportan esas guerras a la humanidad y ello a una escala cada vez mayor. Sólo mediante la solidaridad internacional y la lucha contra la burguesía en todos los países podrá oponerse a ellas la clase obrera.

* Todas las ideologías nacionalistas de «independencia nacional», de «derecho de los pueblos a la autodeterminación», sea cual fuere el pretexto étnico, histórico, religioso, etc., son auténtico veneno para los obreros. Al intentar hacerles tomar partido por una u otra fracción de la burguesía, esas ideologías los arrastran a oponerse unos a otros y a lanzarse a mutuo degüello tras las ambiciones de sus explotadores.

* En el capitalismo decadente, las elecciones son una mascarada. Todo llamamiento a participar en el circo parlamentario no hace sino reforzar la mentira de presentar las elecciones como si fueran, para los explotados, una verdadera posibilidad de escoger. La «democracia», forma particularmente hipócrita de la dominación de la burguesía, no se diferencia en el fondo de las demás formas de la dictadura capitalista como el estalinismo y el fascismo.

* Todas las fracciones de la burguesía son igualmente reaccionarias. Todos los autode-nominados partidos «obreros», «socialistas», «comunistas» (o «excomunistas», hoy), las organizaciones izquierdistas (trotkistas, mao-istas, y exmaoistas, anarquistas oficiales) forman las izquierdas del aparato político del capital. Todas las tácticas de «frente popular», «frente antifascista» o «frente único», que pretenden mezclar los intereses del proletariado a los de una fracción de la burguesía sólo sirven para frenar y desviar la lucha del proletariado.

* Con la decadencia del capitalismo, los sindicatos se han transformado por todas partes en órganos del orden capitalista en el seno del proletariado. Las formas sindicales de organización, «oficiales» o de «base» sólo sirven para someter a la clase obrera y encuadrar sus luchas.

* Para su combate, la clase obrera debe unificar sus luchas, encargándose ella misma de su extensión y de su organización, mediante asambleas generales soberanas y comités de delegados elegidos y revocables en todo momento por esas asambleas.

* El terrorismo no tiene nada que ver con los medios de lucha de la clase obrera. Es una expresión de capas sociales sin porvenir histórico y de la descomposición de la pequeña burguesía, y eso cuando no son emanación directa de la pugna que mantienen permanentemente los Estados entre sí; por ello ha sido siempre un terreno privilegiado para las manipulaciones de la burguesía. El terrorismo predica la acción directa de las pequeñas minorías y por todo ello se sitúa en el extremo opuesto a la violencia de clase, la cual surge como acción de masas consciente y organizada del proletariado.

* La clase obrera es la única capaz de llevar a cabo la revolución comunista. La lucha revolucionaria lleva necesariamente a la clase obrera a un enfrentamiento con el Estado capitalista. Para destruir el capitalismo, la clase obrera deberá echar abajo todos los Estados y establecer la dictadura del proletariado a escala mundial, la cual es equivalente al poder internacional de los Consejos Obreros, los cuales agruparán al conjunto del proletariado.

* Transformación comunista de la sociedad por los Consejos Obreros no significa ni «auto-gestión», ni «nacionalización» de la economía. El comunismo exige la abolición consciente por la clase obrera de las relaciones sociales capitalistas, o sea, del trabajo asalariado, de la producción de mercancías, de las fronteras nacionales. Exige la creación de una comunidad mundial cuya actividad total esté orientada hacia la plena satisfacción de las necesidades humanas.

* La organización política revolucionaria es la vanguardia del proletariado, factor activo del proceso de generalización de la conciencia de clase en su seno. Su función no consiste ni en «organizar a la

clase obrera», ni «tomar el poder» en su nombre, sino en participar activamente en la unificación de las luchas, por el control de éstas por los obreros mismos, y en exponer la orientación política revolucionaria del combate del proletariado.

NUESTRA ACTIVIDAD

* La clarificación teórica y política de los fines y los medios de la lucha del proletariado, de las condiciones históricas e inmediatas de esa lucha.

* La intervención organizada, unida y centralizada a nivel internacional, para contribuir en el proceso que lleva a la acción revolucionaria de la clase obrera.

* El agrupamiento de revolucionarios para la constitución de un auténtico partido comunista mundial, indispensable al proletariado para echar abajo la dominación capitalista y en su marcha hacia la sociedad comunista.

NUESTRA FILIACIÓN

Las posiciones de las organizaciones revolucionarias y su actividad son el fruto de las experiencias pasadas de la clase obrera y de las lecciones que dichas organizaciones han ido acu-mulando de esas experiencias a lo largo de la historia.

La CCI se reivindica de los aportes sucesivos de la Liga de los Comunistas de Marx y Engels (1847-52), de las tres Internacionales (la Asociación Internacional de los Trabajadores, 1864-72, la Internacional Socialista, 1889-1914, la Internacional Comunista, 1919-28), de las fracciones de izquierda que se fueron separando en los años 1920-30 de la Tercera Internacional (la Internacional Comunista) en su proceso de degeneración, y más particularmente de las Izquierdas alemana, holandesa e italiana.

Escriba por e-mail en español a una de las siguientes direcciones:

Acción Proletaria (España)

espana@internationalism.org

Revolución Mundial (Méjico)

mexico@internationalism.org

Internacionalismo (Perú y Ecuador)

peru@internationalism.org

Para el resto del mundo escriba a la siguiente dirección:

international@internationalism.org

Para escribir por correo postal, escriba a la siguiente dirección sin mencionar el nombre:

BP30605

**31006 Toulouse Cedex 6,
FRANCIA**